POESÍAS

DE

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA

EDICIÓN AUTORIZADA POR LA V^da DEL AUTOR

Tomo I



LIBRERÍA DE LA V^DA DE CH. BOURET

PARÍS
23, Rue Visconti, 23

MÉXICO
Avenida del Cinco de Mayo, 45

POESÍAS

DE

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA

PRÓLOGO

El compromiso fué contraído sobre la tumba del poeta. No creo poder cumplirlo; mis fuerzas, de suyo escasas para tamaña empresa, están como enervadas por la proximidad casi material de nuestro amigo, porque la catástrofe, inesperada no, por desdicha, pero sí súbita, nos ha desconcertado moralmente á quienes lo quisimos como él enseñaba á querer; porque lo sentimos junto á nosotros caliente todavía de juventud y de cariño; su alma sollozante y afligida vaga en la atmósfera que respiramos. Como impregnan los átomos de oro de sus versos nuestro ambiente poético, al grado de modificar, esfumándolas, todas las líneas de nuestro horizonte espiritual, así los ecos despertados por sus sordos y suavísimos lamentos

se dilatan de corazón en corazón y entran, desde hoy, en los componentes de nuestra ecuación personal y se reflejan en todos los aspectos del dolor, de la pasión humana, cuando tenemos la serenidad de contemplarlos. Ese carácter de sugestión es el sello de la obra poética de Manuel Gutiérrez Nájera, y sería necesario alejarse bien de ella, para poder juzgarla. Hoy no, porque estamos bajo el sortilegio de sus cantos. Perdurará esa influencia mágica, y probablemente quienes lo conocimos y lo amamos, no estaremos en aptitud de juzgar nunca á este maravilloso difundidor de sentimiento y de música en las últimas horas de nuestro expirante siglo.

Un día, cuando estábamos al frente de una publicación literaria, hace siete ú ocho años, hablamos Manuel y yo de sus versos y creo que también de los míos. — No, le decía, no haré un prólogo, pero sí desearía *bosquejar una sicología* de Ud.; no acertaré, pero ahí quedará dicho cuanto de Ud. pienso y siento y por qué le admiramos tanto y por qué le queremos más.

Los pactos celebrados así, entre dos versos y dos risas, en cualquier rincón de la vida, de improviso surgen de una tumba, solemnes y graves. Entonces hay que acatarlos, precisa cumplirlos... ¿Podré?

Acabo de leer sus versos uno á uno. Tornaré

á leerlos, los leeré siempre. Haré de ellos una selección, me compondré mi florilegio ; con voluptuosa devoción paladearé las exquisitas gotas de alma derramadas en esos vasos de cristal etéreo, y viviré así en larga, en perenne comunión con él.

Analizar esta emoción será, lo presiento, una tarea casi imposible para mí. Guardan las poesías de mi amigo la forma de su cadáver que cubren todavía como una mortaja ; de lejos parecen cinceladas en pleno mármol virgíneo, nítido, pero de cerca ¡viven y sufren tanto! ¿No es verdad que bajo su inmaculada blancura corre y bulle en imperceptible red de venas palpitantes la pálida y rítmica sangre del dolor y de las lágrimas? ¿Cómo proceder así á un estudio que sería casi una vivisección? Dejémosle envuelto en la túnica sutil y vaporosa de sus versos alegres; revistámosle con el tisú de oro de sus versos tristes, y cubierto con el manto de la gloria, que es la púrpura regia de los poetas, guardémosle, respetemos su sueño y que sus despojos

custodi la Chimera
ne la purpurea sera,

como d'Annunzio dice.

Me contentaré con darme el espectáculo, soberbio por variado, por romancesco, del viaje de esta alma, pura y flébil como un aliento de niño,

como la *animula vagula blandula* del poeta imperial, á través de silenciosas borrascas subjetivas más terribles que las que estrellan á los álbatros contra las rocas y rompen las alas de las águilas.

Su vida es un idilio trágico del que sólo conocemos la música: los versos del poeta. Resulta un poema con notas alegres, humorísticas, satíricas, y á pesar de eso, y por eso quizás, inefablemente triste. Hay que seguirlo paso á paso y estudiar la metamorfosis de este espíritu de elección. Como en todos los poetas que han tenido una madre muy dulce, muy amante y muy piadosa, el alma de Manuel en sus primeros gorjeos no es más que una prolongación del alma materna; son versos de nido los primeros versos suyos; mas de nido colgado en la alta ventana de colores de la Iglesia. Los místicos suspiros de su madre pasan á través de su arpa (*La Cruz*, *María*, *Dios*, *La Fe de mi infancia*). (1)

Estos fervores de creyente, más aún, de devoto, muy sinceros, aunque algo convencionales, y en los que, á vuelta de una que otra estrofa gallarda y rica, se advierte el afán de conformarse á los modelos venerados de la poesía sagrada con visos de erótica y romántica, que fué

(1) Estas poesías aparecieron con las fechas de 1876-77-78; estamos seguros de que otras muchas del mismo género escribió Manuel antes de las publicadas aquí; pero éstas, si no se distinguen por la absoluta espontaneidad de la inspiración, sí nos revelan al versista ya casi dueño de su arte.

el encanto de la generación del segundo tercio de este siglo; estos arrebatos de adoración católica, apenas indican la futura personalidad poética de Gutiérrez Nájera, el más delicadamente sensual y elegante de nuestros líricos; pero ya entusiasmaba, ya suscitaba fe y nuevos anhelos. Y por cierto no sólo en los jóvenes; D. Anselmo de la Portilla, — el eximio escritor hispano-mexicano, osaré decir, tanto identificó el fervor ingenuo de su corazón español con todas las esperanzas y aspiraciones de nuestra literatura vernácula, — lo presentó al mundo de las letras mexicanas como un precocísimo poeta de estro y de porvenir.

Debió de ser esto, en la casa de Manuel, motivo de gratísima satisfacción y orgullo; cuántos besos y cuántas bendiciones habrán llovido sobre aquella cabeza de quince años, dorada aún. Porque si su madre era una alma vibrante siempre de emoción religiosa y de ternura (y las madres así tienen siempre hijos poetas) su padre tenía la pasión literaria, el culto de los buenos versos y también los componía y dedicaba sus ocios á piezas dramáticas que, al fin de su vida, sometía al impecable buen gusto de su hijo, quien las oía conmovido é influía tal vez, con tacto exquisito y respetuoso, en que no pasaran, de la lectura entre íntimos, á la escena.

Si hubo un poeta de raza y de medio, fué Gutiérrez Nájera seguramente; tenía en la sangre

el germen y respiraba la atmósfera apropiada á su desarrollo precoz. La sociedad católica en México, que, muertos Carpio y Pesado, no veía despuntar ningún sucesor de aquellos grandes salmistas en su horizonte, porque Arango y Segura eran acrisolados versificadores más bien como resultado de una cultura literaria selecta y superior, que por temperamento y genio; la sociedad católica que atravesaba una crisis aguda de descomposición y recomposición á consecuencia del triunfo definitivo del liberalismo, miró en Gutiérrez Nájera á su *niño sublime*, como dijo Chateaubriand de Hugo, y esperó verle tremolar, al son de incomparables himnos, los *vexilla regis* de la religión y del arte.

Dos cosas debieron de inquietarles : el erotismo y el francesismo que, en forma de tendencia, aun no de afición decidida, denunciaba en sus composiciones el flamante versista. ¿Pero hay algo más sensual que la prosa de Chateaubriand, que por su sola música produce una sensación material de deleite y por su espíritu convierte al genio del cristianismo en la fuente misma del arte en lo más humano, es decir, en lo más pagano de su acepción; y no era él el último Padre de la Iglesia, en opinión de muchos poetas ortodoxos? Gutiérrez Nájera en su erotismo balbuciente é indistinto todavía, de imitación con frecuencia, que era el acento genuino y daba el

tono á sus composiciones, no se mostraba rebelde á la tradición cristiana. Pero ese erotismo debe de rigor vestir el ropaje clásico y ser más ó menos latinizante ó helenizante, para no ser un pecado; es decir, debe, tratándose del sentimiento humano más hondo y de donde brota en raudal inagotable la savia misma de la poesía eterna, debe, decimos, procurar hacerse pasar á los ojos del lector como un juego armonioso, como una imitación sin substancia de los antiguos; debe, en suma, disimularse y ponerse el rótulo clásico. Lo inquietante era que en las estrofas de Gutiérrez Nájera, resonaban á veces notas de pasión muy penetrante y dulce, si real y voluptuosa como ninguna, y no había en ellas ni actitud clásica, ni decoración mitológica.

¡Y el francesismo! En un estudio, demasiado rápido é incompleto, por insuficientemente informado, de nuestra literatura nacional en los tres primeros cuartos de este siglo, pero así y todo, el más acertado y de mayor alcance de cuantos sobre el mismo tema se han escrito, el Sr. Menéndez y Pelayo reprocha á los novísimos poetas mexicanos su devoción, que él llama hiperbólicamente superstición, por la literatura francesa del cuño más reciente. (1) Puede ser justo el reproche, aunque lo merecemos todos

(1) Prólogo del primer tomo de la *Antología de poetas hispano-americanos.*

acá y allá. El espíritu francés en literatura, por el asombroso poder de irradiación del genio de ese pueblo, por la *asimilabilidad*, permítaseme la palabra, de sus creaciones ó transformaciones, por su ligereza misma, por el carácter de su gusto estético, qué sé yo, por idéntica causa á la que hace que sus modas se avengan mejor á todos los tipos humanos, y su cocina á todos los estómagos; el alma francesa, que es el traje de la humanidad latina desde hace dos siglos, traje que viste el Sr. Menéndez, como su cuerpo las levitas francesas, aunque parezca no darse cuenta de ello, esa literatura, repetimos, ha sido el jugo nutritivo de las letras españolas en los últimos tiempos. Lo extraño es que el insigne escritor no se haya explicado el fenómeno y no lo haya comprendido inevitable.

Ningún pueblo, engendrado por otro en la plenitud de su cultura, y á quien se haya transmitido la herencia forzosa de la lengua, las costumbres y la religión, ha podido crearse á la par de su personalidad política una personalidad intelectual ó literaria; esto ha sido, cuando ha sido, obra lenta del tiempo y de las circunstancias. Decirnos irónicamente á los hijos americanos de España que nuestra literatura nacional *no parece todavía*, no es ni de buenos críticos. ¿Opina el ilustre académico que la historia de nuestra literatura no revela

la evolución hacia cierta forma característica y que marque distintamente al grupo mexicano entre los de habla española? Sí, sí ha habido evolución, y para ello la asimilación ha sido necesaria: imitar sin escoger, casi sin conocer, primero; imitar escogiendo, reproducir el modelo, después, esto es lo que se llama asimilarse un elemento literario ó artístico, esto hemos hecho. ¿Y á quién podíamos imitar? ¿Al seudo-clasicismo español de principios del siglo? Era una imitación del francés. ¿Al romanticismo español del segundo tercio? También era una imitación francesa. Y los imitamos, sin embargo: Quintana y Gallegos, el Duque de Rivas y García Gutiérrez, Espronceda y Zorrilla, han sido los maestros de nuestros padres.

Pero después la imitación ha sido más directa. Como aprendemos el francés al mismo tiempo que el castellano; como en francés podíamos informarnos y todos nos hemos informado, acá y allá, de las literaturas exóticas; como en francés, en suma, nos poníamos en contacto con el movimiento de la civilización humana y no en español, al francés fuimos más derechamente. Y eso es lo que puede encontrarse en el estado actual de nuestro desenvolvimiento intelectual. Gutiérrez Nájera fué de los que más pronto acudieron á esas fuentes, sin paciencia para esperar el delgado escurrimiento del acueducto

español. Pero había en ello un peligro, hubo un mal. El habla española, el vehículo con que ahora y siempre expresamos nuestras ideas, se alteró profundamente, no para traducir necesidades de nuestro espíritu, sino exigencias facticias de nuestra retórica. Precisamente el servicio del admirable poeta que aquí memoramos, fué poner su ejemplo, como impulso, para acentuar el movimiento que nos llevaba al conocimiento íntimo de la reina de las literaturas latinas en nuestra época, y defender la lengua de España, como el vaso único en que debíamos beber el vino nuevo. Pensamientos franceses en versos españoles, he aquí su divisa literaria, podríamos decir, transformando la de Andrés Chenier. Y algo logró andando los años ; su propósito no abortó ; el lenguaje castellano, no acicalado ni lamido, pero sí castizo y rico, tomó con él, principalmente, carta de naturalización en nuestra literatura : los poetas *de los últimos barcos*, que dice Daudet, tuvieron á honor expresarse en el mejor castellano que les fué posible, por imitarlo, por imitar, no ya sus versos, sino su prosa, por desdicha inimitable, en donde expresaba con un colorido y una gracia maravillosos, todos los sentimientos, todos los anhelos y hasta los caprichos y las veleidades del alma moderna, en un idioma generalmente puro y sano.

Justo es decir que en esta tarea Gutiérrez Nájera halló colaboradores de primer orden: Pérez Galdós y Alarcón, leídos y releídos, lo mismo ayer que hoy, el primero sobre todo, renovaban el lenguaje y el estilo de nuestros noveladores y las aficiones de los lectores; Valera, gracias á la milagrosa facultad de vencer fácilmente todas las dificultades de la lengua, se dejaba paladear con fruición íntima por todas las personas de buen gusto y por cuantos dudaban que pudiera aclimatarse en el español, enfático y preciso de suyo, el etéreo *esprit* francés. (Lo cierto es que, sólo Valera allá y Gutiérrez Nájera acá, lo han logrado, aunque por maneras distintas). El mismo Sr. Menéndez y Pelayo, pasmo de los doctos y encanto del público ilustrado, que le perdona sus aberraciones de sectario, en gracia de su buena fe infantil casi, de su esfuerzo, inusitado entre los polemistas neo-católicos, por ser imparcial y justo, y, sobre todo, de su talento en perpetua y sorprendente ascensión, contribuía á poner de moda entre nosotros el gusto por el castellano de buena cepa, tan distinto del relamido, solemne y estrecho de los clásicos de principios del siglo, y del desatinado y galicista de los románticos que les sucedieron.

Con estos conspicuos escritores, y antes que ellos y por encima de ellos, compartían nuestra admiración casi absoluta (no sé por qué apunto

esta reticencia), Castelar en prosa, y Becquer, Campoamor, Echegaray y Núñez de Arce, en verso. — El primero, el único que en la historia literaria de nuestro siglo puede ser comparado con Víctor Hugo, no por el estilo ni por la obra, sino por la opulencia infinita de la elocución y por el don de pensar exclusivamente en imágenes, ése podía influir en nuestro espíritu, fascinarlo ó hipnotizarlo (y de hecho Castelar ha tenido á la América latina pendiente de su prodigioso verbo durante más de un cuarto de siglo), pero no influía en nuestra lengua; desafiaba su elocuencia toda imitación que resultaba ridícula y fría. Los otros eran poetas y los poetas con su vocabulario reducido y sus artificios retóricos, influyen en la dirección general del alma poética de una sociedad, se reflejan en el estilo de los poetas coetáneos suyos; pero no acrisolan el idioma; esa es obra de los prosistas. Mas ese reinado de los poetas fué la preparación del cambio benéfico que en nuestra literatura, que antes alardeaba de incorrecta y desdeñaba la gramática, se va acentuando desde hace algún tiempo.

Reinado dijimos, y lo fué, lo es en cierto modo todavía. Becquer nos retuvo largo tiempo bajo la magia semi-germánica de sus estrofas casi sin contorno, pero medidas por el ritmo de una música interior indefiniblemente melancólica y que parecía más adecuada al doloroso idealismo

de la lírica moderna; Echegaray, otro gran poeta lírico, al través de los trágicos casos de conciencia de sus violentos dramas paradójicos y soberbios, fué también admirado, aplaudido, como que sus versos aceleraban las palpitaciones del corazón y enfermaban de emoción y de lágrimas; Núñez de Arce era y es el más estimado, el más amado; la nívea probidad del alma de este gran representante del *parnasismo* español, se transparentaba en el fondo de la clarísima corriente de su elocuencia poética, corriendo por las canales de mármol blanco de un verso indeficientemente sonoro y puro. Á él se levantaron todas las almas, se tendieron todas las manos, se ofrecieron todas las coronas; aun tiene entre nosotros templos escondidos, en que se adora el arte y en que el autor de *Raimundo Lulio* y de *La Pesca*, ocupa el mismo lugar que dos ó tres libros supremos de la humanidad y es el breviario estético de mujeres muy elegantes, en la más noble acepción de la palabra, y de alma superior. Y, con todo, Campoamor es quizás más delicado, más sicológico, más trascendental; menos serio, pero así, risueño é irónico, su sonda baja más y trae más nuevos ejemplares de pasión y de dolor del fondo del alma humana. Sí, estos inspirados fueron reyes, fueron soles; satélites suyos habrían sido la mayor parte de nuestros poetas, si la atracción de la

literatura francesa y las otras literaturas exóticas que, á través de la francesa conocíamos, no nos hubiera marcado una órbita cuya curva no puede ser determinada todavía.

Puede afirmarse que los diez ó doce primeros años de la vida literaria de Gutiérrez Nájera (1876-1888) fueron un viaje perpetuo por entre todas estas influencias, acercándose á todas, reflejándolas todas, nadando en las aguas de los autores nuevos, encantado, admirado, *sugerido*, y mostrando á veces en la superficie de las olas, como el escualo de Heredia, su aleta relampagueante de esmeralda y oro.

En aquel decenio se reveló prosista singularísimo, sin punto de comparación dentro de las letras españolas de hoy, por la fulguración perpetua, pero suavísima, como la de las noctílucas, de su frase, y por su estilo, muy complicado, muy fino, saturado de poesía y de una inexpresable facultad de efusión íntima, familiar y acariciadora que parecía tocar en lo amanerado, pero que sorteaba el escollo con un movimiento lleno de gracia y de gusto.

En su prosa, comentario perpetuo de su alma lírica y amorosa, puesto como un bordado de hadas sobre la trama de los acontecimientos mundanos que su deber de cronista le obligaba á narrar, fué en donde nuestro Manuel formó su

estilo, creó su personalidad literaria y llegó á la plena conciencia de su fuerza y de su arte. Entonces se hizo popular entre la sociedad inteligente y la sociedad de los salones, el seudónimo de *El Duque Job*, que iba tan bien á su modestia y á su nobleza literaria, y que concertaba tanto con la conciencia que había en los dos grupos sociales, que él unía con inimitable donaire, de que aquel joven escritor era realmente un príncipe del país azul de la fantasía, un mago que pintaba en abanicos de encaje y seda figuras y paisajes deliciosos, rodeados de infinito y de ensueño.

Pero dejemos al prosista á un lado: ¿ nos será dado estudiarlo un día? Sin ese estudio, tal vez lo dijimos antes, la figura en pie del *Duque* no puede colocarse sobre el pedestal. Sigamos brevemente al poeta; sus versos, menos frecuentes que al principio, más artísticos, obra de quien conoce y penetra los más recónditos secretos de la técnica, emergen de su prosa periodística y abren en los remansos de la precipitada corriente, como los nelumbios del Nilo, sus grandes flores, á manera de estrellas vivas engarzadas en cristal. Flores, eso eran sus versos, sí; y su obra poética, en conjunto, es la flor más bella, la más perfumada, la flor de otoño del romanticismo mexicano. En los elementos de su savia, en el jugo que la

colora, se pueden encontrar elementos selectos de todas las producciones poéticas que, aquí y allende el mar, le eran anteriores de cerca, y en la poesía de toda la generación que á Gutiérrez Nájera sucede, está deshojada como en una copa de vino generoso la corola de esa flor.

Flor de romanticismo dijimos, y es verdad. Es verdad, primero, que toda nuestra literatura poética, desde 1830 es romántica. La forma de las obras realistas es la que ha influído sobre nosotros, no la tendencia, el espíritu no, ó muy poco; románticos hemos sido y seremos largo tiempo á pesar de las transformaciones que sufren las escuelas de nuestros maestros de ultramar. No hemos logrado nunca *hacer poesía* puramente objetiva; en cada uno de nuestros versos vaciamos todo nuestro sentimiento, toda nuestra personalidad; no hemos hecho más que poesía subjetiva. Tarde han venido algunas tentativas heroicas, pudiéramos decir, dado nuestro temperamento, para salir del antiguo cauce é imperso nalizar la emoción; para hacer, en suma, un poco de realismo indiferente en verso (pienso en los *Poemas crueles*). Es dudoso que se haya logrado producir otra cosa que espléndidos ejemplares de poesía psico-patológica. La flamante poesía descriptiva de Pagaza, Othón, Delgado, Valenzuela y de un grupo de jóvenes refinados artistas, resulta semiobjetiva apenas, por sus fines ó

religiosos, ó eróticos, ó morales. Véase la regia silva de Gutiérrez Nájera: *Tristissima nox;* allí se tiene una muestra de poesía objetiva ; allí hay sorprendentes adivinaciones de la naturaleza, y, sin embargo, ¡ cuánto de su alma femenina y dolorosa hay esparcido en esa sombra ; cuánto lirismo espolvorea de oro las alas de esa gran mariposa negra !

La poesía individualista, en que predomina, no el lirismo, como se ha dicho (porque el lirismo, según mi profesor de literatura francesa, no es un género, es un estado del ánimo que puede ser común á diversos géneros de poesía), sino lo que caracteriza más al individuo, aquello por lo que puede su personalidad distinguirse más de las otras, en suma, la sensibilidad, más bien que la inteligencia, es lo que llamamos *romanticismo.* Esta poesía de la sensibilidad ó, en términos de poetas, *el sentimentalismo*, es la de Gutiérrez Nájera. Su lirismo sentimental, hasta cuando retoza y ríe, es por esencia elegiaco; tómese un centenar de las composiciones aquí publicadas, y con la mayor parte de ellas se puede formar un ramillete de elegías, blancas, perfumadas y tristes como las últimas flores de un jardín que va á morir. Tal florilegio podría intitularse *Amor y lágrimas*, y este solo nombre sería una reminiscencia del apogeo romántico.

Mas la *elegía* de Manuel, verdadero canto de flauta (eso fué la primitiva elegía helénica) por su doliente y sutil dulzura, no por ser la revelación en rimas musicales de un alma, deja de ser de su tiempo y de indicar la indeterminable transición entre el romanticismo y el realismo puro, que hoy el misticismo de las escuelas nuevas irisa con los colores espectrales en que se descompone la luz que viene del sol de ultratumba. Canto de amor ó de dolor, ó de ambas cosas, como suele, es muelle hasta la languidez, sensual hasta la delectación, como los de su maestro Musset; pero, alguna vez, va más allá, y, desde el vértice de su tristeza, contempla nuestro poeta el fragmento de mundo, de vida universal que nos es dado conocer, como un sector de sombra y desesperanza que corta y mide las dos líneas de espíritu y materia que forman el ángulo de nuestra existencia, y entonces Manuel es pesimista, y su poesía expresa tan acertadamente el tormento de muchos, sí, de muchos, que se impersonaliza casi y deja de ser romántica para ser eterna.

Riamos del pesimismo con los Dumas, con los Nordau; riamos, la vida es buena; la prueba es que nos asimos á ella furiosamente ¡ay! sí. Pero porque ó es un instinto, es decir, por lo menos intelectual que hay en nosotros, ó por el deber, por la vida de los demás. «¡ El pesimismo de

los jóvenes poetas es una actitud, no es un sentimiento! » dicen los flamantes espirituales discípulos de Pangloss. ¡Así pues, la pérdida del rumbo en pleno océano (porque la ciencia sólo sirve, y admirablemente, eso sí, para la navegación costanera por los litorales de lo conocido), la intuición invencible de la inmensidad de lo desconocido, la ocultación de la antiquísima estrella polar que se llamaba la Religión, el enloquecimiento de la aguja de marear que se llamaba la conciencia libre, no son motivo de suprema angustia, no son capaces de trascender á toda nuestra sensibilidad y de enlutar la lira, como asombran el alma con la más densa de las sombras! ¡Y eso no es digno de ser llorado y clamado en sollozos y gritos inmortales! ¡Ah! si todo esto es *una actitud*, es la actitud en que nos ha colocado la civilización, la actitud de Laoconte, entre los anillos de las serpientes apolíneas.

El sublime elegista mexicano tenía un hilo de oro atado al pie y apenas aleteaba en la noche del pesimismo (*To be*, *El Monólogo del incrédulo*, *Ondas muertas*, *Almas huérfanas*), volvía á su romántico nido, tapizado con el plumón de todos los ensueños, entibiado con el calor de todos los amores, y desde ahí seguía entonando inefables melodías lacrimosas y divinas. Divinas,

sí (*Pax animæ*, *Non omnis moriar*, *Á Cecilia*, *etc.*, *etc.*), divinas sin hipérbole, porque del levantamiento volcánico, producido en su corazón por el dolor y el desencanto (*Mis enlutadas*, *Castigadas*, *Mariposas*, *La serenata*, *Después*), de la lava petrificada y decorada de cácteas espinosas floreadas de copas de sangre, surgían cimas muy altas, muy serenas, muy níveas, en esas cimas en que los antiguos colocaban á los dioses, desde donde los modernos ven el cielo más insondable, más negro, pero más fulgurantes las estrellas.

Un poeta atormentado por el deseo de la felicidad y la sed de la verdad, es una tragedia que pasa cantando por la mascarada humana; eso era Manuel, eso era esa alma enferma de ideal, que, como alguno dijo de la de Joubert, estaba encerrada y cohibida por un cuerpo cualquiera, encontrado por casualidad. En la felicidad llegó á creer al fin de su vida, al calor del hogar, y hay en sus versos algo como un eco de la inmortal súplica de Fausto al Tiempo, al fugitivo instante: « ¡Oh! detente, eres tan hermoso!... » Mas la ansiedad por comprenderlo todo (el ensueño de Goethe) tornaba á inquietarlo, á impulsarlo, y de antemano se sentía vencido, y la Musa murmuraba á su oído las palabras de Shelley (á quien Manuel adoraba): « Duerme, duerme; olvida tu pena; mi mano posa sobre tu frente, mi espíritu sobre tu cerebro, mi piedad

sobre tu corazón, pobre amigo... Duerme, y con ese sueño que es igual al de la muerte, al de la nada, olvida tu vida y el amor, olvida que debes despertar para siempre, olvida la salud perdida y los divinos sentimientos que murieron durante la breve mañana de tu juventud y... olvídame, porque no podré jamás ser tuya. » ¡Oh! no, la Musa, el arquetipo de belleza y de bien, que pugnamos por realizar en la vida, es como esas mujeres que se dan, pero no se entregan; es la deliciosa visión de nuestra aurora rosada y azul, que, al fin, en plena vida, se torna pura sombra, absoluta

« sombra, la sombra sin orillas, esa
esa que no ve, que no acaba,
la somba en que se ahogan los luceros,
esa es la que busco para mi alma. »

La sombra que el poeta buscaba, es la eterna, es la de la tumba. Parémonos en su umbral; está muy alto. Del otro crepúsculo ¡ay! no tan lejano, (¡la vida del *Duque* fué tan breve, en la brevedad normal de la vida!) del crepúsculo místico, de la penumbra del templo, emerge el astro y podemos seguir su curva de luz; Becquer, Campoamor, luego todos los poetas franceses de la moderna, de la nueva y la novísima generación, desde los de la Carabela romántica, hasta los del último barco, desde Hugo, Lamartine y

Musset hasta Richepin, Rollinat y Verlaine, pasando por Gauthier, Baudelaire y Coppée, todos han ido marcando como constelaciones el trazo de la órbita del astro; de estas constelaciones, las que han brillado más en el cielo de Gutiérrez Nájera han sido Campoamor y Musset; como en su prosa, se reflejan el estilo de Gauthier y Paul de St. Víctor y el fraseo limpio y cristalino de D. Juan Valera, que, de cuando en cuando, tiene un delicioso dejo arcaico, como la canción del rey de Thulé, en el *Fausto* de Gounod.

En los últimos seis ú ocho años, dueño ya por completo de sí mismo, no con el estilo de sus maestros, pero sí con uno que sus maestros no habrían repudiado y que era único en nuestra literatura, el poeta, e *Duque Job*, había logrado realizar en sus escritos lo que había soñado: amalgamar el espíritu francés y la forma española. En plena marcha hacia el ideal, por el imperio adquirido ya de su genio y de su expresión, vino el impío y súbito truncamiento de la muerte.

Como se calcula y define la revolución de un cometa por los elementos de su curva, así pudiéramos figurarnos lo que Gutiérrez Nájera iba á ser; se presiente lo que iba á decir, lo que iba á cantar. Y yo creo que iba á ser el gran poeta religioso de la aurora del siglo latino-americano; digo religioso y quiero decir cristiano; no, cierto, un cristiano á la manera de los Pesado y los Car-

pio, ni á semejanza de nuestro pindárico Prieto que es más bien deísta que cristiano y que adora en Cristo al pueblo divinizado, sino un cristiano sereno y delicado, profundamente piadoso al sentirse en contacto con la miseria y el dolor social y con la duda y la desesperanza individual; un cristianismo sin secta; éste habría sido el fondo de sus poemas postrimeros. Y habría ganado muchas almas, no por la sublimidad trágica de sus *De profundis* y sus *Dies i· æ*, sino por la tierna y balsámica unción de sus *Ave maris stella* y de sus *Te Deum*. Verdad es que el carácter elegante y exquisito de sus versos, no le habría dado influencia sobre las masas, y nunca hubiera sido popular, pero sí habría hecho vibrar como cuerdas de lira, las fibras de corazones agonizantes en la aristocracia de los *inte.ectuales*, y éstos son los que necesitan una fe y un ideal, no el pueblo que los tiene sencillos, absurdos y divinos.

Pero no; todo concluyó en pleno día y en pleno esfuerzo; la obra de Gutiérrez Nájera continúa, pero en la de los otros que vinieron después que él y reflejan y refractan á la vez su influencia luminosa. Porque puede decirse, que él fué un gran suscitador de vocaciones poéticas, y puede agregarse, que el enjambre de cantores (hablo de los verdaderos) que pueblan hoy los aires con sus notas, aquí y acaso en toda la América espa-

ñola, despertó en su nido y voló, gracias al mágico prestigio de la voz de Manuel.

¿Y qué había en el fondo de esa alma selecta, cuál era su facultad ingénita, la que sirve de clave á su elegancia, á su ternura, á su amorosa y melancólica inspiración? Una muy difícil de explicar, imposible de definir y concretar, pero que todos comprendemos al nombrarla: *la gracia;* especie de sonrisa del alma que comunica á toda producción no sé qué ritmo ligero y alado, que penetrando en ondulación impalpable, como la luz, por todas las ramificaciones nerviosas del estilo, les presta cierta suerte de magia singular que produce en el espíritu una impresión parecida á la de la dificultad vencida sin esfuerzo, lo que se torna delectación y encanto. Este don de la Gracia en nuestro poeta se transparenta á través de todos los temas de sus admirables composiciones en prosa ó verso; ó lúgubre, ó serio, ó humorístico, ó clásico, ó satírico ó tierno, todo trabajo suyo es, por efecto de la gracia, diáfano, aéreo, imponderable; su risa, sus lágrimas, sus acentos patrióticos, su crítica de arte, sus cuentos regocijados ó tristes, hasta sus artículos políticos, todo, desde la crónica de un salón hasta un estudio sobre Hamlet, desde los versos de espuma de Champagne á la *Duquesita* hasta los trinos de infinita suavidad del *Non omnis moriar*, todo deja ver esa irradiación parti-

cular de la personalidad del poeta; son como los *rayos x* de Rœntgen que, á través de un muro, hacen fluorescer la placa fotográfica.

La distinción, el primor, la elegancia del estilo, no son más que manifestaciones de la gracia nativa del hombre, que es la cualidad que mejor prepara á la educación del gusto, esa otra facultad indefinible compuesta de equilibrio, de proporción y de armonía. El buen gusto del *Duque* era supremo; sus *Odas breves*, verdaderas ánforas del Cerámico, lo demuestran bien; cuantos conocimos á Manuel sabemos que podía producir indefinidamente esos ejemplares de arte inmaculado; esas joyas, dignas algunas de la *Antología*, eran juegos para él.

Y la facultad soberana, que da toda su variedad y movimiento á la obra artística de Gutiérrez Nájera, constituye también su unidad; la imaginación ponderada como la de un ateniense, la delicadeza del sentimiento, la ternura del corazón, son sin duda las condiciones sicológicas y morales que permiten emplear de un modo fecundo este don de los dioses. Esos eran los signos distintivos del carácter de Manuel.

Ó yo ó algún otro se encargará más tarde de trazar la biografía sicológica de nuestro amigo. La perfecta *imanación* de su alma, que ejercía sobre cuantos lo trataban el magnetismo irresistible de la bondad y de la pureza de sentimiento, redi-

midas, intactas de una juventud arrojada en flor á todas las sensaciones y expuesta al contacto de todos los fangos, este será un problema. Será el otro, el porqué de la conservación de la viripotencia mental y estética de un intelecto exprimido hasta el martirio en una labor perenne que duró diez ó doce años en que un hombre, maravillosamente acondicionado para soñar y cantar, se convirtió en el forzado del periodismo y dió en pasto á la prensa en series indefinidamente renovadas, ya estudios de literatura superior, ya esmaltes, y camafeos, y orfebrerías poéticas en que apuraba su pericia artística, sin agotar ni mermar siquiera la savia de su instinto estético, que quedaba impoluta y virgen después de los derroches de fuerza y de luz del incansable escritor, ya artículos serios de polémicas políticas y juguetes cotidianos impregnados de ática ironía y regocijado humorismo. ¿Cómo pudo ser esto? He ahí el secreto de una vida y una muerte.

¡Pobre Manuel! Nunca le fué dado vivir consigo, realizar el *secum esse secumque vivere* de Marco-Tulio; nunca. Y por eso sentía, por momentos, una infinita lasitud instantáneamente combatida con enérgicos y traidores estimulantes. Y este hombre que había vivido cien vidas por la intensidad de sus *cerebraciones* y de sus sentimientos, encontró incólumes su corazón y su fe para formar un hogar, para coronar de flores

inmortales la frente de la amada y para lograr, á fuerza de cariño, que su alma angélica transmigrase al alma de su pequeña Cecilia, un serafín á quien nuestro infortunado Martí consagró su última adorable canción. Yo he visto esa alma palpitar en el fondo de los dulces y claros ojuelos de la niña, el día de la muerte de su padre.

Dilucidaremos esos problemas dolorosos; volveremos así, ó por otro camino, hacia nuestro amigo; volveremos siempre. Para decirle aquí adiós, pediré á Shakespeare, el poeta que todo lo supo y todo lo sintió, las palabras de Horacio ante el cadáver de Hamlet (también nuestro *Duque* era un príncipe del arte): « Buenas noches, dulcísimo príncipe mío; que los ángeles arrullen tu sueño con sus cantos. »

JUSTO SIERRA.

PARA ENTONCES

Quiero morir cuando decline el día,
en alta mar y con la cara al cielo;
donde parezca sueño la agonía,
y el alma, un ave que remonta el vuelo.

No escuchar en los últimos instantes,
ya con el cielo y con el mar á solas,
más voces ni plegarias sollozantes
que el majestuoso tumbo de las olas.

Morir cuando la luz, triste retira
sus áureas redes de la onda verde,
y ser como ese sol que lento expira:
algo muy luminoso que se pierde.

Morir, y joven: antes que destruya
el tiempo aleve la gentil corona;
cuando la vida dice aún: soy tuya,
aunque sepamos bien que nos traiciona!

1887.

LUZ Y SOMBRA

I

Yo soy el ave errante que solitaria llora,
y en áridos desiertos cruzando siempre va;
sé tú la verde rama que brinde bienhechora
al ave que ya muere dulcísimo solaz.

Yo soy brisa que pasa, yo soy hoja que rueda,
arista que arrebata furioso el huracán;
no sé por do camino, no sé ni en dónde pueda
de mi incesante lucha el término encontrar.

Yo soy el sol que se hunde, allá tras la montaña,
envuelto en el sudario rojizo de su luz;
sé tú la blanca aurora que el horizonte baña
y rasga de las sombras el lóbrego capuz.

Yo soy la negra noche, sin luces, sin estrellas:
yo soy cielo de sombras, rugiente tempestad;
sé tú la casta luna que con sus luces bellas
disipe de esa noche la horrible obscuridad.

Yo soy la navecilla que el aquilón azota,
y que, sin rumbo, en medio del anchuroso mar

juguete de los vientos entre arrecifes flota
y sin timón ni brújula se mira zozobrar.

Sé tú la blanca estrella que alumbre mi camino,
el faro que me guíe al puerto de salud;
no dejes que en los brazos de mi cruel destino
me arroje en el abismo y olvide la virtud.

Yo soy la flor humilde sin galas ni belleza,
sin plácidos colores ni aroma embriagador,
tú, plácida azucena de eólica pureza
cuyo perfume casto es hálito de amor.

Mas si la flor humilde amara la azucena,
si venturosa viere premiada su pasión,
alzara su corola, tal vez de aroma llena,
irguiérase en su tallo al soplo del amor.

II

Yo vivo entre sollozos, mi canto es el gemido
jamás mi labio entona la estrofa del placer;
mi pecho siempre exhala tristísimo alarido,
mi rostro siempre abate terrible padecer.

Muy lentas son mis horas; muy tristes son mis días;
horribles horizontes limitan mi existir,
caverna pavorosa de obscuras lejanías,
preséntase á mis ojos el negro porvenir.

La luz que iluminaba mi lóbrego camino
y que tranquilos goces en la niñez me dió,
dejándome entre sombras, cual raudo torbellino,
ante mi vista atónita por el espacio huyó.

Tan triste es lo que siento, tan negro lo que veo,
que sólo me consuelan mi llanto y mi gemir,
ya no en la dulce dicha, ni en la ventura creo,
ya sólo me presenta la muerte el porvenir.

La duda con sus garras destroza mi creencia,
marchita con su aliento las flores de mi amor;
hay sombras en mi alma, hay luto en mi conciencia,
mi vida es una estrofa del himno del dolor!

III

Tu vida, ángel hermoso, cual cándido arroyuelo,
deslízase entre flores con suave murmurar,
tu corazón es puro como el azul del cielo,
jamás tu frente empañan las nubes del pesar.

Tú ignoras, niña bella, del mundo los engaños,
no sabes cómo muere del alma la ilusión;
no sabes cómo agotan terribles desengaños
los sueños más hermosos del triste corazón.

No sabes cuál se llora al contemplar perdida
aquella fe sublime que guió nuestra niñez:

no sabes cómo amarga las horas de la vida
la duda que nos cerca de eterna lobreguez.

Es blanca tu conciencia y azul tu pensamiento,
rosados horizontes te ofrece el porvenir,
ninguna nube empaña de tu alma el firmamento,
ninguna pena enluta tu plácido existir.

Cuando del sacro templo en las soberbias naves,
murmuras una tierna, purísima oración,
suspenden al oírla, sus cánticos las aves.
y un ángel la conduce al trono del Señor.

Los cielos te sonríen, la tierra te da flores,
las fuentes su murmullo, las aves su cantar;
tu corazón es nido de cándidos amores,
con tu mirada ahuyentas las nubes del pesar.

IV

Mi vida es un suspiro, tu vida una sonrisa:
mi alma negra sombra, la tuya blanca luz;
eres arroyo y ave, eres perfume y brisa;
yo lágrimas y duelo, tristísimo sauz.

Convierte los abrojos de mi cruel destino
con las hermosas flores de tu bendito amor;
y entonces, vida mía, al fin de este camino,
irán nuestras dos almas al trono del Señor.

Tal vez en mi alma existen en sombra aletargados,
los gérmenes sublimes de gloria y majestad:
sin ámbito ni norte dormitan cobijados
en el sudario lúgubre de horrible obscuridad.

Alumbra con tus ojos mi obscura inteligencia,
sé tú, mi vida, el norte que mire mi ambición,
y me alzaré gigante y arrancaré á la ciencia
el más hermoso lauro que anhela el corazón.

Si de tu amor el hálito mi espíritu alentara,
si de tu amor sintiera la llama celestial,
yo el vuelo poderoso con majestad alzara,
y un rayo alcanzaría del sol de lo inmortal.

1876.

SIEMPRE A TI

Á ti, tan sólo á ti, canta mi lira:
Ahogar quiero la voz en mi garganta,
Pero es en vano, que por ti suspira,
Y trémula de amor tu nombre canta.

Perdona, sí, mi sueño y mi delirio;
Perdona tanto amor, tanta ternura:
Mi alma expira en los brazos del martirio,
Y canta, como el cisne su amargura.

Bien sé que tú no escuchas mis querellas;
Bien sé que tú mi amor llamas quimera,
Y con tus plantas inclemente huellas
La casta flor de mi pasión primera.

Comprendo que tu amor que tanto anhelo,
Es sueño de mi loca fantasía,
Porque nunca el gusano llega al cielo,
Nunca se une la noche con el día.

Yo sé que la desgracia me acompaña,
Y sé que tu existencia es de ventura;
Ninguna nube tu horizonte empaña,
Y yo bebo la hiel de la amargura.

¿Mas qué quieres que haga, dicha mía,
Si el triste corazón nunca te olvida,
Si en ti piensa mi loca fantasía
Y enlazada á la tuya está mi vida?

¡La voluntad!... ¡palabra mentirosa!
¡Quimérico poder el albedrío!
Yo siento que me impulsa poderosa
La mano helada del destino impío.

¡Si mientras lucho más por olvidarte
Crece más de mi amor el ansia fuerte!
¡Si aunque yo no lo quiera he de adorarte!
¡Si te he de amar, mi bien, hasta la muerte!

El llanto amargo que por ti derramo
Acrece de mi amor el vivo fuego:
Mientras más me desprecias, más te amo;
Mientras más me desdeñas, más te ruego.

Bien se que con mi amor te causo enojos,
Sé también que tú nunca has de quererme,
Y que jamás tus celestiales ojos,
Amorososy tiernos han de verme.

Mas no por eso de mi amor la llama
Se extingue como chispa pasajera,
De tu desdén el rayo más la inflama
Y se convierte en espantosa hoguera.

Que no es mi amor ligero sentimiento
Que dura sólo lo que dura un día,
La esencia es de mi propio pensamiento
Y el ambiente vital del alma mía.

¡ Si pudiera olvidarte ! ¡ Si pudiera
Borrar del pensamiento tu memoria,
Ha largo tiempo que arrancado hubiera
La página más triste de mi historia !

¡ Mas no!... ¡ Si yo jamás quiero olvidarte,
Aunque me cause tu desden dolores !
¡ Yo siempre quiero con locura amarte,
Y morir cuando mueran mis amores !

Yo no quiero las sombras del olvido,
De alma que muere fúnebre sudario :
Por más que el corazón solloce herido,
Quiero tocar la cumbre del calvario.

Despréciame: aborrece si lo quieres,
Este amor que encendiste, vida mía,
El triste corazón que siempra hieres
Morirá bendiciendo su agonía.

Por eso siempre á ti vuela mi canto,
Por eso el alma con amor te nombra;
Quiero regar tus huellas con mi llanto,
Y quiero darte mi alma por alfombra.

1875.

LIED

Amé á una niña de ojos de cielo,
Pura cual brisa del platanal,
Y aquella niña tornó su vuelo
Á la morada de lo inmortal.

Dejar yo quise grata memoria,
Lauros de poeta mi sien ciñó;
Pero punzante fué aquella gloria,
Y como el humo se disipó.

Vivir queriendo sólo entre flores,
En el retiro mi bien busqué;
Pero el recuerdo de mis amores
Como una espina, conmigo fué!

Sólo un camino me abre la suerte,
Sólo una estrella me da su luz;
Y es el camino que guía á la muerte,
Y es esa estrella la de la cruz

1877.

ÉL

—

Hay una sombra que la luz me oculta
Del ángel de mi amor;
Hay un espectro que mi ser sepulta
En tumba de dolor.

———

No es malvado y destroza mi esperanza,
Me da á beber la hiel;
Siento al verle la sed de la venganza
Y al verle... ¡soy cruel!

———

Mas cuando recogido en el santuario
De mi propio pesar,
Me envuelvo en el reposo solitario,
Y me pongo á llorar,

———

Veo tan débil, tan bajo y tan pequeño
Á mi feliz rival,
Que creo que en esta vida ó este sueño
Hay algo de fatal!

———

No es él, no, quien destroza mi esperanza,
Quien mata mi ilusión;

No le vibres el rayo de venganza,
No le odies, corazón!

Nunca el gusano detendrá en su vuelo,
Al águila caudal;
Nunca la larva se remonta al cielo,
Nunca trina el chacal.

Y es águila caudal que crece y sube
Mi delirante amor,
Y es el amor de mi rival la nube
Sin luces ni color.

El que es nube, y es larva, y es pigmeo,
Y sombras y capuz.
No detuvo mi vuelo giganteo
Y no extinguió mi luz!

Es abismo que corta mi camino
Y separa á los dos...
Pero es juguete débil del destino
Impulsado por Dios!

1877.

POBRE NINA

¡Pobre niña! nacer y morir junto,
Vió la espuma que baña
La ribera del mar; y vió en un punto
Sin nieblas la montaña.

Y perderse en la atmósfera anchurosa
Del dulce canto el eco;
Y el capullo nacido al alba hermosa,
Roto á la tarde y seco.

Violo, y luego soñó que á otras regiones
Por mejorar de estado,
Sus espumas la mar, eco sus sones,
Hubieran levantado.

Y que con ellos á juntarse fuera
La niebla antes perdida,
Y el capullo gentil que en la pradera
Vivió tan corta vida.

Y morir quiso, y remontóse al cielo
Su espíritu inocente

Por ser feliz; pero á nosotros, duelo
Dejónos solamente!

Volvió al jazmín la tez en él formada:
Á la amapola bella
El carmín de los labios; la mirada
Quedóse en una estrella.

Y nada á la infeliz madre en consuelo
Nada al doliente amigo,
Supo guardar en su sepulcro el suelo
Que fué de ello testigo.

Y en tanto á mí que corro y cruzo errante
Por las verdes riberas,
No me dejan ni voz para que cante
Las quejas lastimeras.

Son suspiros de ninfa enamorada,
Ayes de las corrientes
Del aura de los valles perfumada,
Del agua de las fuentes.

Son de la adelfa, que al amor del río
Creciera á la par de ella,
La lágrima temblante del rocío,
La fúnebre querella.

Y si allá en el boscaje al paso el viento
Algún ciprés inclina,
Como es murmullo triste, el pensamiento
Un suspiro adivina.

Y oigo su nombre en la robusta almena
Que entre flores asoma,
Donde el espacio de lamentos llena
La tímida paloma.

Por doquiera preguntan : ¿ Dónde, dónde
Se oculta Eugenia? y lloran;
¿Por qué tan larga ausencia nos la esconde?
¡ Es que su muerte ignoran !

Y yo no acierto á responder y exhalo
En silencioso llanto el dolor mío,
Y con la mano trémula señalo
Las bóvedas azules del vacío !

1877.

SOBRE EL SEPULCRO

DE

RAFAEL MARTÍNEZ DE LA TORRE

¡ Hele sin voz !... el que arrancó á la gloria
Cien lauros y otros cien con su palabra :
¡ Hele cadáver ! aun ayer sonaban
Entusiastas aplausos en su oído,
Y hoy, polvo y corrupción ! Triste Polymnia,
Su postrer homenaje le tributa
Y no ya al gozo del ansiado triunfo
Responde el noble corazón latiendo.
La mentira pasó ; pasó la vida,
Y la verdad eterna y absoluta,
La tremenda verdad, para él descorre
Su negro velo que rasgó la muerte.
Morir cuando se deja cual dejaste
Herencia de virtud y beneficios,
Como cauda luciente de cometa
Que el cielo cruza y las tinieblas hiende ;
Morir cuando se deja por estela
El sepulcral lamento de los buenos,
Los fúnebres crespones de la Patria
Y de los tristes el doliente lloro ;

t. 1

Morir es quebrantar con dura mano
De esta cripta horrorosa las cadenas,
Sacudir las mortales ligaduras,
Traspasar de este mundo las barreras
Y desposarse con la eterna dicha
En el azúreo tálamo del cielo.
¡ Así viviste tú ! ¡ tal conquistaste!
Humillada á tus pies cayó la muerte,
Y trocóse el sepulcro en blanca cuna
Y trocóse la sombra en arreboles.
¡ Rafael ! si de ese abismo inmensurable
Do gira la creación, tras la grandeza,
Tu espíritu me escucha, oye propicio
El postrimer adiós, que desde el fondo
De un corazón leal á ti se eleva,
Digno de lo que fuiste; yo no puedo
Consagrarte un gemido de mi lira,
Mas á do eterno vives, y no alcanza
La inmortal vanidad, mi afecto sube.
Otros de gloria en inspirado plectro
Á tu genio inmortal egregio canto
Entonen más dichosos; yo tan sólo
Cuanto tu muerte de dolor me inspira,
Decirte quiero, y añadir inculta
Una pálida flor á la corona
Del lauro divo que tu sien rodea.
Fuérame en vez de lamentar tu ida
De un Dios dado el poder, y ¡ alza, cadáver
Del polvo de la losa ! te diría :
¡ Alza ! ¡ toma ! ¡ el atónito concurso
Vuelva á escuchar tu voz ! ¡ Zumbe en tu oído
Una vez y otra vez el alto aplauso,

Y una vez y otra vez deba la patria
Á tu elocuencia de titán la fama!...
Mas sueños, sueños son; que la inflexible
Sentencia del Eterno nadie borra.
¡Rafael! ¡adiós, hasta el incierto día!
Tal vez el sol al fulgurar mañana
Aquí en reposo me verá contigo,
Hasta entonces, adiós! ¡en paz te quedas!

1877.

LA CRUZ

Á mi buen amigo **J. L. Cortina.**

Árbol divino, afortunado tronco,
Que al mecerte del viento al oleaje
Bañado por la luz, rota en colores,
Te inclinaste ante Dios en homenaje,
Su frente coronando con tus fl res
Y alfombrando sus pies con tu ramaje!
Árbol celeste cuya esencia pura
En cándida espiral sube hasta el cielo;
Estrella de ventura,
Que oscilando del Gólgota en la cumbre
Derramas por el suelo
Ardientes rayos de perpetua lumbre;
Que viste de tu seno,
Al retemblar la tierra estremecida,
Brotar la fuente de cristal sereno,
Que entre sus linfas y raudal fecundo
Es á la vez que bálsamo de vida
Nuevo Jordán que purifica al mundo.
Árbol gigante que inspiró á un tirano
El negro crimen que estampó en tu frente;
Emblema del cristiano,
Símbolo santo de la fe potente

Que Jesucristo relegó á la historia,
Cuando al morir entre tus duros brazos
Las sombras del error hizo pedazos,
Negro cadalso convirtiendo en gloria.

Tú que viste vagar fieras, perdidas,
Como fantasmas que en la noche brotan,
Esas turbas de gentes descreídas
Que en la piedad el sentimiento embotan;
Mientras sentiste en silencioso giro
La muerte que á tu lado revolaba
Hasta beberse el postrimer suspiro
Del hombre que en tus brazos expiraba.
Tú que viste caer triste la tarde,
Medrosa, confundida
Entre los pliegues de la sombra vaga,
Llevándose el aliento de una vida
Que nunca el mundo con la suya paga.
Que miraste al sayón blasfemo y ronco
La cuchilla vibrar en su despecho,
Romper del Mártir el desnudo pecho,
Y en su sangre bañar su helado tronco;
Que sentiste del cáliz de la pena
Entre las nieblas de la noche fría,
Las lágrimas amargas de María
Y el llanto de la humilde Magdalena.

Tú que los ejes de la tierra viste
Crujir entonces como febles cañas,
Horrísonos silbar los huracanes
En la cima glacial de las montañas,
Y el hervir en sus cóncavas entrañas

La lava que engendraron los volcanes.
Tú que sentiste el vendabal y el trueno
Rodar sobre la bóveda sombría,
Que ahogó la luz en su profundo seno,
Que de la mar bravía
Las olas turbulentas
Quebrarse viste en la desierta playa,
Cuando al ronco bramar de cien tormentas
Lánguido el sol sobre el cristal desmaya.

Y entre las nubes que, al flotar, copiando
Iban las tintes del carmín y el lirio,
Viste á Jesús llevando,
Al impulso fatal del hado adverso,
El cielo por corona del martirio
Y por trono inmortal el universo.

Tú que viste las puertas celestiales
Abrirse entre el contento y la alegría
De las vírgenes puras, que en su canto
Al viento regalaban armonía,
Al mundo gloria y al Edén encanto.

Que viste apareeer brillantes nubes,
Recamadas de fúlgidas estrellas,
Y entre sus pliegues descender querubes
Pintando el iris con sus alas bellas.

Que el eco celestial de sus cantares
Viste volar, como flotante velo,
Brumas tal vez de perfumados mares;
Romper el sol la noche solitaria,

Bordar con perlas el azul del cielo,
Y entre el dosel de su purpúreo manto
Quebrantarse la losa funeraria
Y abrir sus puertas el sepulcro santo.

¿Quién eres tú para que así tranquilo
Velases desde el monte al santuario,
Penetrando á la vez ese misterio
Que pasó desde Herodes a Tiberio
Llegando de Belem hasta el Calvario?

Que en tu esplendor fecundo,
Que las tormentas de la vida calma,
Abarcas con tus brazos desde el mundo
Hasta los ayes últimos del alma?

¡Que viniste del bosque y de la selva,
Donde las auras gimen,
Los himnos á inspirar que te consagro,
Empezando tu vida con un crimen
Y acabando después con un milagro!

¿Quién eres tú que tu radiante lumbre
Recuerdo eterno de la fe divina
Abandona del Líbano la cumbre
Para llorar al fin en Palestina?

¿Quién eres tú, que en el feliz camino
Que los espacios llena,
De vida y esplendores
Alentaste el fervor del peregrino,
La fe de Santa Elena,
Los triunfos y el valor de Constantino?

¡La que á bordo de frágil carabela
Flotaba en las banderas españolas,
Y al tibio rayo de la blanca estela,
Del seno de los mares arrancaba
El mundo que ignorado palpitaba
Entre montones de encrespadas olas?

¡La que de Dios al soberano asiento
Voló como la enseña más sagrada
Extendiendo en las ráfagas del viento
La luz divina de su regio manto;
Y abarcando á la vez con su mirada
Desde el golfo de México á Granada,
Del Cantábrico mar hasta Lepanto?

¿Quién eres tú que por doquier contemplo
La humildad de tu imagen solitaria,
Desde la torre secular del templo
Hasta la triste losa funeraria?

¿Que, enseña del desdén y del encono,
Hallaste en el delito la fortuna;
Que al cadáver de Dios sirves de trono
Y á nuestra santa religión de cuna?

¿Que viste siempre las miradas fijas
De las madres en ti, puestas de hinojos,
Cuando imploraba con dolientes ojos
Perdón Jerusalén para sus hijas?

¿Quién eres tú, que como hermosa palma
Sobre el viento y el mar te balanceas,
Prestando al corazón ventura y calma?
¡Eres la Cruz.... La salvación del alma!
¡Signo de redención, bendito seas!

1877.

LA DUDA

¡Aparta, sombra horrible,
    Aparta de mi frente
Tus alas, que la cubren
    Con fúnebre crespón!
¡Aparta, que á mis ojos
    Asoma el llanto ardiente,
Y roto está en pedazos
    Mi triste corazón!

¿Qué quieres, de las sombras
    Espectro pavoroso?
¿Por qué junto á mi lecho,
    Velando siempre estás?
¿Por qué inclemente turbas
    Mi sueño y mi reposo?
¿Por qué, fantasma negro,
    Conmigo siempre vas?

¿No sabes que mis dichas
    Destruyes con tu aliento?
¿No sabes que mis ojos
    Te miran con pavor

¡Aparta, sombra horrible!
¡Aparta, que tu acento
Resuena en mis oídos
Cual grito del dolor!

¿Qué quieres, que así turbas
Mi paz, mis alegrías?
¿Por qué mis dichas vienes
En llanto á convertir?
¿Por qué marchitas todas
Las esperanzas mías?
¿Por qué cubres de sombras
Mi hermoso porvenir?

¿Acaso ignoras, dime,
Que el santo amor que siento
Es alma de mi alma
Y vida de mi ser?
¿No sabes que sin ella
La vida es un tormento,
La fe palabra vana,
Quimérico el placer?

¿Por qué á mi vida siempre
Tu ronca voz murmura,
Que es loca la esperanza
De coronar mi amor?
¿Por qué tu acento dice
Que es sueño la ventura,
Y que tan sólo es cierto
El llanto y el dolor?

¡Y siempre me acompañas!
    Y siempre tu sonrisa
Como puñal agudo
    Me hiere el corazón!
Y al contemplarte trueco
    En lágrimas mi risa,
Y al contemplarte exhalo
    Terrible maldición!

De sombras has llenado
    Mi alma y mi conciencia;
En lánguido gemido
    Trocaste mi cantar;
Con tu hálito de averno
    Mataste mi creencia,
Y horrible panorama
    Me obligas á mirar!

¡Ya basta! que mi frente
    Doblégase abatida
Y presuroso late
    Mi triste corazón:
Un caos es mi cerebro,
    Tristísima guarida
De negros pensamientos,
    De luto y aflicción!

¡Ya basta, ser maldito!
    No turbes más mi calma:
Mi mente es una hoguera,
    Mi pecho es un volcán:

Como la corza herida
Agítase mi alma,
Y cruza en mi cabeza
Terrífico huracán.

Por desasirme lucho
De tus feroces garras,
Y libertarme quiero
De tu fatal poder;
Como velera nave
Que rompe sus amarras
Y el océano hirviente
Comienza libre á hender!

1877.

HOJAS SECAS

¡En vano fué buscar otros amores!
¡En vano fué correr tras los placeres!
Que es el placer un áspid entre flores,
Y son copos de nieve las mujeres.

Entre mi alma y las sombras del olvido
Existe el valladar de su memoria...
Que nunca olvida el pájaro su nido,
Ni los esclavos del amor su historia.

Con otras ilusiones engañarme
Quise, y entre perfumes adormirme:
¡Y vino el desengaño á despertarme,
¡Y vino su memoria para herirme!

¡Ay, mi pobre alma! ¡cuál te destrozaron
Y con cuánta inclemencia te vendieron!
Tú quisistes amar: ¡y te mataron!
Tú quisiste ser buena; y te perdieron!

¡Tanto amor, y después olvido tanto!
·Tanta esperanza convertida en humo!

Con razón en el fuego de mi llanto
Como nieve á la lumbre me consumo.

¡Cómo olvidarla, si es la vida mía!
¡Cómo olvidarla, si por ella muero!
¡Si es mi existencia lúgubre agonía,
Y con todo mi espíritu la quiero!

En holocausto díla mi existencia;
La dí un amor purísimo y eterno;
Y ella en cambio, manchando mi conciencia,
En pago del Edén, dióme el infierno.

¡Y mientras más me olvida, más la adoro!
¡Y mientras más me hiere, más la miro!
¡Y allá dentro del alma siempre lloro!
Y allá dentro del alma siempre expiro.

¡El eterno llorar! Tal es mi suerte;
Nací para sufrir y para amarla;
Sólo el hacha cortante de la muerte
Podrá de mis recuerdos arrancarla!

1877.

RAFAGAS

La noche se acerca : ya asaltan al cielo
Cien nubes siniestras de negro color;
Las aves abaten, temblando, su vuelo,
Y en alto picacho se abriga el condor.

Eolo despliega sus alas gigantes
Y agítase y ruge tremendo huracán;
Las olas sollozan con tumbos sonantes
Y salta en las aguas el tardo caimán.

Su tronco altanero doblega la encina,
La selva robusta se humilla también.
Y al paso del viento sus ramas inclina
El cedro del monte con lento vaivén.

¡Qué negra es la noche! ¡qué triste el ruído
Del trueno que imita titánica voz!
Fosfórica lumbre de rayo encendido
Alumbra doquiera mi marcha veloz.

Corcel, al galope traspasa el sendero;
Cercano del valle se mira el confín;

Nervioso sacude tus miembros de acero
Y tiende á los vientos tu espléndida crin.

No tiembles si el rayo retumba en el cielo,
No tiembles si rugen las olas del mar,
Tus cascos ferrados estampa en el suelo
Y el eco repita tu ronco piafar.

La lluvia comienza; del agua las gotas
Con sordo ruído se miran caer;
Revuela en el viento tropel de gaviotas,
Y sombras envuelven la tierra doquier.

Oculto en el antro de negra guarida
Sus ojos ardientes asoma el león...
Y el grito repiten de hiena perdida
Las cóncavas rocas del negro peñón.

Los vientos silbando los troncos descuajan,
Serpientes de fuego derraman su luz,
Y cien y cien rayos las ramas desgajan
Del olmo robusto, del verde sauz.

Huyamos, huyamos; al viento tendida,
Piafando, sacude tu espléndida crin,
Y cruza los valles sin freno ni brida
Espuma brotando de tu ancha nariz

1877.

PRELUDIO

Era la roca: el árido desierto
En torno cual sudario se extendía,
Y como triste lámpara de un muerto
La luna en el Oriente aparecía.

Tú eras el ángel: con tu luz heriste
De aquella roca el cavernoso seno,
Y del peñasco solitario y triste
Brotó el amor como raudal sereno.

Encadenado á ti mi pensamiento,
La órbita trazaste á mis ideas:
Tú me diste la fe: ¡por ella aliento!
Tú me diste el amor: ¡bendita seas!

MI CASA BLANCA

Oculta en un valle de flores y aromas
Que el rayo acaricia de fúlgido sol,
Yo tengo una casa mansión de palomas
Que es nido de sueños, morada de amor.

Allí son más tibias las brisas suaves,
Allí de los astros más pura la luz,
Y trinos más dulces exhalan las aves,
Y prenden estrellas del cielo el capuz.

De tórtola amante los tiernos arrullos
Del aura se mezclan al blando gemir,
Producen las fuentes más suaves murmullos
Y es límpido y puro del cielo el zafir.

En medio de agreste, feraz ondonada,
Cubierta de acacias y flores de Abril,
Mi blanca casita se mira rodeada
De huertos floridos, de ameno pensil.

Los céfiros pasan rozando sus muros
Y un beso de amores temblando le dan;

Y forman en torno boscajes obscuros
Los blancos rosales y el verde arrayán.

Trepando en sus tapias el musgo y la yedra,
La esmaltan y cubren de fresco verdor,
Y brillan las aguas en taza de piedra
Cascadas de perlas lanzando en redor.

¡Qué bella se mira mi blanca casita
Á orillas de un lago de límpido azul!
Parece paloma que oculta dormita
En nido amoroso de gasas y tul.

Allí, cuando llega la luz de la aurora,
El cielo cubriendo de pálido albor,
La sacra campana parece que llora;
La tierra es entonces un canto al Señor.

Las gotas cuajadas de fresco rocío,
Relucen cual perlas del sol á la luz,
Y en medio á las nieblas que se alzan del río
Del blanco santuario se mira la cruz.

Las aves entonan sus trinos de amores,
Las ondas murmuran con lánguido son,
Las brisas susurran, perfuman las flores
Y escuchan al lejos doliente canción.

Y cuando las sombras envuelven la tierra,
Y cuando en los mares va el sol á morir,
La flor perfumada sus pétalos cierra,
Los lagos se aduermen, se enluta el zafir.

¡ Qué bello es entonces mirar en el cielo
De innúmeros astros la pálida luz !
Mirar cómo vierten su luz de consuelo,
Mirar cómo rasgan el negro capuz !

Entonces vibrando las ondas del viento
La voz del santuario repiten también,
La tórtola exhala suavísimo acento,
Los pálidos lirios dormidos se ven.

Si cruza los cielos callada la luna,
¡ Qué bello es estonces, tranquilo, mirar
En la onda apacible de clara laguna
Su pálido rayo temblando rielar !

Allí todo es bello, perfumes y brisas,
Arrullos y trinos, la fuente y la flor,
Parece que tienen los cielos sonrisas
Las auras suspiros, los campos amor.

Allí se levantan el cedro y la palma
La encina robusta y el alto bambú,
Mas ¡ ay ! Lola bella, que allí falta el alma.
Allí falta el cielo, allí faltas tú.

No tienen las aves cadencias ni arrullos
Que eres el canto y el ritmo les das,
Ni exhalan las aguas sus dulces murmullos,
Que nunca reflejan tu pálida faz.

Y todo te busca, te anhela y te llama,
La blanca azucena y el lirio gentil,
La luz que asomando los aires inflama,
Las brisas de Otoño, las auras de Abril.

En vano por verte la luna se asoma,
En vano te busca la fuente y la flor,
Solloza en tu ausencia la amante paloma,
Le falta la dicha, le falta tu amor.

Ya mustias se doblan las flores marchitas,
Ya en páramo tornas el fresco jardín,
Se apagan del cielo las luces benditas,
Las aves ya miran cercano su fin.

¿Por qué nunca vienes á darles la vida?
¿Por qué nunca vienes su pena á calmar?
Tu blanca paloma que nunca te olvida,
Al ver que no vienes se pone á llorar.

Sudario de negra, profunda tristeza,
Envuelve á la blanca casita doquier,

No tienen las flores color ni belleza,
Faltándoles tu alma les falta su ser.

¿Por qué nunca vienes? Tal vez cuando llegues
Te encuentres marchito tu hermoso pensil,
Y entonces en vano con llanto lo riegues
Que ya no lo animan las auras de Abril.

Por ti me pregunta la pálida aurora,
Te buscan las flores mirándome á mí,
Y al ver que no vienes la tórtola llora,
Y el céfiro suave solloza por ti.

No tardes ¡oh niña! que llega el invierno
Y el árbol sus hojas comienza á perder,
Y acaso ese luto será, Lola, eterno,
Y acaso esas flores no vuelvas á ver.

Tu rostro es, mi vida, de amor primavera,
Tus ojos, estrellas en limpio zafir,
Tus rubios cabellos, de luz cabellera
Y rayos perdidos del oro de Ofir.

Por eso tu blanca, tranquila casita,
Se envuelve en nocturno, profundo capuz;
Sin ti, primavera, la flor se marchita,
Sin ti, blanca aurora, no existe la luz.

No tardes, no tardes; traspasa la loma
La tierra y el valle, la selva y el mar:
¡Oh, ven que te espera tu amante paloma
Y al ver que no vienes se pone á llorar!

1877.

JUANA

Rubio cabello cubre su cabeza,
Luz sideral en sus pupilas arde,
Tiene la palidez de la tristeza,
Y brillan de su rostro en la belleza,
Las luces moribundas de la tarde.

Creyérase una virgen arrancada
Del santuario á la gótica vidriera;
Acaricia su mano perfumada;
Y brilla en el fulgor de su mirada
La languidez de la pasión primera.

Entre sus rojos labios de corales
El dulce beso del amor palpita;
Tiene su voz arrullos tropicales
Y avergüenza á las noches estivales
De su alba frente la quietud bendita.

¡Qué bella está! sus ojos adormidos
Bajo el negro cendal de las pestañas,
Parecen, al mirar estremecidos,
Cocuyos que relucen escondidos
Bajo fresca techumbre de espadañas.

¿Conocerla queréis? Vuestra mirada
Espaciad un momento por la altura,
Y en medio de la bóveda estrellada
Encontraréis su imagen reflejada
En la pálida luz de Cinosura.

1877.

DEL LIBRO DE LOLA

Eco dulce y armonioso
De música que se aleja;
Rayo de luz que refleja
El océano proceloso;
Ritmo suave y melodioso
De tórtola enamorada;
Blanca brisa perfumada,
De fuente lánguido arrullo;
Eres ola, eres murmullo,
Estrella, flor y alborada.

Crepúsculo de tristeza,
Rayo postrero de día;
Triste y fúnebre armonía,
Flor sin galas ni belleza;
Tumba que á cavarse empieza
En mitad de un cementerio,
Despedazado salterio
Que no exhala ningún canto,
Soy suspiro, grito y llanto,
Sauce, sepulcro y misterio.

Hermosa y luciente estrella,
Palma de flexible talle,

Azucena que en el valle
Entre mil otras descuella;
Paloma cándida y bella,
Nido de castos amores;
Guirnalda de resplandores,
Himno de dulce armonía,
Eres cadencia y poesía
Brisas, perfumes y flores.

Cielo enlutado y sombrío
Como manto funerario,
Árbol triste y solitario,
Desierto cauce de un río;
Astro que cruza el vacío
De su órbita desprendido;
Nimbus de rayos henchido,
Nave que flota al acaso,
Soy crepúsculo y ocaso
Sombra, capuz y gemido.

Sol fulgente que colora
De albor rosado mi vida,
Gota de luz desprendida
Del océano de la aurora;
Himno de amor que atesora
Todo un mundo de ternura,
Estrella en la noche obscura
Que siempre mi vista alcanza,
Es mi amor, fe y esperanza,
Ensueño, gloria y ventura.

1877.

MARÍA

Sonó la voz de Dios: « Tú, en cuya frente
Quise estampar de mi grandeza el sello,
Derramando sobre ella eternamente
La luz del claro sol; tú, en cuya mente
De mi gloria inmortal puse un destello;

Tú, que del polvo terrenal nacido,
Soberano de espléndido palacio
Te llegaste á mirar, y envanecido,
Mi amor y mi piedad diste al olvido,
Á la humana ambición abriendo espacio;

Tú, errante seguirás en lo futuro
La estrecha senda que á seguir acierte
Con temeroso afán tu pie inseguro;
Tú, que la vida despreciaste, impuro,
Verás alzarsepor doquier la muerte. »

¡Y errante caminó! ¡Cuán angustiada
Llegó á encontrarse en su primer jornada
La triste humanidad, hasta que el cielo
Piadoso quiso mitigar su duelo
En la cima del Gólgota, sagrada!

Allí fué donde el Dios que el orbe alienta,
El Dios del Sinaí que el rayo lanza;
Y hace escuchar su voz en la tormenta,
Víctima santa de mortal afrenta,
Derramó con su sangre la esperanza.

Aun resuena en los aires condolida
La agonizante voz del mártir fuerte,
Por la voz de los siglos repetida;
El ¡ay! postrero de su triste muerte
Abrió los mundos de la eterna vida.

Y desde entonces, madre cariñosa
El hombre tiene en la sin par María;
Ella calma sus penas bondadosa,
Y del mundo en la noche tempestuosa
Es faro de esperanza y alegría.

Ella es la madre del amor divino
Que sobre el mundo su bondad derrama,
Elle alienta al cansado peregrino,
Abrevia de los males el camino
Y en santo gozo el corazón inflama.

Enjuga el triste llanto del que llora,
Y alivia los dolores del que pena:
Por eso el hombre su favor implora,
Que ella es de todo mal consoladora,
Que ella es de todo bien fuente serena.

Su santo nombre es suave como gota
De avara lluvia en el sediento Estío;
Del arpa del amor mística nota

Que de los senos de la vida brota
Y llena de los seres el vacío.

Nombre que cual profética paloma
Del arca de los tiempos se desprende;
Azucena gentil de suave aroma,
Iris de paz que las borrascas doma,
Luz que la fe del corazón enciende.

Ese nombre los siglos nunca oyeron
Que la cuna del mundo rodearon,
Ni los sabios de Grecia lo entendieron,
Ni las damas de Roma lo tuvieron,
Ni las musas profanas lo cantaron.

Que ni el plácido arroyo que murmura
Bajo el ramaje de la selva umbría,
Ni el ruiseñor que canta en la espesura,
Tienen la suave y mística ternura
Del dulcísimo nombre de María.

¡María! dulce nombre y armonioso,
Primer acento que sonó en mi boca,
¡María! ser angélico y hermoso
Que como escudo fuerte y amoroso
Al hombre guarda que con fe lo invoca.

Casta mujer para sufrir nacida,
Grande cual monte, humilde como helecho,
Madre del que las fuentes de la vida
Al hombre ciego en su furor deicida
Clemente abrió desde el sepulcro estrecho.

No brilló como Venus Afrodite
Por belleza y lascivia de consuno,
Ni renombre gentílico transmite,
Ni el manejo partió, como Anfitrite,
Del húmedo tridente de Neptuno.

Fué una virgen humilde é ignorada,
Como rosa escondida en su capullo,
La madre de Jesús inmaculada,
Que aceptó sus dolores resignada
Y aceptó sus grandezas sin orgullo.

Hija del llanto y madre del consuelo,
Ella es la madre del linaje humano;
Ella ¡ la reina mística del cielo !
Calma del hombre el padecer y el duelo,
Y con sublime amor y santo celo
Tiende hacia él su protectora mano.

*
* *

¡ Oh, reina inmaculada ! Por tu sin par pureza
Tú fuiste la escogida Esposa del Señor,
Y rota y quebrantada por ti fué la cabeza
De la infernal serpiente que nos indujo á error.

Mis ojos te contemplan, hermosa cual ninguna,
Subir hasta los cielos en busca de tu amor;
Y mírase á tus plantas la refulgente luna,
Y cércate la aurora con su rosado albor.

Tus ojos obscurecen la luz de las estrellas,
El aura es tu sonrisa dulcísima y fugaz,
Y el cielo que admiramos, la alfombra de tus huellas,
Y el sol resplandeciente, la sombra de tu faz.

Revélanos tu nombre el murmurar del río,
Repítenlo las aves en lánguida canción,
Y en el mundano suelo lo invoca el hombre impío
Cual dulce mensajero de paz y de perdón.

Te invoca el marinero en la borrasca ruda,
Invócate el soldado en la batalla cruel,
Y al mísero marino tu patrocinio escuda,
Y ciñes al guerrero con inmortal laurel.

Los ángeles te adoran en éxtasis sublime,
Los míseros mortales te elevan su oración;
Porque es tu nombre santo, consuelo del que gime,
Porque nos da tu nombre la paz del corazón.

¡Tesoro de esperanzas, promesa de cariño,
Iris resplandeciente del cielo espiritual,
Más blanca que los linos, la nieve y el armiño,
Mi fe te ha proclamado desde pequeño niño,
Sin mancha concebida de culpa original!

Al alumbrar mis ojos la luz del nuevo día,
Al toque religioso que invita á la oración,
Y al reclinar mis sienes del sueño á la porfía,
Te ha enviado siempre el alma, Purísima María,
Envuelta en sus plegarias, la fe del corazón.

Á ti caminan siempre mis tristes confidencias,
Mis lúgubres suspiros se elevan siempre á Ti,
Y en los coloquios dulces de santas conferencias
Balsámicos consuelos de todas sus dolencias
El alma apesarada encuentra siempre en Ti.

¡ Estrella de los mares! la nave de mi vida
Desmantelada y frágil te plazca dirigir;
Los últimos acentos de mi alma agradecida
Te llamen, virgen santa, sin mancha concebida,
Mis últimas miradas te encuentren al morir.

1877.

ALBORES PRIMAVERALES

Otra vez á las puertas
    De mi ventana
Tocan las golondrinas
    Por la mañana;
Y allí cantando
    De mi tranquilo sueño
Vanme arrancando.

Mensajeras de auroras
    Primaverales,
Alados trovadores
    De los rosales,
¡ Bendito el día
    En que llegó á mi oído
Vuestra armonía !

Venid; en aquel muro
    Ya derruído,
Aun se conserva el hueco
    De vuestro nido,
Y tras la loma
    Con su canto os saluda
Tierna paloma.

¿ Recordáis ? Otro tiempo
Bajo la parra,
Escuchando los sones
De la guitarra
Yo os contemplaba,
Y al oir vuestro canto
Me embelesaba.

Bajo fresca techumbre
De limoneros,
Rodeada por bosques
De cocoteros,
Pobre cabaña
Mirábase en la orilla
De la montaña,

Sus blanquecinos muros
Lamía ansioso
El río que serpeando
Corre anchuroso,
Y á sus ventanas
La luz mandaba un beso
Por las mañanas.

En la puerta de aquella
Pobre casita,
Incrustada en el muro
La cruz bendita
¡ Ay, parecía
Que con sus santos brazos
La protegía !

¡ Ay, mi casita blanca,
Mis limoneros,
Mis bosques majestuosos
De cocoteros!
¡ Ay, mis rosales
Mis dorados naranjos,
Mis cafetales !

Cucuyos escondidos
Entre el follaje,
Ruiseñores ocultos
En el boscaje;
Ondas del río
Reflejando las chozas
Del caserío;

Cielo diáfano y puro
De la montaña,
Humo blanco que sale
De mi cabaña;
Pálida luna
Que rïela en las ondas
De la laguna;

¿ Por qué ya no os encuentro
Como solía?
¿ Por qué doquiera miro
Nube sombría,
Y las campanas
No repican alegres
Por las mañanas?

¡ Qué negro está el Oriente!
¡ Qué triste el valle!
¡ Cómo inclina la palma
Su esbelto talle!
¡ Y los turpiales
Cómo lloran ocultos
En los juncales!

Murmuran los arroyos
Lánguida queja,
Se marchitan las flores
Que hay en mi reja;
Vésper no brilla
Y gimen las palomas
Junto á la orilla.

Negro sudario cubre
Mi pobre huerto,
Del templo las campanas
Tocan á muerto;
Y en los hogares
Cual antes no se escuchan
Tiernos cantares.

Agitan mil fantasmas
El aire denso,
El espacio semeja
Féretro inmenso,
¡ Ya todo es ido!
Al perder la esperanza
Todo he perdido.

Golondrinas del alma,
Las ilusiones
Animan un momento
Los corazones;
Mas huyen luego
Dejando en las pupilas
Llanto de fuego.

Con las blancas auroras
Primaverales,
Vuelven las golondrinas
Á los nogales;
Sólo el invierno
De alma sin ilusiones,
¡Ay, es eterno!

1877.

Á MI PADRE

Padre : en las recias luchas de la vida,
Cuando mi pobre voluntad flaquea,
¿ Quién, sino tú, me alienta en la caída?
¿ Quién, sino tú, me ayuda en la pelea ?

Todo es mentira y falsedad y dolo,
Todo en la sombra por la espalda hiere ;
Sólo tu amor ¡ oh, padre ! tu amor sólo
No tiene engaño, ni doblez, ni muere !

En mi conciencia tu palabra escucho,
Conmigo siempre por doquier caminas ;
Gozas si gozo ; cuando sufro mucho,
Sin que yo te lo diga, lo adivinas.

¡ Ay ! ¿ Qué fuera de mí sin tu consuelo ?
¡ En este mundo mi ventura ¡ oh, padre !
Consiste sólo en aspirar al cielo,
Tu dulce amor y el de mi santa madre !

1877.

DIOS

Los mares en tormenta ó en bonanza
Nos reve'an, Señor, tu omnipotencia;
Y los astros nos dicen tu alta ciencia,
Y las aves nos cantan tu alabanza,

La tempestad, Señor, es tu venganza;
Tu mirada amorosa, la clemencia;
Tu santuario del justo, la conciencia;
Y tu dulce sonrisa, la esperanza.

No puede el hombre concebir tu alteza,
Y el azul pabellón del firmamento
Un reflejo sólo es de tu grandeza:

En todo está tu poderoso aliento,
Y es un canto á tu amor Naturaleza,
Y un canto á tu saber el Pensamiento.

1877.

Á MI MADRE

¡ Madre, madre, si supieras
Cuántas sombras de tristeza
Tengo aquí !
Si me oyeras, y si vieras
Esta lucha que ya empieza
Para mí !

Tú me has dicho que al que llora
Dios más ama ; que es sublime
Consolar :
Ven entonces, madre y ora ;
Si la fe siempre redime,
Ven á orar!

De tus hijos el que menos
Tu cariño merecía
Soy quizás ;
Pero al ver cual sufro y peno
Has de amarme, madre mía
Mucho más.

¡ Te amo tanto ! Con tus manos
Quiero á veces estas sienes
Apretar !

Ya no quiero sueños vanos:
Ven ¡ oh, madre! que si vienes
Vuelvo á amar!

Sólo, madre, tu cariño,
Nunca, nunca, se ha apagado
Para mí!
Yo te amaba desde niño;
Hoy...... la vida he conservado
Para ti!

Muchas veces, cuando alguna
Pena oculta me devora
Sin piedad,
Yo me acuerdo de la cuna
Que meciste en la aurora
De mi edad.

Cuando vuelvo silencioso
Inclinado bajo el peso
De mi cruz,
Tú me ves, me das un beso
Y en mi pecho tenebroso
Brota luz!

Ya no quiero los honores;
Quiero sólo estar en calma
Donde estás;
Sólo busco tus amores;
Quiero darte toda mi alma...
Mucho más!

Todo, todo, me ha dejado;
En mi pecho la amargura
Descansó;
Mis ensueños me han burlado,
Tu amor sólo, por ventura
Nunca huyó!

Tal vez, madre, delirante,
Sin saber ni lo que hacía
Te ofendí.
¿ Por qué, madre, en ese instante,
¿ Por qué entonces, vida mía,
No morí?

Muchas penas te he causado
Madre santa, con mi loca
Juventud:
De rodillas á tu lado
Hoy mi labio sólo invoca
La virtud.

Yo he de ser el que sostenga
Cariñoso tu cansada
Ancianidad;
Yo he de ser quien siempre venga
Á beber en tu mirada
Claridad.

Si me muero — ya presiento
Que este mundo no muy tarde
Dejaré, —

En la lucha dame aliento,
Y á mi espíritu cobarde
Dale fe.

Nada tengo yo que darte;
Hasta el pecho se me salta
De pasión:
Sólo, madre, para amarte
Ya me falta, ya me falta
Corazón!

Abril de 1878.

EN SU HUERTO

Pasé ayer junto á tu puerta,
Ví la ventana desierta,
Tu blanca alcoba sin luz;
Volví á pasar, y llorando,
Ví dos flámulas temblando
Y en medio de ellas la cruz.

Antes sombras; luces luego;
Blancos cirios cuyo fuego
Alumbraba... no sé qué;
Algo triste, tan sombrío,
Que de mudo pavor, frío,
Por la reja me asomé.

¡ Ahí estabas; adormida
Como estatua desprendida
De algún nicho sepulcral!
Tus pupilas apagadas
Y tus manos encruzadas
Sobre el pecho virginal.

¡ Ahí estabas! Parecía
Que tu boca sonreía

Murmurando una oración.
Tus mejillas, ya marchitas,
Y tus blancas manecitas
Oprimiendo el corazón...

Una anciana de rodillas
Y las luces amarillas
Rodeando el ataúd;
La esquila estaba volteando
Y la tórtola llorando
De tu huerto en la quietud.

¡ Podre niña, me querías
Y en tus lentas agonías
Me llamaste acaso á ti !
Hoy tus ojos apagados
Y tus labios entornados
No se vuelven hacia mí.

Yo te amaba; tú me amaste;
Te olvidé, me perdonaste
Y por mí pediste á Dios.
Hoy, mi alondra, fuiste al cielo;
Yo padezco sin consuelo;
¿ Quién ha muerto de los dos ?

1878.

———

EN EL HOGAR

Hay bajo el techo de mi hogar tranquilo,
Donde nunca penetra la triteza,
Un ángel de virtud cuya cabeza
La nieve de los años coronó:
Él es el astro que mi vida alumbra,
Él es el tronco que me presta arrimo,
Él es el árbol cuyo fruto opimo
Mi inteligencia en la niñez nutrió.

Son blancos sus cabellos y parecen
Espejo de su límpida conciencia,
Su mirada revela la clemencia
Y sus labios se entreabren para orar.
Si él está allí, serénanse las penas
Y vuelve al pecho la amorosa calma;
Si él está allí, no hay dicha para el alma
Como la dicha santa del hogar.

Hay tanta mansedumbre en su semblante
Y es tan santa y tan pura su enseñanza
Que renace en el pecho la esperanza
Sus frases apacibles al oir.
Nunca el enojo con severo ceño
Turba su frente de quietud tranquila,
Y parece que guarda su pupila
El lontananza azul del porvenir.

Son sus consejos el timón seguro
Que dirige la nave de mi vida;
Entre sus labios la verdad anida
Y en sus palabras se refleja el bien.
Nunca en la lucha mundanal se abate
Ni arroja su bordón de peregrino,
Y cruza siempre el celestial camino
Que conduce á las puertas del Edén.

Alma del alma que á tu amparo vive,
Faro que alumbra el horizonte obscuro,
Hábil piloto que el bajel seguro
Conduces en las ondas de la mar.
Tú, en el desierto misterioso oasis,
Tú, en mi derrota la polar estrella,
Astro luciente que su luz destella
En el cielo bendito de mi hogar.

Nunca tu luz de mi camino apartes,
Nunca permitas que en la sombra luche;
Siempre tu acento cariñoso escuche,
Y beba en tus palabras la virtud.
Yo soy torrente que rugiendo salta
Y el valle todo con su voz atruena;
Tú con tu ejemplo poderoso enfrena
Mi indómita y ardiente juventud.

Yo quiero ser el báculo que apoye
De tu cansada ancianidad el peso;
Yo quiero darte el amoroso beso
Que calma la borrasca del dolor;

Quiero vivir para prestarte abrigo
Para adorarte como tú me adoras,
Para llorar si por acaso lloras
Y para amarte con sublime amor.

Bien sé que no merezco de tus huellas
Pisar el polvo que levanta el viento,
Bien sé que mi mezquino pensamiento
Jamás se puede remontar á ti.
Yo soy el cardo que en la arena brota,
Tú la adorada y la fecunda espiga,
Yo la punzante y venenosa ortiga,
Que todo es negro y miserable en mí.

Pero tú, santo amparo de mi vida,
Tú, la existencia para el bien me diste;
Tú mis primeros pasos dirigiste,
Y me enseñaste en la niñez á orar.
Tú encaminabas mi insegura planta
Á los altares del sagrado templo,
Y con tu santo y poderoso ejemplo
Enseñaste mi espíritu á esperar.

¿Cómo callar entonces, padre mío?
¿Cómo ahogar esa voz que se levanta
Y que en mis labios y mi lira canta
Con la estrofa sublime del amor?
¿Cómo poner sacrílega la mano
Y comprimir del pecho los latidos?
¿Cómo ahogar de mi alma los gemidos
Si estalla en un momento de dolor?

Si alguna vez con torpe desvarío
Aumenté de tu pecho la amargura,
Si alguna vez en criminal locura
Con mis ciegos desmanes te ofendí;
Perdona, padre, al que llorando viene
Para implorarte su perdón de hinojos,
Al que besando tus serenos ojos
Quiere pedirte su perdón así.

Enero de 1878.

LA FE DE MI INFANCIA

A mi amigo el Sr. Don J. J. Terrazas.

¡Santa, tres veces santa la bendita
Sencilla religión: puro arroyuelo
Que su mansa corriente precipita
Á través del mundano desconsuelo:
Nuncio feliz de paz, voz infinita
Que resuena en los ámbitos del cielo,
Y escucha el hombre en su penar profundo
Mientras va caminando por el mundo!

Niño, muy niño, en mi inocencia pía
La simiente de Dios brotó en mi pecho,
Y á Dios casi llorando le pedía
Paz en mi sueño sobre el blando lecho.
Ella, mi único amor, la madre mía,
Cuando bramaba el temporal deshecho,
También oraba con afán prolijo
Á Dios pidiendo por su débil hijo.

Creció el niño después; con pie ligero
La senda del pesar fué caminando:

Con aliento y valor seguí primero,
Después con tardo paso suspirando;
La gloria, ese magnífico venero
Que el corazón anhela palpitando,
Con sarcasmo miré descolorida
Tras el cansancio de la estéril vida.

¡Oh! que es triste, muy triste, en la mañana
De nuestras encantadas ilusiones
Palpar la realidad, miseria humana
Amasada de impúdicas pasiones;
Sentir cómo se apaga soberana,
En medio de las danzas y canciones,
Esa llama inmortal de la existencia:
La castidad del alma, la inocencia!

¡Prueba terrible para el frágil hombre!
¡Supremo instante que somete á duda,
Sin que blasfemo el corazón se asombre,
Su fe que entonces se mantiene muda!
¡Hora menguada en que de Dios el nombre,
Postrero paladión con que se escuda,
Pronuncia nuestro labio indiferente,
Olvidando que es Dios Omnipotente!

Así la vida nuestra se asemeja
Al velero y fortísimo navío,
Que la onda pura, ribereña, deja,
Bajo del recio temporal sombrío;
Larga sus banderolas y se aleja
Adentro, en el fragor del mar bravío,
Y á poco sin timón perdido vaga
Y rebramando el mar le impele y traga.

Si entonces el mortal en su amargura
El crimen cree valor, lo cree arrogancia,
Si en medio á la corriente no procura
Por el Dios sacrosanto de su infancia,
Si no quiere tenaz volver la impura
Mirada al cielo, en criminal constancia,
Si el llanto no humedece su mejilla,
Ofrenda grata á Dios, pura y sencilla;

¡ Ay del hombre infeliz ! ¡ Ay del que fuerte
Se juzga en su soberbia ó su cinismo !
Nave altanera, correrá la suerte
De ser tragada por el hondo abismo.
¡ Ay del hombre infeliz ! podrá su muerte
Con las palmas cubrir del heroísmo;
Pero serán, en su terrible duelo,
El signo de la cólera del cielo.

Yo fuí, Señor, en medio á mi camino
Semejante a la nave, débil pluma
Arrastrada del recio torbellino,
Rota y sin rumbo entre la hirviente espuma
Pobre mortal, cuitado peregrino,
Volví la vista á tu grandeza suma,
Mi voz á ti elevé por vez postrera,
Y hallé mi fe de niño toda entera.

Próximo á perecer, la viva lumbre
Me hirió de tu grandeza y de tu gloria;
Y se tornó mi orgullo en mansedumbre
Al suave soplo de infantil memoria:

Me alcé, Señor, del cieno y podredumbre
De la mundana vida, que ilusoria
Por la fe que de niño me quedaba,
Mis instintos sublimes sofocaba.

¡ Obra fué tuya ¡ oh, Dios! Padre Supremo
Esa que yo sentí dulce esperanza;
¡Ay! desde entonce el corazón blasfemo
Quedó purificado en tu balanza;
Hoy te admiro, Señor, te adoro y temo,
Cuando entono postrado en tu alabanza
El himno de mi amor, que el alma ansiosa
Encomienda á la brisa rumorosa.

Por eso á solas con mi fe camino
Y al ver del hombre la fortuna varia,
Empuño mi bordón de peregrino
Y elevo á Dios mi férvida plegaria:
Voy entre sombras, sí; mas el destino
Hará brillar mi estrella solitaria;
Y en Dios confiando, con amor profundo,
Mi primera palabra daré al mundo.

¡ Feliz aquel que sus creencias funda
En esta inmaculada fe cristiana,
En virtudes y bienes tan fecunda
Como el supremo Ser de quien emana!
Que cuando el universo se confunda
En la nada otra vez, la soberana
Luz, á aquel mundo servirá de guía
Do el amor es eterno y la alegría!

1878.

DESPUÉS DEL WALS

Cuando tu rostro comienza
Á teñir rojo color,
Dudo si es el del pudor
Ó si es el de la vergüenza.

Ya no me tienes que dar
Ni yo te puedo pedir;
Tú me enseñaste á mentir,
Yo te enseñaré á olvidar.

Después de lo que pasó
Y después de lo que ví,
Inútil tu amor quedó
Para el otro y para mí.

Ya pasó tu Abril y Mayo
Y miras á todos mal...
No haces bien; mas... cada cual
Hace de su capa un sayo.

Rezas por mi alma en la misa
Al decir el ofertorio,
Cuando rezas por las almas
Que están en el purgatorio.

El camino de tu casa
Tengo tan bien aprendido,
Que todas las noches corro
Hasta tu puerta dormido.

No me quieras cautivar
Ni me quieras sorprender
Que, si te vuelvo á querer
Te he de volver á olvidar.

¿Que soy joven? En efecto;
Pero es tu reparo loco;
La juventud es defecto
Que se quita poco á poco

Es cosa que da tristeza
Pensar en mi condición :
Tengo vieja la cabeza
Y joven el corazón.

No esperes con tu boato
Pescar al fin un marido,

Que, si tu amor es barato,
Es muy caro tu vestido.

¿Crees que me gustan á mí
Las morenas? Puede ser!...
Me gusta toda mujer
Que no se parezca á ti!...

1879.

PECAR EN SUENOS

POEMA EN UN CANTO

I

Por más que tercamente te resistas
Á creer lo que digo, sin remedio
Tu espíritu ha ser mientras existas,
Un bostezo larguísimo de tedio!
Eres de esas castas soñadoras
Á quienes nunca sacia lo visible,
Raza de visionarias encantadas
Que vienen y se van enamoradas,
Del amor ;... qué sé yo... ¡ de lo imposible!
Yo sé de buena fuente
Que al cerrar por las noches tus balcones
Sueles dejar abiertos los postigos,
Por donde entran todas la visiones.
Sé que de noche buscas temerosa
Si alguien se ocultó tras las cortinas,
Y que vas con tu lámpara medrosa,
Alumbrando del cuarto las esquinas,
Con miedo de encontrar tras el piano
Y hasta debajo de tu tibio lecho,
El hosco ceño de ladrón villano,

De honra ó de riquezas en acecho.
¡Inútil precaución! que cuando apagas,
Para dormir en calma, la bujía,
Miras en torno tuyo sombras vagas
Que salen de tu propia fantasía.
Huéspedes son de tu caliente alcoba,
Pueblan el aire mismo que respiras,
Retozan juguetonas en tu lecho,
Si duermes, se recogen en tu pecho,
Y vagan en la atmósfera si miras.
Vosotras, las mujeres,
Tenéis ya tristes, graves ó risueños,
Una turba fantástica de seres
Que se nutren de ansias y de sueños.
¿Quiénes son? Dios lo sabe. Las pasiones
Acaso que despiertan y palpitan,
Andan, bullen, se agitan,
Su vaga muchedumbre te rodea,
Sientes al verlos bienestar extraño,
La misteriosa pubertad los crea
Y llegan á morir cuando clarea
En el alma la luz del desengaño.
No sueñes : ten, por Dios, el pensamiento
En la quietud y el corazón en calma :
El sueño es un vampiro para el alma.
Más tarde lo verás. Escucha un cuento.

II

Unieron á Beatriz, con mal consejo,
Llevados por el ansia de riqueza,

Á un hombre bonachón y casi viejo
Capaz de entristecer á la tristeza.
De añejos gustos y de alma fría,
De condición raquítica y liviana,
Por olvido del tiempo no tenía
Aquel marido la cabeza cana.
Hay hombres como éstos que lo hacen
Todo tan impasibles y serenos,
Que se presume, á mi entender, que nacen
Con cincuenta Diciembres por lo menos.
Ella, era otra cosa;
Hermosa, sí por cierto, muy hermosa,
Con el candor de quince primaveras,
Y con gustos de niña consentida,
Entraba por las puertas de la vida
Con un gan equipaje de quimeras.
Tan niña era, y el adusto arreo
De la mujer tan mal se le ajustaba,
Que al andar, cuando iba de paseo,
Más que andar, parecía que saltaba,
Del buen marido con las manos secas,
Las manos de Beatriz contraste hacían:
Como que aún las de la niña olían
Al barniz con que pintan las muñecas.
Era Beatriz tan niña, que al casarse,
Obedeciendo al padre que mandaba,
No pensó ni siquiera en preguntarse
Si iba al matrimonio porque amaba;
Y en la víspera misma todavía,
Poco antes de ir á los altares,
Sólo pensó lo bella que estaría
Con su bella corona de azahares!

¡Oh, pueril inquietud de los placeres!
¡Oh, dichas juveniles y secretas!
Antes de ser mujeres las mujeres
Ya tienen algo, mucho, de coquetas.

III

Después de algunos meses,
En el hogar y la quietud pasados
Aquellos dos esposos que vivían
De alma y caracteres divorciados,
Comenzaron á ver cuán loco era
Su consorcio formado sin acierto,
Y que, más que consorcio, parecía
Soldadura de un vivo con un muerto.
Las niñas se transforman de repente:
Beatriz fué despertando como todas,
Y discurriendo ya más cuerdamente,
Vió que los azahares de las bodas
Punzaban como espinas en su frente.
Casarse sin amor es horroroso;
Con la dicha del alma no se juega:
El amor es un huésped perezoso;
Suele tardar á veces, pero llega!
¿Ama Beatriz? Seguro.
¿Y á quién? ¡Dios sabe! Para ser tan puro,
No ha menester Amor de los sentidos,
Sale del alma misma como salen
Las aves, gorjeando, de sus nidos.
Se ama sin saber á quién ni cómo,
Á algo que nosotros componemos

Y que vive, nos mira,
Y en nuestra misma atmósfera respira :
Es el íntimo amor, es el deseo
En múltiples ficciones transmigrando,
De algo misterioso la venida,
Una sed insaciable de terneza,
La pregunta que hace á la pureza,
El monólogo eterno de la vida!
Ello es que la calma
Perdió Beatriz; mas fiel á sus deberes,
Vivió como muchísimas mujeres
Sin pecar, pero adúltera del alma.
Comenzó la heroína
Por hacer un examen del marido,
Y amor que se detiene y examina
— Ténlo por gran verdad — está perdido!
Vió que sus rancios gustos
Eran harto distintos de los suyos,
Que cuando él dormía
Los dientes como viejo se quitaba,
Que sus canas teñía
Y que después de la oración tosía
Y con agua y aceites se curaba.
Y vió su hogar, tan solo, tan helado,
Como la torva celda del presidio,
Y oyó, como incitándole al pecado
La sarcástica risa del fastidio.
Cumpliendo su deber como cristiana,
Su cuerpo no manchó culpa ninguna,
Pero entraba su amor por la ventana
Traído por un rayo de la luna.
¡Inútil resistir! En vano quiso

Luchar con la corriente que nos lleva,
Y lloró, lloró tanto como Eva
Al caer con Adán del paraíso!

IV

Así Beatriz al confesor decía:
« Padre, padre, me muero de congoja,
« En mi pecho fermentan las pasiones
« Y salen de mi ser las ilusiones
« Como los muertos que la mar arroja.
« Decidme si mi empeño
« De querer lo ideal es criminoso.
« ¿Por qué no tengo amor para mi esposo
« ¿Será pecado, padre, lo que sueño?
« Quiero ser buena, sí, quiero ser buena;
« Este aire me asfixia, padre mío,
« Y necesito amor cual la azucena,
« Necesito los besos del rocío.
« Á ratos me parece
« Que una voz resuena en mis oídos
« Y que todo mi espíritu se mece
« En atmósferas tibias, impregnadas
« Del aroma que sale de los nidos.
« Ayer, hora tras hora,
« Poco después de clarear la aurora,
« Y cuando aun brillaban los luceros
« Estuve casi triste, contemplando
« Cuán alegres se estaban picoteando,
« Ocultos en su jaula, los jilgueros.
« Y sin saber la causa pensé luego

« En yo no sé qué goces ignorados,
« En el amor..... en todo,
« En mis sueños de joven sonrosados,
« En yo no sé qué más, pero de modo
« Tan terco, tan extraño, tan demente,
« Que ya los pensamientos me aturdían,
« Y sin poder quitarlos proseguían
« Pegados como sombras á mi frente

. . . .

. . . .

« Luego, mirando con delicia rara,
« Cómo jugaban juntos dos pequeños,
« En uno parecióme ver la cara
« Del fantástico novio de mis sueños.
« Es mi amante soñado :
« Es joven, es apuesto : me provoca
« Con la mirada dulce y adormida,
« Y al contemplarle muévese mi boca
« Con una convulsión nunca sentida.
« Ser, que por la existencia me acompaña,
« Le miro siempre con cariño santo,
« Á través de las gotas de mi llanto,
« Que tiemblan, al caer, en la pestaña.
« Yo quisiera de mí desvanecerle :
« Cierro los ojos si mi fe vacila.....
« ¿ Qué haré, padre, qué haré para no verle,
« Si está en el interior de mi pupila ? »

V

Al hablar la inocente pecadora
Era su angustia tanta

Que hinchábase, por grados, incolora,
Cargada de sollozos su garganta.
Sus ojos de las órbitas saliendo
De mirar tanto, tanto, no veían,
Y las calientes lágrimas corriendo
De un color rojizo los teñían;
Sus dedos enredándose de angustia,
Del rosario las cuentas apretaban,
Mientras, á fuerza de llorar, quedaban
Secos sus ojos y su cara mustia!

VI

Tormentos tan crueles padeciendo,
Amando sin amar á hombre ninguno;
La Beatriz de que te hablo... fué viviendo
Un año, dos, y tres... ¡hasta veintiuno!
Su cuerpo enflaquecido
Era como de blanca porcelana,
Y su dulce mirar entristecido
El de una mártir de la fe cristiana;
En sus sienes que ansias juveniles
Golpeaban, á impulso de las penas,
Dibujábanse tristes los perfiles
De la red azulosa de las venas.

VII

En el cuerpo enfermizo,
Que la hermosura y el pudor aduna,
La forma terrenal se desvanece,
Y tanto, de tal suerte, que parece
Tejido con los rayos de la luna.

VIII

De tal modo Beatriz se fué extenuando;
Y, sin ser sombra ya de lo que era,
Fué tomando, tomando
El color amarillo de la cera.
En vano su marido, cien doctores
Llamó para curar daño tan fuerte;
Que hay en la vida males y dolores
Cuyo médico único es la muerte.
¿Y qué tenía? Nada,
Era una consunción inexplicable,
Era una enfermedad desconocida,
Lo cual quiere decir... lo irremediable:
El divorcio del alma con la vida.
Esos ojos que tanto conversaron
En lenguaje ideal con las estrellas,
Á fuerza de mirarlas, se quedaron
Inmóviles y tristes como ellas.
Para morir en su caliente nido
Vistió la esposa sus mejores galás,
Cerró los ojos, y se oyó un ruido,
Como ligero movimiento de alas!

IX

No sueñes; ya lo ves, las que se entregan
Á soñar, á soñar tan sin medida,
Atraviesan dolientes por la vida,
Esperando las cosas que no llegan.

No llegues á creer, como yo creo,
En el amor que de los cielos baja,
Ni mires en los aires cómo cuaja
El vapor impalpable del deseo.
Si quieres ser feliz en esta tierra,
Sin soñar en la dicha que no viene,
Has de ser como el agua que se aviene
Al molde de la taza que la encierra!

1879.

LA NOCHE DE SAN SILVESTRE

El libro abierto en la indolente mano,
Entre azuladas espirales de humo
El néctar apurando de un habano,
Mientras las doce dan, espero y fumo.

He cerrado las puertas y balcones,
Y arrojando mi cuerpo entumecido
En medio de dos blancos almohadones,
Los perezosos miembros he extendido.

Alegre el grillo en su agujero brinca,
Helado cierzo sopla por afuera,
Y hasta parece á ratos que alguien hinca
Su rodilla de hierro en la vidriera.

Dejo que el viento por entrar se esfuerce,
Escucho cómo crujen los cristales,
Y á veces una ráfaga retuerce
Del humo las azules espirales.

Lámpara tenue débilmente alumbra
Las páginas del libro que no leo,
Recortando medrosa en la penumbra
Las figuras exóticas que veo.

Esta es la hora, Sueño, en que desciendes
Mientras los astros pálidos se cuelgan;
Mientras las wilis danzan y los duendes
De la atmósfera negra se descuelgan.

¡Vete! yo no te llamo. Gozo en verme
Cubierto, Noche, por tu manto inmenso,
Y mientras todo en la quietud se duerme
Abro la urna de mi alma y pienso.

Surgen entonces de la oscura niebla
Seres extraños que contemplo y toco,
Y de mi alcoba el ámbito se puebla
Con los espectros pálidos que evoco.

Hago luego que tristes ó risueños
Mis pensamientos ateridos salgan;
Y llegan á mi espíritu los sueños
Que en el corcel de la ilusión cabalgan.

Vienen á acompañarme; su cortejo
En medio de las sombras aletea,
Y es entonces la atmósfera el espejo
Que retrata las formas de mi idea.

Furtivo, vergonzante, mi pasado
Se arropa en un rincón, entumecido,
Y de lejos, el rostro enmascarado,
Acecha el porvenir, como bandido.

Todos vienen á mí: ceñuda y negra
La fantasma del mal que no concluye;
Desde el recuerdo que la mente alegra
Hasta el amor que viene, pasa y huye.

Todos, uno por uno, se levantan;
La misteriosa procesión desfila,
Y á esos espectros que la mente espantan
Se afianza como inmóvil mi pupila.

Venid á mí; propicia os es la noche,
Las doce dan, un año nuevo empieza,
Abre la flor al céfiro su broche,
Como abro yo mi alma á la tristeza.

La última brasa en el hogar se apaga,
La temblorosa lámpara agoniza!...
Hora es ya de que agites, sombra vaga,
Tus brazos de esqueleto en la ceniza.

Sacude tu sopor... á mi conjuro
Crujen los goznes de la herrada puerta
Tibio fulgor proyéctase en lo obscuro,
¡Hola, turba fantástica, despierta!

*
* *

Era rubia: su cuello transparente
Ya sombreaba delicado vello;
Un pétalo de lirio era su frente
Y del color del ópalo su cuello.

Yo he visto en el rincón de una capilla
Un cuadro más que místico, profano,
En cuyas líneas delicadas brilla
El colorido fresco del Ticiano

Es una Magdalena: ya no sigue
Mostrando los impúdicos arreos,
Pero aún implacable la persigue
El liviano tropel de los deseos.

Tremenda debió ser aquella lucha,
Lo revelan sus ojos y su porte
Y con la oreja en tierra, triste escucha
El estruendo lejano de la corte.

Los luengos pliegues de su ropa flotan
Al soplo de la brisa pasajera,
Y en las arenas áridas se azotan
Los bucles de su rubia cabellera.

El sordo estruendo mundanal percibe,
El duro cardo sus rodillas hiere,
Y mientras aquel ruido dice: ¡vive!
Aquella soledad le dice: ¡muere!

Dios sabe por qué unión maravillosa
En mis sueños poéticos descuella,
Al lado de esa imagen, ruborosa,
Esa otra imagen de mis sueños: ¡ella!

Era alta también, y rubia y blanca,
Algo de reina en el mirar tenía;
Nunca su imagen de mi ser se arranca,
Que aquel era un amor que se imponía!

Más de una vez al contemplarla leve,
No lejos de la gótica vidriera,
Temí que como á virgen de alba nieve,
Un rayo de la luz la deshiciera.

Cuando el regio salón atravesaba
Con su porte gentil de gran señora,
Alzando la cabeza, semejaba
La estatua de la Diana cazadora.

Enamorado el sol de sus hechizos
Quiso besar su inmaculada frente,
Tiñó de rosa el cutis transparente
Y en las redes quedóse de sus rizos.

Allí está: su hermosura soberana
Ilumina la luz del santuario,
Mientras piadosa y sin mirar desgrana
Las cuentas de su místico rosario.

Allí: su talle como acanto ondula,
Sus cabellos encréspanse soberbios,
Y un fluido magnético circula
Por la red misteriosa de sus nervios.

Soy joven; he obtenido sus amores,
Con la mirada trémula me llama:
¿Por qué se mueren las tempranas flores?
¿Por qué mi pobre espíritu no ama?

¡Oh, ven! es tiempo aún: yo haré que guarde
Mi corazón tu amor y lo sujete...
Yo quiero amar, vivir... es tarde, es tarde,
¡Vete, — yo no te quiero — vete, vete!

¡Ya estás aquí! Tú vienes, si conturba
Ese tropel fantástico mi calma;

No surges como aquella de la turba,
Brotas, como perfume, de mi alma.

Cuando te alzastes en la sombra fría,
Como á todas las otras avergüenzas,
Yo miré cómo aquella se escondía,
Ocultándose el rosrro con las trenzas.

Yo no sé si eres bella: yo te amo
Y la conciencia de este amor me basta,
Y en mis sueños poéticos te llamo
Con este nombre solamente: casta.

Aquí desde mi pecho me respondes,
Eres como una lámpara secreta,
Y cuando verte quiero te me escondes,
Como en sus anchas hojas la violeta.

Sé que brota en los cielos un lucero
Cada vez que los miras, vida mía,
Pero tal es mi amor, tanto te quiero,
Que sin esa belleza te amaría.

Cuando en la urna de mi amor te escondo
Allí dejo mi espíritu dormido,
Porque es tu corazón hondo, tan hondo,
Que en él mi pobre alma se ha perdido.

¡Oh! ven á coronar mis ilusiones,
Tú que á la diosa del pudor igualas;
Necesita el amor dos corazones
Como el ligero pájaro dos alas.

*
* *

Huyen medrosas las fantasmas todas,
Sus lentos pasos en la sombra sigo,
La luna alumbra nuestras castas bodas...
Ya estoy solo por fin... ¡solo contigo!

1879.

DESEO

¿No ves cuál prende la flexible yedra
Entre las grietas del altar sombrío?
Pues como enlaza la marmórea piedra
Quiero enlazar tu corazón, bien mío.

¿Ves cuál penetra el rayo de la luna
Las quietas ondas sin turbar su calma?
Pues tal como se interna en la laguna,
Quiero bajar al fondo de tu alma.

Quiero en tu corazón, sencillo y tierno,
Acurrucar mis sueños entumidos,
Como al llegar las noches del invierno
Se acurrucan las aves en sus nidos.

1879.

IN MEMORIAM

Bien nos está recordar
Aquella ruda porfía,
Aquella larga agonía,
Aquel noble batallar;
Bien nos está levantar
Templos de fábrica fiera,
Á la memoria severa
De los que patria nos dieron
Y con su sangre tiñeron
Nuestra soberbia bandera.

Vencedores de la muerte,
Vencedores del destino,
Siempre siguió su camino,
Como una esclava, la suerte;
Y era su espíritu fuerte
De tal manera brioso,
Que su esfuerzo vigoroso,
Destinado á libertarnos,
Pudo por fin arrarcarnos
Á los brazos del coloso.

Y comenzó el batallar
Y la lucha comenzó

Y por doquier se escuchó
Del cañón el resonar;
Sus olas detuvo el mar,
Callaron los huracanes,
Y se alzaron los titanes,
Y por ver lucha tan brava
Salió la candente lava
Al cráter de los volcanes.

El horizonte inundaba
Siniestra y rojiza lumbre,
De las montañas la cumbre
Blanco sudario velaba;
Sangre doquier goteaba,
Y al chocar de los aceros,
Á los gritos lastimeros
Del soldado que moría,
Cada tumba que se abría
Arrojaba cien guerreros!

León que en el campo dormido
Indefenso pareciera;
Si urgan á su madriguera
Exhala ronco bramido;
En el follaje escondido
Ruge cual ruge la hiena,
Y agitando la melena
Hinca su afilada garra
Y las entrañas desgarra
Del cazador en la arena.

Tu afrenta, patria, vengaron
Los que por ti combatieron,

Y los laureles que hubieron
Á tus altares llevaron:
Ante ti se doblegaron
Los extranjeros pendones,
Que no rasgan los arpones
El pecho de los atletas,
Ni rompen las bayonetas
Murallas de corazones.

Mueran los viejos rencores,
Cesen tenaces empeños,
Los pequeños, por pequeños,
Los mejores, por mejores;
Hoy los únicos traidores
Son los que en lucha homicida
Afrentan la patria herida
Buscando torpe victoria,
Los que ponen á la gloria
Careta de fratricida.

No acecha nuestras fronteras
La codicia no saciada,
Ni viene pujante armada
Á ultrajar nuestras banderas;
Ya no hay huestes extranjeras
Que sedientas de botín,
Profanen nuestro confín;
Sólo hay un gran bandolero,
Sólo un eterno extranjero,
Y ese extranjero es Caín.

Estéril memoria hacer,
No es propio de heroicos pechos;

Nadie tiene más derechos
Que cumplir con su deber;
Es hora ya de romper
Con las tradiciones viles
De nuestras guerras civiles,
La paz á reinar empieza,
Aplastemos con fiereza
La frente de los reptiles.

No terminó la tarea,
La labor está empezada,
Donde termina la espada,
Surge á combatir la idea;
Fuerza es seguir la pelea
Contra las torpes legiones
De bastardas ambiciones
Y banderas diferentes,
Hacernos independientes
De todas las rebeliones.

No dejemos en quietud
Nuestra viril voluntad,
Si nos dieron libertad,
Conquistemos la virtud;
Otra nueva esclavitud
Vamos á romper al fin;
Agudo llame el clarín
Á la lid del patriotismo,
Rompamos el despotismo
De la ambición y el motín.

No haya revuelta ninguna.
Enmudezca la metralla,

Que los campos de batalla
Sean la prensa y la tribuna.
¿ Queréis vencer la fortuna ?
Pues haced con noble aliento
De la paz el juramento;
Abrid, tranquilos y honrados,
Al comercio los mercados,
Y el cerebro al pensamiento.

Patria, la gran vencedora,
Alza tu frente serena,
La voz que lejos resuena
Es la canción de la aurora ;
Alza su queja sonora
La alondra en la soledad,
Blanca y tenue claridad
Rasga la niebla sombría :
Para la tierra es el día;
Para ti la libertad!

1879.

FRENTE Á FRENTE

Oigo el crujir de tu traje,
Turba tu paso el silencio
Pasas mis hombros rozando
Y yo á tu lado me siento.
Eres la misma : tu talle,
Como las palmas esbelto,
Negros y ardientes los ojos,
Blondo y rizado el cabello;
Blando acaricia mi rostro
Como un suspiro tu aliento;
Me hablas como antes me hablabas,
Yo te respondo muy quedo,
Y algunas veces tus manos
Entre mis manos estrecho.
¡ Nada ha cambiado : tus ojos
Siempre me miran serenos,
Como á un hermano me buscas,
Como una hermana te encuentro.
¡ Nada ha cambiado : la luna
Deslizando su reflejo
Á través de las cortinas
De los balcones abiertos;
Allí el piano en que tocas,
Allí el velador chinesco,

Y allí tu sombra, mi vida,
En el cristal del espejo.
Todo lo mismo : te miro ;
Pero al mirarte no tiemblo,
Cuando me hablas te escucho,
Cuando me miras no sueño.
Todo lo mismo : pero algo
Dentro de mi alma se ha muerto.
¿ Por qué no sufro como antes ?
¿ Por qué, mi bien, no te quiero ?

*
* *

Estoy muy triste : si vieras,
Desde que ya no te quiero
Siempre que escucho campanas,
Digo que tocan á muerto.
Tú no me amabas, pero algo
Daba esperanza á mi pecho,
Y cuando yo me dormía
Tú me besabas durmiendo.
Ya no te miro como antes,
Ya por las noches no sueño,
Ni te esconden vaporosas
Las cortinas de mi lecho.
Antes de noche venías
Destrenzado tu cabello,
Blanca tu bata flotante,
Tiernos tus ojos de cielo ;
Lámpara opaca en la mano,
Negro collar en el cuello,

Dulce sonrisa en los labios
Y un azahar en el pecho.
Hoy, no me agito si te hablo
Ni te contemplo si duermo,
Ya no se esconde tu imagen
En las cortinas del lecho.

***

Ayer, ví á un niño en la cuna;
Estaba el niño durmiendo,
Sus manecitas muy blancas,
Muy rizado su cabello.
No sé por qué, pero al verle
Vino otra vez tu recuerdo,
Y al pensar que no me amaste,
Sollozando le dí un beso.
Luego, por no despertarle
Me alejé quedo, muy quedo;
¡ Qué triste que estaba el alma!
¡ Qué triste que estaba el cielo!
Volví á mi casa llorando,
Me arrojé luego en el lecho;
Todo estaba solitario,
Todo muy negro, muy negro!
Como una tumba mi alcoba,
La tarde tenue muriendo,
Mi corazón con el frío
De los hogares desiertos!
Busqué la flor que me diste
Una mañana en tu huerto
Y con mis manos convulsas

La apreté contra mi pecho;
Miré luego en torno mío
Y la sombra me dió medio...
Perdóname, sí, perdóname,
No te quiero, no te quiero!

1879.

VALLETO Y Cª

A. AGUSTÍN F. CUENCA.

Hundida la cabeza en la almohada
Y en silencio soñando largo rato,
Con el alma y la vida en la mirada
Amoroso contemplo tu retrato.

Eres tú: bien conozco esos hechizos
Y ese altivo mirar que me encadena,
La cascada opulenta de tus rizos,
Y tus hombros ebúrneos de Sirena.

Eres tú: mal cubierta por las blondas,
Artística y hermosa como Julia,
Te miro aparecer entre las ondas
De tu lujoso traje de tertulia.

Las gasas transparentes y los lazos
Tu seno de ángel con su velo encubren,
Pero besando tus torneados brazos
Tus hombros escultóricos descubren.

¡ Qué bella estás ! De tu belleza griega
Se adivinan los mágicos contornos,

Y hasta parece que la brisa juega
De tu traje gentil con los adornos.

Más te contemplo, y mientras más apuro
La copa del amor que tú me tiendes,
Más del retrato en el contorno obscuro
Como Venus hermosa te desprendes.

Alzas gallarda la serena frente,
En que tu casto espíritu reflejas,
Y enarcas, sonriendo dulcemente,
Las artísticas curvas de tus cejas.

Tus ojos de paloma que humedece
Soplo de amor que su pupila empaña,
Que duermen melancólicos parece
Bajo el negro cendal de la pestaña.

La brisa que á besarte no se atreve
Tu rosada mejilla apenas toca,
Y arco de grana sobre blanca nieve
El capullo parece de tu boca.

Tu opulenta y sedosa cabellera
Desciende en bucles de oro por tu espalda,
Y ciñen tu cintura de palmera
Los lazos donairosos de tu falda.

Un diamante titila como un astro
De tu pecho de virgen en el cielo,
Y ciñe tu garganta de alabastro
Un angosto collar de terciopelo.

¡ Así te había soñado, entre el encaje
Que por alas ostentan los querubes,
Con ese blanco y vaporoso traje,
Como Ofelia perdida entre las nubes!

¡ Así te había soñado ! Tu pupila
Que el soplo del amor ha humedecido,
Buscando en los espacios intranquila
Del alma al amoroso prometido.

¡ Así te había soñado ! Como sombra,
En curvas voluptuosas ondulando,
Y del salón espléndido en la alfombra
Tus encajes y blondas arrastrando.

Tu rostro escultural, blanco capullo
En taza de alabastro perfumada :
Con majestad de reina en el orgullo,
Con algo de la corza en la mirada.

Entreabierta la boca; como ondina
Envuelta en las espumas de tu traje ;
Temblando de pudor si se adivina
De tu seno el suavísimo oleaje.

Gallarda tu cintura balanceando
Entre mis brazos con delirio ciego,
Y juntos nuestros pechos palpitando
Del vals entre la ráfaga de fuego !

¡ Así !... Tiembla y vacila la bujía ;
Cruje y se mueve la cerrada puerta :

¿ Por qué miro la noche tan sombría ?
¿ Por qué miro mi alcoba tan desierta ?

Vuelvo á la realidad... se desvanece
El sueño: aún mi corazón palpita;
El pensamiento torpe se adormece...
¡ Era Fausto soñando en Margarita !

Reclino mi cabeza en la almohada,
En silencio medito largo rato,
Asomo toda el alma en la mirada,
Y sigo contemplando tu retrato!

1877.

LA PRIMERA

DE COPPÉE

No era bella ; mas tenía
Veinte abriles, como yo;
Y, lo recuerdo, aquel día
En primavera cayó.

No era muy adusta; pero
Jamás fuí tan atrevido
Como al decirle rendido
Y en voz muy baja : te quiero!

No era amante; mas al verme
Con tanto cariño hablaba,
Que, sin poder contenerme,
Lloraba mucho, lloraba!...

Mi vida, entonces tan grata,
Para siempre entristeció:
¡No era ingrata, no era ingrata!
Sin embargo... me dejó!

1880.

LA CANCIÓN DE FORTUNIO

A. de Musset.

Si de la que amo con tal misterio
Pensáis que el nombre revelaré,
Sabedlo todos, por un imperio,
Por un imperio no lo diré.

Pero, si os place, cantad en coro
Que soy discreto, que soy leal ;
Que yo la quiero; que yo la adoro,
Y que es tan rubia como el trigal.

Cuanto proyecte, cuanto decida
Mi caprichosa, sumiso haré;
Si necesita toda mi vida,
Gustoso y pronto se la daré.

¿Quién ha mirado mi oculto llanto?
¿Quién mis amores pudo advertir ?
Padezco á solas y sufro tanto
Que, de callarlo, voy á morir!

Mas no por eso penséis que diga
Á quién consagro mi amante fe:
La vida y alma doy por mi amiga,
Mas nunca, nunca la nombraré!

1880.

JUSTICIA SECA

No pretendas que te diga
Cuál venganza, por terrible,
Sea mejor;
Sólo el tiempo bien castiga:
Ese es, Juan, el inflexible
Vengador!

En los conflictos de amores
Mal nos aconseja, herida,
La altivez;
De corazones traidores,
La vida y no más la vida
Es el juez.

Si te engaña la que quieres
Ó te abandona inconstante,
Ya verás
Cómo, sin que mucho esperes,
Se burla de ella otro amante
Mucho más.

Juzga el tiempo inexorable
Estos delitos de leso
Corazón,
Y aplica siempre al culpable

La dura ley sin proceso
    Del Talión.

Y si es tan fiel su balanza,
Si no perdona ni olvida
    Lo que fué,
¿Para qué tomar venganza
Ni esperarla en otra vida?
    ¿Para qué?

1880.

MIMI

Llenad la alcoba de flores
Y solo dejadme aquí;
Quiero llorar mis amores,
Que ya está muerta *Mimí:*

Sobre su lecho tendida,
Inmóvil y blanca está;
Parece como dormida;
Pero no despertará.

En balde mi mano toca
Sus rizos color de te,
Y en balde beso su boca;
Porque *Mimí* ya se fué!

Dejadme: tal vez despierta
Pronto la veré saltar,
Pero cerrad bien la puerta
Por si se quiere escapar.

Mimí, la verde pradera
Perfuma el blanco alelí,
Ya volvió la primavera,
Vamos al campo, *Mimí!*

¡Deja el lecho, perezosa!
Hoy es domingo, mi bien,
Está la mañana hermosa
Y cerrado tu almacén.

Ata las bridas flotantes
De tu capota gentil,
Mientras cubro con los guantes
Tus manitas de marfil.

Abre tus ojos, despierta!
¿No sabes que estoy aquí?
¿Verdad que tú no estás muerta?
Despierta, rubia *Mimí!*

Quiero en vano que responda;
Ya nunca más la veré!
La pobre niñita blonda,
Que me quiso, ya se fué!

En sus manos, hoy tan quietas,
Deja ya mi juventud,
Y con azules violetas
Cubro su blanco ataúd.

Si alegre, gallarda y bella
La veis pasar por allí,
No os imaginéis que es ella...
¡Ya está bien muerta Mimí!

1880.

LAPIDA

Mucho silencio bajo los pinos,
La luz apenas se atreve á entrar
En esa calle de verdes tuyas
Donde se enreda la obscuridad.

¡Cuántos amigos en los sepulcros
De blanco mármol ó piedra gris!
¡Cuántas alfombras de «no me olvides»
Miro olvidadas en el jardín!

Abajo, siembras, techos y torres;
El panorama de la ciudad,
El terso lago que duerme inmóvil,
La caravana que lenta va!

Y en este cerro desnudo y triste,
El alta reja, la férrea cruz,
Y un jardinero que indiferente
Mira el cortejo del ataúd.

Y hemos llegado: ya abren la fosa,
Suenan los golpes del azadón,
Y el sacerdote, breviario en mano,
Reza las preces á media voz.

Los circunstantes, formando grupos,
Muy pensativos la fosa ven,
Y cada uno se dice triste;
¿Cuándo en su seno reposaré?

Otros recorren las avenidas,
Los epitafios leyendo van;
Hablan de aquella que ya no existe,
De la que llevan á sepultar.

¡Cuántos semblantes que nada dicen!
¡Cuántos dolientes de mal humor
Porque se alargan las ceremonias,
Corren las horas y quema el sol!

Unos se burlan de los sepulcros;
Otro contempla con ansiedad,
La tierra obscura, la blanca tumba
Donde sus padres durmiendo están!

Sobre la arena recién regada
Descansa inmóvil el ataúd...
....
Y en esa caja negra y angosta,
Ya para siempre reposas tú!

1880.

MYRTOS

Yo soy el que esperabas; ¡ ven ! gallarda
Surge con blanca túnica cubierta:
Adormido tu espíritu me aguarda,
Y yo digo á tu espíritu, despierta!

Yo soy el amoroso prometido
Que viene á coronar tus ilusiones:
Las aves buscan el caliente nido
Y buscan el hogar los corazones.

Es la hora propicia: ¡ven! su velo
Tiende la noche con soberbia calma:
Dios puso las estrellas en el cielo
Y guardó los amores en el alma.

Ninguno nos verá : sólo suaves,
Escucharemos trémulos, bien mío,
El erótico canto de las aves
Y la voz de las ondas en el río !

No tardes ¡ven! Dios quiso que te quiera
Y te cercó de ángeles risueños:
Vengo á ocupar el trono que me espera
En el mágico alcázar de tus sueños.

Quiero que nuestras almas abrazadas
Dejen la triste tierra del proscrito,
Y crucen por un vértigo llevadas,
Cual Paolo y Francesca, lo infinito!

Yo también te soñé cual me soñaste
Con el buril sublime de la idea;
Tus formas delineaba, y tú brotaste
Como surge del mármol Galatea.

Así..... morena, así; negro el cabello
Descendiendo en undosas espirales,
Con ese casto y torneado cuello,
Y esos trémulos labios de corales.

Así te soñé yo: nerviosa y alta,
Diáfano el cutis, sonrosado apenas;
Con yo no sé qué luz que hierve y salta
En las azules curvas de tus venas.

Negros tus ojos que el amor agita
Con algo de Julieta enamorada,
Y más negros aun cuando palpita
Desdémona soberbia en tu mirada.

Así te vi; como la ninfa hermosa
Que del lago en el fondo se descubre,
Envuelta en tu pudor, como una diosa
Que con su augusta clámide se cubre.

∴

¡Yo te amo! ¡ven conmigo! para amarte
Toda mi alma de poeta guardo,

Porque siento en mi espíritu al mirarte
La frenética fiebre de Abelardo.

Si buscas el amor, en mi pupila
Encontrarás sus castos resplandores:
¡Ven! Tu serás en el hogar, tranquila,
El ánfora de todos mis amores.

Nadie podrá decirte lo que ahora,
Quedo, convulso de pasión te digo:
Tú naciste con alma soñadora
Y no puedes vivir sino conmigo.

Tu rostro hermoso como flor temprana,
De púpura y carmín se colorea,
Porque tienes el alma de Susana
En la plástica forma de Frinea.

Las sedosas pestañas entornando,
Arco de triunfo á tu mirada tienden
Y luego, las pupilas ocultando,
Tus satinados párpados descienden.

Tú me amas, ven: el bosque está sombrío;
Aquí hay secreto, libertad y calma,
En las hojas hay perlas de rocío
Como perlas de amores en mi alma.

Quiero estrechar tus manos palpitante
Y para darte al porvenir te llamo;
Que si me falta luz para ser Dante
Tú eres más grande que Beatriz, y te amo!

1880.

VERSOS

Como es mi amor tan tímido y tan puro,
Esconde en el silencio sus querellas :
Así para brillar buscan lo obscuro
Esas pálidas reinas : las estrellas.

Yo no sé si comprendes que te quiero ;
Me da miedo pensar en tu desvío,
Quisiera hablarte mucho, mucho, y muero
Sin desplegar los labios, sueño mío.

Á veces, me entristece y me acongoja
Pensar en esta juventud menguada,
Y mirarla caer, hoja por hoja,
Sin que me deje ni un recuerdo... ¡ nada !

Corre un mes, y otro mes, y pasa un año,
Y todos hallan cariñoso abrigo;
Sólo yo quedo, soñador extraño,
Á solas con mi espíritu y contigo.

Aquel que compañero de mis penas
Gozaba con sus muertas alegrías,
Hoy siente hervir en sus henchidas venas
La sangre generosa de otros días.

Unos hallan amor, otros olvido,
Éste la indiferencia, aquél la calma;
Sólo yo como el pájaro su nido,
Busco tu alma, nada más tu alma.

Todos pasan alegres y se azoran
Al verme, y juzgan que jamás he amado;
Todos aman, olvidan... los que lloran
¡ No lloran nunca como he llorado !

Aquél forma su hogar para el invierno,
Ha encontrado una perla en estos mares,
Y ya le manda con cariño eterno
La pálida corona de azahares.

Ya tiene un ser que cuando helada venga
La triste ancianidad, siempre la adore;
Que su cabeza lánguida sostenga
¡ Y que llore piadoso cuando llore!

Tendrá un hogar en que sus sueños de oro
Revuelen, como en jaula delicada;
Un ánfora en que guarde su tesoro,
Un alma que cambiar en la mirada.

He tocado en la playa, y halagüeños
Le entreabren sus alas los amores,
Ya tiene un alma en que poner sus sueños.
Ya tiene estufa en que abrigar sus flores.

En tanto el porvenir, la vida entera,
Ante las aras de tu amor inmolo:

Todas las almas hallan compañera.
¡ Mi espíritu está solo, siempre solo!

¡ Oh, sálvame! Esta vida que en mí late
Necesita tu amor como rocío,
Dios engendró al león para el combate
Y á mi alma para amarte, sueño mio!

1880.

SICUT NUBES, QUASI NAVIS, VELUT UMBRA.

Los años pasarán, y en tu cabello
El tiempo sus escarchas dejará;
La juventud con sus hermosos sueños
De ti se alejará;
Y al caer de las tardes estivales,
Cuando como antes vuelvas á tu hogar,
Ya nada encontrarás de cuanto amabas,
Que todo ha de pasar!

En el sillón donde antes reposaba,
Á tu padre amoroso no verás,
Y el bullicio y la voz de tus hermanas
Ya nunca escucharás;
Sola, con el pavor de las ruinas,
Tu alcoba misteriosa se alzará...
Llamarás á tu madre, vida mía;
Pero ya no vendrá!

Un hombre ha de venir que te conduzca
Con blancos azahares al hogar,
Pero ese amor que por la cruz te jure
También ha de pasar;

Tú, sedienta de amor, de aquella hoguera
El apacible fuego buscarás,
Pero sólo has de ver ceniza fría,
Ceniza... ¡ nada más !

Tus hijos con sus rubias cabecitas
Y con sus rojos labios de coral,
Irán á consolarte acariciando
Tu seno maternal :
Pero luego, por ir tras las pasiones
De tu sencillo amor se olvidarán,
Y por otras mujeres, alma mía,
También te dejarán!

Vendrá luego la muerte cautelosa
Y tu frente de mármol besará ;
La vida, como niebla pasajera,
De ti se alejará...
Sólo el amor que te juré de niño
Y que tú no quisiste ni escuchar
Sólo ese amor, cuando te dejen todos
Contigo ha de quedar !

1879.

EN BATA

Todo pasa y algún día,
Al mirarme en el espejo,
Para mal de mi alegría,
Alguna arruga sombría
Me ha de decir: ya eres viejo.

Al despertar, la primera
Claridad de la mañana
Al deslizarse ligera,
Jugando en tu cabellera
Tal vez me enseñe una cana.

Y cuando las horas suenen
Y al vernos viejos riamos,
Quizá sin pena veamos
Que nuestros hijitos vienen,
Y que nosotros nos vamos !

Ya en el baile, cual te veo,
Entre las nubes de encaje,
No te verá mi deseo;
Que saldremos á paseo
Bien cubiertos y en carruaje.

Como temprano capullo
No te apoyarás graciosa
En mi brazo, y el murmullo
No escucharé con orgullo
De los que dicen : ¡ qué hermosa!

Recorriendo los salones
No te volveré á mirar
De la música á los sones,
Porque ya tus ilusiones
Han de vivir en mi hogar.

Y viejos los dos, tú amando
Á nuestros hijos y á mí,
Hemos de seguir gozando,
Tú con el alma adorando
Y yo mirándome en ti.

De la vida las mañanas
No han de llevar en sus fugas
Estas guirnaldas tempranas,
Porque Pablo con arrugas
Querrá á Virginia con canas.

Vendrán las noches de invierno,
Vendrán las castas veladas,
Y yo con cariño eterno
Seguiré buscando tierno
El calor de tus miradas.

Muy tempranito vendré
Á recogerme en mi hogar,

Y mientras se hace el café,
Á mis hijitos veré,
En tus rodillas jugar.

Si el fuego chisporrotea
Y los cristales opaca,
Muy junto á la chimenea,
Donde á mi lado te vea
Iré á poner mi butaca.

Y con un libro en la mano,
Contemplándote tras él
He de fumar un habano
Mientras toques al piano
Aquel vals... ¿ sabes? ¡ aquél !...

Pablo, que será ya un hombre,
Irá tal vez de visita
Con Lupe, que aunque te asombre
Por más que madre te nombre,
Será ya una señorita.

Nosotros nos quedaremos
Á los chicuelos cuidando,
Y juntos platicaremos
Mientras contentos estemos
Á Pablo y Lupe esperando.

Lupe será hermosa y buena;
Pablo, todo un gran señor,
De frente altiva y serena :
Ella, como tú, morena;
Él, como yo, soñador.

Ya verás cómo reímos
De mil quimeras charlando,
Y mil castillos fingimos,
Y en tanto así discurrimos
Pasan las horas volando.

Y locos de amor, uniendo
Nuestras dos almas en una,
Llorando á veces, riendo,
Así hablaremos meciendo
De nuestros hijos la cuna.

. . . .

. . . .

Ya ves si nuestras mañanas
Pueden llevar en sus fugas
Estas guirnaldas tempranas :
Si tu Pablo con arrugas
Querrá á Virginia con canas!

1880.

DEL LIBRO AZUL

Si mi secreto queréis que os diga,
Cerrad, si os place, vuestro balcón:
Temo que un silfo, mi buena amiga,
En sus alitas llevar consiga
Átomos de oro de mi pasión.

⁂

¿Queréis que os hable de mis amores?
Pues aguardemos á que las flores
Quietas se duerman en el jardín;
Odio las brisas por lo curiosas,
Y me recato de aquellas rosas
Que aquí perfuman el camarín.

Ya véis, señora, si soy discreto,
Si avaricioso guardo el secreto,
De luz, de aroma, de brisa y flor;
Mi alma es sagrario y urna cerrada,
Donde lo llevo, perla guardada
En concha nácar, nido de amor.

Nadie lo sabe, nadie ha podido,
Luz ó silencio, sombra ó ruido,

Este secreto nunca saber.
Entre sus hojas, cual la violeta,
Va con mi alma, dormida y quieta,
La casta imagen de esa mujer.

Soy como avaro, que su tesoro
Sus ricas perlas, sus torres de oro,
Guarda en el fondo de viejo arcón;
Y cuando mi alma siente tristeza,
Para ahuyentarla con su riqueza
Va de puntillas al corazón.

Contempla el oro de su cabello,
Sus ojos claros, su terso cuello,
Sus brazos blancos de rosa-te;
Y porque no entre la luz curiosa,
Mis ojos luego cierra medrosa,
Pensando acaso que el sol nos ve!

***

Si me secreto queréis que os diga,
Cerrad entonces vuestro balcón:
Temo que un silfo, mi buena amiga,
En sus alitas llevar consiga
Átomos de oro de mi pasión!

1880.

CREPÚSCULO

La tarde muere: sobre la playa
Sus crespas olas la mar rompió;
Deja que pronto de aquí me vaya,
Que ya la tierra se obscureció.

Ven á mi lado; suelta los remos;
Ven, un momento reposa aquí,
Y los luceros brotar veremos
En ese manto de azul turquí.

No temas nada; la mar se calma,
Las olas duermen: aquí está Dios!
Ven, y juntemos alma con alma
Para que juntas digan adiós.

La noche llega: de joyas rica,
Sus negros cofres abre al volar,
Y tu flotante falda salpica
La blanca espuma que forma el mar.

Corre la ola tras de la ola,
En pos de Vésper, Sirio brotó:
Todo se busca; la playa sola
Como enlutada despareció.

Deja que agiten tu negra trenza
Las frescas brisas al revolar:
Ya la tranquila noche comienza
Y entre las sombras se puede amar.

El alto faro su luz enciende,
Las anchas velas se pierden ya,
El pez saltando las olas hiende
Y la gaviota dormida está.

Dame tus manos: quiero tenerlas,
Para abrigarme con su calor:
Cárcel de conchas tienen las perlas,
Cárcel de almas tiene el amor!

En esta débil barca que oscila
Sobre el abismo vamos los dos:
Amor escondes en tu pupila,
Como en los cielos se oculta Dios.

Abre los ojos: no mires triste
Cómo las olas van á morir;
Se abre el abismo, como tú abriste
Tu alma de virgen al porvenir.

La blanca estela que el barco deja
Cual vía láctea del mar se ve,
Ven: mientras tibia la luz se aleja,
En mis rodillas te sentaré.

Entre corales, nereida hermosa
Su rubia trenza torciendo está;

Con verdes ojos nos ve envidiosa
Y á flor del agua se asoma ya.

Ufano riza tu cabellera
El aire blando que sopla aquí;
Las olas mueren en la ribera,
Mas tu cariño no muere en mí.

Si tienes miedo, secreto nido
Entre mis brazos te formaré,
Y como á niño que va dormido
Con anchas pieles te cubriré.

Gimiendo el agua la barca mece;
La blanda brisa te arrullará,
Mientras mi mano que se entumece,
Entre tus bucles se esconderá.

Mira: mi remo las olas abre,
Hacia la playa tuerzo el timón,
Su negro seno la mar entreabre,
Pero más negros tus ojos son!

1880.

Á UNA ULTRA-RUBIA

(EN SU ÁLBUM).

Tengo tu álbum frente á mí,
Y, está visto, no me escapo
De poner mi nombre allí:
¿ Qué flor voy á darte á ti,
Que no sea flor de trapo ?

Entecos y mal traídos
Andan mis versos, Sofía,
Tristes y descoloridos,
Como rostros sorprendidos
En una noche de orgía.

Salen de mi entendimiento,
Ajado el cutis de grana,
Con el mirar soñoliento,
Cual de festín turbulento
Al despertar la mañana.

Manchan su negro vestido
Gotas de espeso cognac,
Y en ancho paltó escondido

Rugado y prostituído
Asoma mustio su frac.

Sin lustre el botín pequeño
Y desordenado el traje,
Hastiado, con torvo ceño,
Van bostezando de sueño
En en el fondo del carruaje.

Déjalos, pues, descansar,
Tras tanto y tanto bullir,
Tras tanto y tanto danzar:
Como salen de bailar,
Sólo piensan en dormir.

Ya ni la impaciente espı ma
Del Borgoña los arroba,
Y del alba entre la bruma,
Buscan el colchón de pluma
Que aguarda quieto en la alcoba.

¡Hasta mañana! dormíos
Huraños versos añejos
Que alardeasteis tantos bríos
En otra edad, versos míos
Que estáis enfermos y viejos!

Ya no sois como quisiera,
Que el triste mudar eterno
Os puso la faz de cera:
La el lienzo de Primavera
Es un paisaje de Invierno.

También, cual vosotros, yo,
Pronto, muy pronto cambié;
Mi musa se avejentó,
Y aunque hoy camina en landó
Va más despacio que á pie.

Ya de mi vida las olas
No besan lirios azules
Ni bermejas amapolas,
Y ya no pienso en corolas
Desde que pienso en curules!

Mi sien ya nunca decoro
Con verdinegro laurel,
Y huyeron de mí en tropel,
Los versos, abejas de oro
Que van en busca de miel.

¡ Pobre insparición que arroja
Mi voluntad con desvío
Sin besar su boca roja!
¡ Pobre Ofelia que deshoja
Sus guirnaldas en el río!

Por ser tú pobre reñimos.
— Menguado amor me inspiraste!
Pero tan mal nos quisimos
Que, cuando á vernos volvimos,
Sin conocerme pasaste.

*
* *

Ya vas mirando, Sofía,
Que no fué cordura en ti,
Requerir la musa mía,

Y que responder podría
Cuando llamas : no es aquí.

Es tu blancura nevada
De tal suerte, que dudar
Se puede de si formada
Fué con espuma cuajada
Ó con hojas de azahar.

Son tus ojos, por lo bellos,
Nardos que temblar se ve
De la luna á los destellos;
Y son tus rubios cabellos
Hilos de champagne frappé.

En tu hiperbórea hermosura
Y en tu cutis de camelia
Vaga claridad fulgura,
Y recuerda tu blancura
El cuerpo exangüe de Ofelia!

Tiene tu perfil sereno
La corrección que resiste
Al tiempo de vida lleno ;
Eres hermosa, eso es bueno!
Eres casada, eso es triste !

Me encanta tu gallardía,
Pero ha tiempo repudié
De mi hogar la poesía ;
Deja que cumpla, Sofía,
La ley de Monsieur Naquet.

1880.

¿PARA QUÉ?

Mi cuerpo soñoliento se rinde á la fatiga ;
Secreta voz interna me dice que no siga...
¡ Dejadme sobre el césped exánime dormir!
Dejadme: idos vosotros en pos de la ventura;
De niño, me inspiraba pavor la sala obscura ;
Hoy, hombre, me da miedo mirar el porvenir.

El barco va despacio : navego mareado ;
Dejadme en una isla desierta, abandonado,
Sois jóvenes y fuertes ¿ qué falta os hago yo?
Tal vez mañana surja la prometida tierra,
Seguid, seguid vosotros. ¡ Mis párpados ya cierra
La mano de la sombra ; mi antorcha se apagó !

¡ Oh, nave de la vida, qué lenta que caminas ?
¿ Por qué no llegas nunca, por qué no me destinas
Peñasco solitario do pueda reposar ?
¿ Cómo podrán dejarte las míseras que gimen
Si tú no las escuchas ¡ oh, nave ! y es un crimen
Lanzarse desde el mástil, al seno de la mar ?

Escucho de las olas espesas el ruido,
El rechinar constante del cable retorcido,

La tabla que se encorva bajo robusto pie ;
Las velas que se inflan, del ábrego juguete,
Las voces del piloto, los cantos del grumete,
Y en la sentina echado, murmuro : ¿ para qué ?

¿ Adónde navegamos ? ¿ quién rige la faena ?
¿ Á qué las inquietudes, las luchas y la pena ;
Si el capitán maltrata, y el término es ruin ?
Cualquiera que sea el sitio, cualquiera que sea el puerto,
En los revueltos mares, igual que en el desierto,
Por mucho que luchemos, la muerte será el fin.

La góndola arrogante que sale de Missyra
Camina á los acordes sonoros de la lira,
Sus velas son de raso, de plata su timón ;
El barco que abandona las playas de Noruega
Como cetáceo enorme, sobre la mar navega,
Hendiendo entre las olas su vientre de carbón.

Y el arrogante esquife, y el galeón pesado,
El aceitoso buque y el barco empavesado,
Los jóvenes remeros, y el viejo capitán,
Los que el amor impulsa ó la codicia mueve,
Buscando van la dicha. Su viaje será breve
Y al fin de la jornada la muerte encontrarán !

¿ No veis bajo las olas profundas que se entreabren
Mil dientes que relucen, mil bocas que se abren ?

¿ El tiburón hambriento y el rápido delfín?
Esperan. Vais cantando. Sois jóvenes. ¿ Qué importa?
La espera será larga, la espera será corta,
La mar es el camino! Su estómago es el fin!

¿ Á qué, si lo sabemos, luchar contra el destino?
Dejemos que nos marquen los vientos el camino,
Que á su capricho empujen las olas el bajel,
Si todo hemos de darlo á la implacable diosa,
Desnudos cual nacimos bajemos á la fosa,
Sin perlas en las manos ni olímpico laurel.

Quisiera de la nave salirme fugitivo;
No puedo y me resigno. Vivir es ser cautivo...
Echado en la sentina mi vida pasaré!
No quiero entrar en lucha con hombres ni deidades;
Ya soplen los alisios ó rujan tempestades,
Aquí, sin agitarme, la muerte esperaré.

1880.

¡ANDA!

No temas que cobarde y vengativo
Ultraje por ultraje te devuelva:
Ni esperes, no, que el corazón altivo
Olvide tus agravios y te absuelva.

Ni perdón ni castigo te preparo;
Fuiste instrumento dócil de mi suerte,
Y de tu amor tranquilo me separo,
Como el alma del cuerpo, con la muerte!

Anda, vé, pues, ¡ oh, blanca engañadora !
Lejos del alma que tu dicha quiso;
Anda, vé, como Eva pecadora,
Desterrada por Dios del Paraíso.

¡Ay! yo quisiera, tierno, enamorado,
Seguir tus pasos, escudar tu pecho;
Ser el ángel guardián que recatado
Te vela de rodillas, junto al lecho.

Bien sabes tú que mi mayor ventura
Era pedir que de la vida odiosa
Me reservara Dios la parte obscura,
Dejándote la parte luminosa.

Amaba tus dolores, y quería
Defenderte del mal cuando viniera.
Y estar contigo, pobrecita mía,
Cuando tu anciana madre se muriera.

Mi amor no te soñaba disoluto
En la alcoba nupcial, llena de flores;
Llorando penas ó vistiendo luto,
¡ Así te imaginaban mis amores !

Tarde ó temprano los pesares llaman:
Se van los padres ó se muere el niño,
Y para entonces, los que bien se aman,
Atesoran avaros su cariño.

En esas horas en que surge el ruego
Y por Dios los espíritus preguntan,
Como cuerpos friolentos junto al fuego
Las almas se aproximan y se juntan.

Tú no conoces la espinosa vía,
Eres la juventud y la belleza,
Y á tu casa no llega todavía
Desnuda y solitaria la tristeza.

Pero las penas, huéspedes constantes,
Emprendieron temprano su camino,
Y no estoy á tu lado como antes
Para luchar por ti con el destino.

Ya no estaré contigo cuando llores
Y muda quede la apacible viola,

Cuando tu madre esté bajo las flores...
Ya estás sola, mi vida, ya estás sola!

Vendrán las penas, la orfandad, el llanto,
La pobreza tal vez y la caída ;
Y yo, mi sueño, que te quiero tanto,
No podré defenderte de la vida.

Tal vez entonces busques mi cariño :
Pero, ¡ quién lo pasado desentierra !
¿ Qué madre puede revivir al niño
Que duerme bajo el musgo de la tierra ?

1881.

HAMLET A OFELIA

Á Alfredo Chavero.

Get thee to a nunnery! — *Shakespeare.*

Mira : ven, voy á hablarte : voy á herirte:
Estoy maldito. Mancho lo que toco!
Tengo un secreto, Ofelia, que decirte:
Me juzgan loco y — oye! — no estoy loco!

¿Ves? mi cabello lacio y blondo crece;
Pocas sonrisas en mis labios quedan;
Tengo hundidos los ojos, y parece
Que en lo más hondo de sus cuencas ruedan.

Estoy enfermo; pálido; la brida
Tascando del deber, voy taciturno;
Y atravieso graznando por la vida,
Como un inmenso pájaro nocturno!

Mi ángel es la tristeza: nunca alegra
Mis labios secos risa de contento,
Es negro mi ropaje, y es más negra
El ala de mi torvo pensamiento!

Todo, todo en mi contra se concilia
Las iras todas de la tierra arrostro;
Y revelan mis noches de vigilia
Los pómulos salientes de mi rostro.

Algo de espectro en esta faz se encuentra;
Soy una bruma que habla y que camina,
Y mi alma soñadora se concentra
En el azul polar de mi retina!

La triste noche en que nací, caía
Blanca la nieve sobre el pardo suelo,
Aullaban los lobos, y cubría
Su faz medrosa el enlutado cielo!

Allá en el bosque la corneja mustia
—¡Presagio triste!— chirriando estaba:
Mientras mi madre con terrible angustia,
En el lecho convulsa se agitaba.

La alcoba estaba triste: toscos leños
Quemábanse con áspero chasquido,
Y la tropa impalpable de los sueños
Revolando escapábase del nido!

En la angosta ventana aleteaba
El genio negro, y al nacer el día,
Un mendigo en la puerta agonizaba,
Y triste adelfa en el dintel crecía!
....
....
Tú Ofelia, tú, las sonrosadas sienes
Coronas de ranúnculo serena:

La paz de un lago en la conciencia tienes,
Eres buena, sí, Ofelia, tú eres buena!

Tu frente es una ala de paloma;
Nunca tus cejas el enojo enarca,
Y para el alma en que tu luz asoma
Eres el ave mística del arca.

Mírate en el espejo de este río...
Contemplándote á ti pasa muy quedo.
Yo no lo puedo ver: su lecho frío
Tiene algo voluptuoso que da miedo.

Sencillas flores en tu seno arrojas,
En tu frente tu espíritu medita,
Y con la mano trémula, deshojas
El cáliz de una blanca margarita.

No ames, Ofelia, no ames; ¡á un convento!
Aquí te acecha y te emponzoña todo.
Tú eres la gota de agua que sediento
Absorbe el suelo y la convierte en lodo.

Eres honesta, casta; bueno, vete!
Mercader de virtud es la hermosura,
Y la pureza en la mujer, juguete
Que en manos de un infante poco dura.

Yo no te puedo amar: en nada creo:
Ni de mi madre en el amor tampoco,
Todos me llaman ciego, porque veo.
¿Que estoy loco? ¡mentira! ¡no estoy loco.

Subí del ideal á la colina;
Miré el abismo en que el dolor se mide,
Y desde entonces en mi audaz retina
Hay un lugar en que el terror reside.

Los ojos del espíritu me duelen,
Tal cual los ojos de mi rostro, cuando
En una tarde abrasadora suelen
Estar al sol de frente contemplando.

¿La verdad? - ¡No la sepas! tetra nube
Preñada de relámpagos la envuelve,
Y el espíritu audaz que á ella sube,
Deja su cuerpo en tierra, mas no vuelve.

Como cava el minero las montañas,
Del alma á las cavernas he bajado;
Y ví negras, tan negras sus entrañas,
Que negra mi pobre alma se ha quedado.

Mi enfermo corazón adentro llora;
Abismo abierto ante mis plantas veo,
Y amarrado á mi cuerpo, me devora
El buitre que mataba á Prometeo!

Yo soy el ave que perdió su nido,
La noche que quisiera unirse al día...
Como águila sin alas he caído...
¡Ay! si pudiera amar, cuánto amaría!

Yo sé el misterio del dolor eterno:
Yo sé el secreto de tu dulce calma:

No, Ofelia, yo no vengo del infierno,
Vengo de más allá, vengo del alma!

Ofelia, huye, huye! de mí mismo
Quisiera huir. Que tu ánimo se aquiete.
Estás enamorada del abismo.
Un vértigo es tu amor. ¡Oh! ¡vete, vete!

¡Se va! ¡se va! muy triste... nada dice!
¡No brota de sus labios una queja!
¡He matado su alma, y me bendice!
¡Era mi único amor, y ya se aleja!

Parece que se apaga en su pupila
La luz del pensamiento: está llorando!
Contempla el agua que se va tranquila;
Ríe... vuelve á llorar... huye cantando!

Me da miedo mirarla, su semblante
Es cual de blanco mármol. ¡Se detiene!
Ve con fijeza! pero el alma errante
Á sus ojos tristísimos se viene!

¿Qué has hecho? ¡mi pobre alma te quería,
Y tú la asesinaste! ¡Si volviera!...
¡Ofelia, Ofelia! es tiempo todavía;
No, mejor... ¡que se muera, que se muera!

Julio de 1880.

CRISALIDA

Son las diez: voy corriendo á la alameda;
Entro... llego... ¡allí está!
Ella junto á la fuente, y algo lejos
Sentado en una banca su papá!

No sé por qué me inspira aquel anciano
Un secreto cariño:
No sé por qué cuando lo miro, pienso
Que tiene el viejo aquel algo de niño.

Viste siempre de negro: lleva un libro
Que lee ó finge leer:
Cuando mira á su hijita, algún recuerdo
Su pupila parece humedecer.

— Padre, esas niñas... ¿ves?—la niña dijo —
Vienen con su mamá:
¿Por qué la mía no viene?— Tu madre, hija,
Ha ido lejos, muy lejos... ¡no vendrá! —

Ella tiene nueve años, y es hermosa
Como el naranjo en flor;

¡Qué casta es esa frente que aun no empaña
Con su aliento volcánico el amor!

Su cutis es muy blanco, transparente,
Terso, rosado apenas:
Se ve la sangre circular violenta
En vagas espirales por sus venas.

Ciñe un negro collar de terciopelo
Su cuello de paloma:
Y en sus pupilas húmedas parece
Que impaciente su espíritu se asoma.

Sus blondas trenzas con claveles rojos
Y con cintas compone,
Y creyérase aquella cabecita
La cabeza de un ángel de Giorgione.

¡Cuán bien dibuja de su pierna esbelta
La forma delicada,
Aquella media blanca que la cubre
Con un listón en la rodilla atada!

El pudor aun no alarga su vestido;
La deja aun correr
Como ligera corza, que una niña
Tiene de ángel más que de mujer.

Un traje de percal color de rosa
En sueltas ondas baja
Cubriéndola, y ostenta su cabeza
Un sombrerito de amarilla paja.

Un listón, recortando los contornos,
En el talle se anuda;
Y abierto el cuello contemplar permite
Su garganta blanquísima desnuda.

¡Allí va! juguetona, sonriendo,
Recogida su falda;
Con su blonda y sedosa cabellera
Cayendo en largas trenzas por su espalda.

Allí va tras el aro que se aleja
Corriendo descuidada...
Tropieza... ¡va á caer!... cómo se burla
De mi pueril temor su carcajada!

* * *

Yo no sé cuántos sueños encarnados
En esa niña veo;
No sé cuántas promesas de ventura
En esos ojos adormidos leo.

Pero siempre en el prado á donde viene
    Mi corazón la aguarda,
Y si pasan las horas sin que venga
Me digo suspirando: ¿por qué tarda?

Otras veces, mirándola risueña
        Por entre flores ir,
Que sobre ella se cierne me parece,
Como cuervo gigante el porvenir.

Mañana cuando rompa su capullo
        Para trocarse en flor,
Con las azules alas desplegadas
Su frente de ángel tocará el amor.

Vendrá con su cortejo de ilusiones
        La alegre juventud:
Pasará con sus dichas la inocencia:
¡Quiera Dios que no pase la virtud!

¿Será feliz? ¿qué páginas le guarda
        El libro del destino?
¿Amará? ¡pobre niña que no sabe
Los abrojos que tiene su camino!

Hoy la corriente del vivir la arrastra
        Cual á una planta inerme:
Dios no la manda el llanto todavía
Y á su espíritu dice: ¡duerme! ¡duerme!

¡Si nunca despertara de ese sueño!
¡Si pudiera vivir,
Sin que su frente de querub tocase
Con su mano de hierro el porvenir!

Quisiera entre mis brazos estrecharla,
Defenderla del mal,
Detener á la vida en su camino
Y que aquella niñez fuese inmortal!

*
* *

Así paso las horas, y á los sueños
Mi espíritu se entrega,
Mientras murmura el agua blandamente,
Mientras la niña entre las flores juega.

Se levanta el anciano, y á la niña
El sombrerillo da;
Ella se pone triste, guarda un lirio,
Toma el aro, se aleja, ya se va!

Apenas miro ya su blonda trenza,
Las ondas de su traje...
Ya llegan, se detienen un momento,
Ya suben los dos juntos al carruaje.

Allí la miro aún, de aquellos árboles
Entre el follaje verde...
Suena de pronto el látigo, y el coche
Se aleja, se ve apenas, y se pierde.

1881.

DESPUÉS DEL TEATRO

Salíamos del teatro: tú apoyada
Con languidez artística en mi brazo;
Muy cerca de mi pecho, tu regazo,
Muy cerca de mi alma, tu mirada.

Bajamos la escalera: enmudecían
Nuestro labios, tus ojos se entornaban,
Y los que así, tan juntos, nos miraban,
— ¡ Cómo se ve que se aman ! — repetían.

Aun verte me parece, casta ondina,
Aun te contemplo púdica y esbelta,
Como una maga vaporosa, envuelta
Entre nubes de blanca muselina.

Aun me parece ver cómo cubría
Tus hombros rafaélicos la nube
De aquel chal que en tu cuerpo de querube,
Una red de myosotis parecía.

¿Te acuerdas? Avanzamos muy despacio,
Por la angosta calleja, en oleajes,

Mirando deshacerse los celajes,
Kaleidoscopio inmenso del espacio.

Á veces, con tu cuerpo junto al mío,
Velabas, tiritando, tu regazo,
Y apretando tu brazo con mi brazo,
Murmurabas muy quedo: tengo frío

Cincel de luz que tus contornos labra
Era la luna, y á su luz temblante,
Un mármol de Canova tu semblante
Y un sueño de Bellini tu palabra.

Asi cruzamos por la calle muerta,
Y en amorosa plática estuvimos,
Hasta que pronto por mi mal nos vimos
De tu escondido hogar junto á la puerta.

Un momento después, en la vecina
Pared, con indolencia reclinado,
Contemplaba tu sombra, enamorado,
Del balcón de tu alcoba en la cortina.

Lámpara opaca con su luz secreta,
El cortinaje aquel transparentaba,
Y en los blancos tapices proyectaba
Las líneas de tu artística silueta.

De aquella luz el misterioso rastro
Te dibujaba en vaporosa bruma,
Arrodillada en el colchón de pluma
Como pálida virgen de alabastro.

Luego, tus manos, oprimiendo el pecho,
Ya destrenzado tu cabello, oraste,
Sacudiste tus rizos, y saltaste
Como una corza blanca sobre el lecho.

....
....
Las sombras de la noche misteriosas
Tu alcoba virginal han protegido:
Sólo se oye el monótono ruido
De un paso que se aleja en las baldosas.

Ya todo yace en el reposo, inerme;
El lirio azul dormita en tu ventana:
¿Oyes?... desde la torre la campana
La media noche anuncia... ¡duerme! ¡duerme!

1879.

CUADRO DE HOGAR

Á Pedro Castera.

Un gabinete octágono: las flores
En tiestos de alabastro transparente:
En los muros tapices de colores,
Á lo lejos el eco de la fuente.

Un velador allí: luz sonrosada
Los blancos artesones alumbrando,
Un piano más allá, y en su almohada,
Dos niños abrazados dormitando.

Abierta la ventana; de la luna
Un rayo deslizándose en la alfombra;
Junto á la imagen del Señor, la cuna;
Bajo los olmos del jardín, la sombra.

Allí la esposa está: junto al piano
Que opalescente luz alumbra apenas,
Acaricia las teclas, y su mano
Parece un ramillete de azucenas.

Los largos pliegues de su bata cubren,
Como velo de virgen, sus hechizos,
Y dos rosas muy blancas se descubren
Entre la negra noche de sus rizos.

Gentil sacude de su talle esbelto
La vaporosa y perfumada falda,
Y arroja en trenzas el cabello suelto
Sobre el terso alabastro de la espalda.

Las ondas opulentas de su traje
Mal ocultan los hombros con su bruma,
Que aparecen, saliendo del encaje,
Como Venus brotando de la espuma.

Á veces una ráfaga indiscreta,
Que penetra, agitando la cortina,
Con brazos impalpables la sujeta
Y sus formas de arcángel adivina.

Otras, la luna con fugaz reflejo
Se desliza á través de la ventana,
Y arroja su silueta en el espejo
Con los contornos plásticos de Diana!

¡Qué cuadro! Los pequeños sonriendo,
Grupo de querubines del Ticiano,
Dos seres en un éxtasis viviendo,
Y Schubert sollozando en el piano!

1879.

.˙.

¿Por qué, si no me quieres, me buscas y me llamas,
Y de pasión palpitas cuando me acerco á ti?
?Por qué, si no me quieres, por qué, si no me amas,
Cuando tus labios callan, tus ojos dicen: *sí?*

Si nadie nos observa, te sientas á mi lado
En el rincón obscuro del rudo canapé,
Y siento poco á poco tu aliento perfumado
Y el tímido contacto de tu impaciente pie.

Y luego te retiras, te vas, como la ola
Que solitaria deja las rocas, al bajar;
Y mi alma queda triste, como la playa sola
Cuando su leve falda recoge lento el mar.

Me esquivas si te busco, me llamas si me alejo;
Te mofas de mis sueños y excitas mi pasión;
Me huyes cautelosa, y si tu casa dejo,
Entornas para verme la puerta del balcón.

¡Oh, blanca taciturna, la virgen y la obscura,
El éter impalpable, la sombra sin color,
El cáliz que no toca más que la mano pura,
El águila que en vano persigue el cazador!

¿Qué quieres de mi alma? Tu pecho impenetrable,
Con triple bronce escudas, burlando mi ansiedad,

Y tienes del espacio lo vago, lo insondable,
Y de la obscura noche, la densa obscuridad.

Quisiera ser la sombra para espiar tu sueño,
Y para ver qué escribes, las hojas del carnet,
Para seguir tus pasos, el escarpín pequeño,
Para sentir si tiemblas, al verme, tu corsé.

1880.

EL AMOR DUENDE

Tenue silfo tornadizo
Que por verte se transforma,
Soy el eco, soy la forma
Que te sigue por do vas;
Y en tan íntimo contacto
Existimos, que mi vida
Es la sombra desprendida
De la tuya: nada más.

En tu alcoba me acurruco,
Por sus ángulos transito,
Invisible te visito,
Por la atmósfera me voy;
Soy la luz que te acaricia
Cuando á despertar empiezas,
Y hasta el libro con que rezas
En el templo, también soy.

Soy la parda golondrina
Que te anuncia la mañana,
Golpeando tu ventana
Con alegre aletear:
Soy el lago luminoso
Que resbala por la alfombra.
Y si duermes, soy la sombra
Que te mira descansar.

¿En la noche pavorosa
Nunca viste como brilla
La rojiza lamparilla,
Tras el blanco velador?
Pues su luz agonizante
Es la luz de la mirada,
Que te busca enamorada
Para darte su calor.

Sopla el cierzo por las calles,
Tu ventana se estremece,
Y de súbito parece
Que en la alcoba alguno va:
Tú despiertas; sobre el lecho
Te levantas intranquila,
Y en la puerta tu pupila
Fija, inmóvil, torva esta.

¡Duerme, duerme! Si esos pasos
Han podido amedrentarte,
Vuelve ahora á reclinarte,
Perezosa: nada fué!
Como duende sigiloso
En tu alcoba me escondía,
Mas por verte, vida mía,
Con la mesa tropecé.

Yo te busco, te rodeo,
Te acompaño, te persigo,
Por doquiera va contigo,
Transformándose, mi amor;
Cuando cantas, soy la nota
De tus labios escapada;

Para verte, soy mirada;
Para hablarte, soy rumor!

En la atmósfera invisible
Que te forma mi cariño,
Estás presa como un niño
En la jaula de su hogar;
Soy la música que escuchas,
El perfume que respiras,
Un suspiro, si suspiras
Ya cansada de soñar.

Tortolita de ojos dulces,
Ramillete de azahares,
Yo conozco tus pesares
Y tus sueños de mujer:
Si me miras, en tus ojos
Y en su fluido vago, incierto,
Como en libro siempre abierto
Cuidadoso sé leer.

Cuando á escape tu caballo,
La soberbia crin tendida,
Ágil, suelto, á toda brida
Atraviesa el oli ar;
Y tu rostro se enardece,
Y tus anchas ropas flotan,
Y las ráfagas te azotan
En el rudo galopar;

En los átomos de polvo
Que formando remolino,

En su rápido camino
Tu caballo levantó;
Y en la sombra que movible
Siempre cerca te persigue,
Este espíritu te sigue...
Allí, mi ángel, estoy yo!

Tú podrás aborrecerme,
Mas huirme nunca puedes:
Dios nos liga con sus redes,
Ya mi alma no está en mí:
Por extraño poderío
Quiere el cielo que te ame;
Guarda mi alma, pero dame
La que amante vive en ti!

Sé ribera, seré ola;
Sé violeta, yo rocío;
Si eres mar, yo seré río;
Si eres luz, seré calor:
Quiero ser lo que á ti vaya,
Lo que mire tu faz bella;
Si eres cielo, seré estrella;
Si eres alma, seré amor!

1880.

¡SI TÚ MURIERAS!

Anoche mientras fijos
        tus ojos me miraban
Y tus convulsas manos
        mis manos estrechaban,
Tu tez palideció:
¿Qué hicieras, me dijiste,
        si en esta noche misma
Tu luz se disipara,
        si se rompiera el prisma,
Si me muriera yo?

¡Ah! deja las tristezas
        al nido abandonado:
Las sombras á la noche,
        los dardos al soldado:
Los cuervos al ciprés:
No pienses en lo triste
        que sigiloso llega;
Los myrthos te coronan,
        y el arroyuelo juega
Con tus desnudos pies.

La juventud nos canta,
        nos ciñe, nos rodea;

Es grana en tus mejillas;
en tu cerebro, idea;
Y entre tus rizos, flor;
Tenemos en nosotros
dos fuerzas poderosas,
Que triunfan de los hombres
y triunfan de las cosas:
¡La vida y el amor!

Comparte con mi alma
tus penas y dolores,
Te doy mis sueños de oro,
mis versos y mis flores
Á cambio de tu cruz;
¿Por qué temer los años,
si tienes la hermosura,
La noche, si eres blanca,
la muerte, si eres pura;
La sombra, si eres luz?

Seré, si tú lo quieres,
el resistente escudo
Que del dolor defienda
tu corazón desnudo:
Y si eres girasol,
Seré la parte obscura
que en hondo desconsuelo
Sin ver jamás los astros
se inclina siempre al suelo;
Tú, la que mira al sol!

La muerte está muy lejos;
anciana y errabunda,

Evita los senderos
que el rubio sol fecunda,
Y por la sombra va:
Camina sobre nieve,
por rutas silenciosas,
Huyendo de los astros
y huyendo de las rosas;
La muerte no vendrá!

La vida, sonriendo,
nos deja sus tesoros:
Abre tus negros ojos,
tus labios y tus poros
Al aire del amor!
Como la madre monda
las frutas para el niño,
Dios quita de tu vida,
cercada de cariño,
Las penas y el dolor!

Ahora todo canta,
perfuma ó ilumina;
Ahora toda copia
tu faz alabastrina,
Y se parece á ti;
Aspiro los perfumes
que brotan de tu trenza,
Y lo que en tu alma apenas
como ilusión comienza,
Es voluntad en mí!

¡Ah! deja las tristezas
al nido abandonado,

Las sombras á la noche,
los dardos al soldado;
Los cuervos al ciprés:
No pienses en lo triste
que sigiloso llega;
Los myrthos te coronan,
y el arroyuelo juega
Con tus desnudos pies.

1880.

EFÍMERAS

¿Adónde van los sonidos
Cuando muere en los oídos
La postrera vibración?
El aire es mar: en él bogan
Y se hunden y se ahogan
En la móvil extensión.

¿Adónde vuela el perfume?
Se evapora, se consume
Y se disipa y se va:
Triste vampiro del orbe
El aire su esencia sorbe
Y muerto el perfume está.

¿Adónde su disco encierra
El rojo sol cuando cierra
La tiniebla su capuz?
¿Y adónde, tristes y bellas,
Van las pálidas estrellas
Cuando aparece la luz?

El aire es tumba: devora
Lo que brilla, lo que llora,
El perfume, la canción:
Efímeras vibraciones,

Luces, perfumes y sones
Van al mismo panteón.

Pero la música blanda,
Revive, palpita y anda
Sumisa á la voluntad;
Está dormida, no muerta;
Si queréis verla despierta,
Tocad, artistas, tocad!

El perfume no se agota:
Cada molécula brota
Y se esparce en la extensión,
Vibra próxima á perderse
Y ondulando va á esconderse
En las hojas del botón.

Hay bajo el gran Oceano
Un palacio soberano
Que habita de noche el sol;
Duermen los átomos rojos;
Los corales son sus ojos,
Y su alcoba un caracol.

Tras los témpanos polares,
En los hiperbóreos mares
Qué triste la Osa se ve;
En tanto que dura el dia,
Descansa la estrella fría
De un monte nevado al pie.

Toda muerte es aparente;
El sol renace en Oriente,

Surge la luna del mar.
Los aires que soplan yertos
Están poblados de muertos
Que van á resucitar.

Pero, en qué limbo sepulto,
En qué caracol oculto,
En qué pétalo de flor,
En qué témpano escondido,
Mientras que dure el olvido,
Vive, señora, mi amor?

1881.

COMO MURIÓ MAGDALENA

I

Magdalena, si eres buena
Pon cerrojo á tu balcón;
Ya te rondan, la harpa suena...
Magdalena, Magdalena,
Cierra bien tu corazón.

Tus amantes rondadores
Son ladrones, nada más:
Tienes tiestos, tienes flores,
Si les abres, aunque llores,
Te los roban, ya verás.

Sé discreta, desconfía,
Nunca entornes el cristal,
Y á favor de la bujía,
Mira si alguien se escondía
Bajo el lecho virginal.

Magdalena, casquivana,
Se burló de mi consejo;

Y asomada á la ventana,
Por detrás de la persiana
Me gritaba: ¡Viejo! ¡Viejo!

II

Cierta noche, Magdalena
Muy temprano se acostó:
¡Qué, no reza? ¡Qué, no cena?
Magdalena estaba buena
Y enfermita despertó.

La ventana ví entornada,
Roto el lirio del Japón.....
¡Dios maldiga la nevada
Que azotó de madrugada
Los cristales del balcón!

Magdalena se levanta,
Pero triste, triste está;
De su propia voz se espanta,
Ya no baila, ya no canta,
Magdalena ya se va!

Era alegre, decidora,
Ya se muere de tristeza;
Todo tiene, todo ignora...
Magdalena reza y llora:
¿Por qué llora? ¿Por qué reza?

Sufre mucho, pena tiene,
Algo espera que se tarda:
En la reja se detiene,
Y á la reja nadie viene:
Magdalena siempre aguarda.

Su hermanita, por traviesa,
Siempre teme que la riña;
Ya sus labios de frambuesa
Se marchitan, ya no besa...
¡Pobres padres! ¡Pobre niña!

III

En su lecho Magdalena
Moribunda se acostó;
Volvió el mirto, la azucena,
La amapola, la verbena:
Magdalena no volvió.

Sofocada por el llanto
Estas frases díjome:
— Ya no duermo; ¡sufro tanto
Cuando esté en el Campo Santo.
¡Qué tranquila dormiré!

¡Cuántas rosas! dadme aquellas...
Una blanca... roja... ¡dos!
Yo las tengo muy más bellas,

Porque sé que las estrellas
Son las rosas del buen Dios!

Dadme el libro de la misa,
Mi corona de ahazar:
Buena estoy, ¿no oís mi risa?
Ved que el novio está de prisa...
No le hagamos esperar!

¡Ay! ¡Qué yerta que es la losa!
Ya me entierran, nada escucho:
No me dejen... soy miedosa,
Y ese musgo de la fosa
Crece mucho, crece mucho!

Magdalena ya se abraza
De su madre... sólo oí
Su gemir que despedaza,
Y los cuernos de la caza
Que gritaban: ¡halalí!

IV

Repicaban, repicaban
Las campanas á lo lejos,
Cuando el féretro clavaban:
Padre y madre sollozaban...
¡Pobre niña! ¡Pobres viejos!

1881.

POBRE Y ENFERMA

Todas corren y saltan bulliciosas;
Ella, sola se está,
Todas van tras aquellas mariposas,
Pero ella no... no va!

¿Por qué ninguna niña la acompaña?
¿Por qué cuando las mira,
Una lágrima tiembla en su pestaña,
Baja el rostro, y suspira?

Como pájaros sueltos, sonriendo,
Las niñas juguetean,
Y al mirarlas alegres ir corriendo,
Parece que aletean.

Ella, pálida, inmóvil, escuchando
El roce de la seda;
Gorros, encajes, blondas contemplando,
Como absorta se queda.

Lejos entonces del alegre prado
Se detiene cobarde,

Tímida, como el torpe convidado
Que al festín llega tarde.

Siempre la miro así; siempre sentada
En la glorieta aquella,
Con un tápalo roto rebujada,
Enferma, triste, bella.

Es limpia su indigencia ; con aseo
Sus harapos dispone,
Y el roto abrigo, sin color y feo,
Caprichosa compone.

Á veces con su aspecto de tristeza
Á donde juegan viene:
Pero al ver que repugna su pobreza,
Muy lejos se detiene.

Es muy pobre su vestido;
Roto está su calzado,
Y va pisando el suelo endurecido
Con el pie delicado

Áspero y lacio su cabello crece
Que por peinar se afana;
Está su rostro pálido; parece
De blanca porcelana.

Triste, muy triste, con extraño miedo
De las gentes se aleja;
Y cuando habla, su voz suena tan quedo
Que parece una queja.

Tiene la amarillez de los que lloran;
Por ser pobre, es adusta;
Y como todos con placer la azoran,
Al ver gente se asusta.

Sufre mucho: una lágrima humedece
Su pupila escondida,
Y de sus labios lívidos parece
Que se ausentó la vida!

No anda, se desliza. Silenciosa
Por todas partes vaga,
Y la luz de sus ojos temblorosa
Cada vez más se apaga.

Como mártir caído sin aliento,
Sin que tema ni espere,
En un rincón del alma, soñoliento,
Su espíritu se muere!

¡Tan nerviosa, tan débil, delicada
Como la sensitiva,
Yo no sé, pobre niña abandonada,
Cómo aún está viva!

¡Cómo puede vivir si se consume
Su alma taciturna!
¡Cómo puede escaparse así el perfume
Sin que rompa la urna!

¡Pobre niña! te llama el precipicio
Y no es la senda larga,
Que te arrojó sobre la tierra el vicio
Como cáscara amarga.

Venga el eterno sueño á protegerte
Antes que mal te venza:
Es una madre para ti la muerte;
Tu vida es la vergüenza!

Dios te hizo luz. El mundo te hará sombra,
Don Juan te acecha ufano...
¡Tiende las alas! para huir la tromba,
Nunca, nunca es temprano.

Hoy tu dolor es el dolor sublime
De la víctima santa,
Hoy tienes la amargura que redime,
La pena que agiganta.

Eres un santüario de inocencia
Envuelto en densa nube,
Y Dios quiere que sufras la exi tencia
Para hacerte querube.

Como planta marchita, tu cabeza
Á la tierra se inclina,
Y con mano de mármol la tristeza,
Cual madre, te encamina.

Mas tu apacible y puro pensamiento
Al del ángel iguala,
Porque para tu alma el sufrimiento
Es una inmensa ala!

¡Vete del mundo! no hay aquí defensa
Y el abismo te llama:
Si te entristece la partida, piensa
Que aquí nadie te ama!

1881.

JUGAR CON LA CENIZA

(POEMA EN UN CANTO).

Á Franz Cosmes.

I

Cierto viejo, que es joven todavía,
Comerciante quebrado de ilusiones,
Escribió para ejemplo de varones,
Una epístola rara que decía:

*
* *

¿Será verdad ó sueño? Nada importa
Y averiguarlo, al fin, vale muy poco,
Que es torpeza emplear vida tan corta
En saber si soy cuerdo ó si soy loco.
Tal confundo las fechas y las cosas,
De tal manera, al recordar, me aturdo,
Que, sin querer mentir, á veces urdo
Ficciones y aventuras prodigiosas.
¡Débil memoria, la memoria mía!
Guarda tantas mujeres, tantos hombres,
Que amagándola está la apoplegía
De penas y de goces y de nombres!
Á veces me la finjo, cuando husmea
Mi despierto dolor, hechos pasados,

El antro de una negra chimenea
Repleta de tizones apagados.
¡Recordar! ¡recordar!... ¡valiente modo
De prolongar, sin fin, el sufrimiento!
¡Oh, cuán hermoso se mirara todo
Si pudiera matarse el pensamiento!
Se sufre por la dicha que se aleja,
Por la escoria que dejan las pasiones,
Por todo aquello que en el alma deja
El tiempo, barrendero de ilusiones.
Al recordar con aparente calma,
Llamando á voces la perdida gloria,
Miramos con tristeza la memoria,
Ese cuartel de inválidos del alma.
Si sólo porque pienso sé que existo,
Recordando demuestro lo pasado...
Pero, ¿recuerdo sólo lo que he visto,
Ó recuerdo también lo que he soñado?

II

Bien me acuerdo, llovía:
Azotaba la lluvia los cristales,
Y el humo de mi pipa se torcía
En azules y vagas espirales.
Sentados frente á frente,
Ella, coqueta, de su amor me hablaba,
Mientras yo, distraído é impaciente,
Pensaba... no recuerdo si pensaba.
Á veces el espíritu pasea
Por limbos tan oscuros y escondidos,

Que sufre, como todos los sentidos,
Una total parálisis la idea.
¿ Puede el alma del cuerpo desprenderse?
¿ Qué remotos países visitamos,
Sin que pueda la carne ni moverse?
¿ En qué pensamos cuando no pensamos ?
Ella h blaba y hablaba;
Yo, mudo, casi muerto, proseguía;
Y, como en tal momento no pensaba,
Asegurar no puedo que existía.
Sin tener de mí propio la conciencia
Pasé una hora entera :
¡ Con qué gusto pasara la existencia,
Si pudiera vivir de esta manera !
Era preciso hablarla, sin embargo ;
Mas, entre un *yo te quiero* y un *me quieres*,
Abrí largo paréntesis, tan largo,
Que hasta pude pensar en diez mujeres.
Y mientras ella con audacia loca
Hablaba sin reparo ni tropiezo,
Yo pude nada más abrir la boca
Para trazar el arco de un bostezo.
Por Dios, que tal desvío
Me hizo cavilar inútilmente :
¿ Se hace en el espíritu el vacío ?
¿ Puede morir el corazón de frío,
Como mueren las aguas de la fuente
¡ Locura ! ¡ necedad ! Es liso y llano
Que se tenga el amor y que se pierda :
El corazón es un reloj humano
Al que á veces dejamos de dar cuerda.

III

Con voz entrecortada, balbuciente,
Estas palabras díjome al oído,
Mientras yo contemplaba embebecido
El humo que se iba lentamente :
« Hace un año, dos, tres... ¡ Yo no sé cuántos !
Un siglo me parece todavía !
¡ Han sido tantos, mi tesoro, tantos,
Como pocas las horas de aquel día !
¿ Recuerdas? delirante, como loca,
Yo no sé qué palabras murmuraba,
Sólo sé que mis frases, si te hablaba,
Salían á torrentes de mi boca.
Mis ojos por las lágrimas ya rojos,
En los tuyos clavaba con tristeza,
Queriéndote mirar con tal fijeza
Que nunca te borraras de mis ojos.
Era tal mi dolor, mi angustia tanta,
Tan convulsa tus manos apretaba,
Que el mismo corazón me sofocaba
Queriéndose salir por mi garganta.
Tú, pálido, sin lágrimas, temblando,
Con los ojos de mí te despedías,
Y luego, te alejaste sollozando
Sin hablarme, ni verme... no podías!
Por verte una vez más, una siquiera,
Al balcón me lancé : tú me aguardabas :
Nos vimos largo rato..., ¡ aquella era
La última mirada que me dabas!
Después como arrancándote del suelo,
Anduviste... la noche era sombría...

Con la mano moviste tu pañuelo...
Quise ver, pero ya no te veía! »

IV

La lluvia con monótono ruido
Azotaba violenta las vidrieras,
Pero en aquel salón había escondido
Un calor de catorce primaveras.
Fanny calló. Cuando dejé de oirla,
Sentí la intensidad de su mirada...
Mas, como nada tuve que decirla,
Tosí dos veces, y... no dije nada!

V

Nadie explicarme con acierto sabe
La causa de tan gran contrasentido:
¿ Cómo en los mismos corazones cabe
Tanto amor, y después tan grande olvido?
Tenemos, por tal modo,
Alma tan movediza y tan mudable,
Que suele ser lo único durable
La variedad monótona de todo.
En pos de la garrida primavera
Viene triste el invierno;
Todo muere también : nada es eterno,
Ni los amores, ni el dolor siquiera!
La muerte no es la súbita ruptura
De cuerpos y de almas; escondida,
Nos acompaña por la tierra obscura
Como hermana gemela de la vida.

En torno nuestro siega
Pasiones y cariños y dolores,
Todo á la tumba entrega,
Los castos sueños, los dolores ciertos,
Y cuando al fin para nosotros llega,
Más que vivos estamos casi muertos!

VI

Así pensé la noche de aquel día,
Siendo la causa yo de mis enojos:
Ninguna estrella en el espacio había
Ni una chispa de amores en mi ojos.
En el amor, es situación extrema
La de quemar el último cartucho;
Se mide la extensión de este problema:
Amor que vive poco ¿ vale mucho?

VII

Venciendo mi tibieza,
Mirándola primero con cariño
Mezclado con un poco de tristeza,
Hablé con voz muy clara,
Y con largos espacios, cual si hablara
De juguetes y trápalas á un niño.

VIII

— « Tú mientes y yo miento:
Mas siendo tú mujer, claro se mira
Que disfrazas mejor el sentimiento:
Es nombre femenino la mentira.

No pienses que te riño ;
Pero ya que los dos nos olvidamos,
Bueno debe de ser que no sigamos
Haciendo simulacros de cariño.
¿ Que me amas ? ¡ locura! ¡ no lo creas !
Has viajado ya mucho para ello,
Y como tiñes de oro tu cabello
Sabes teñir de rosa tus ideas.
Aquel inmenso amor que nos tuvimos
Y que nosotros nada más gozamos,
Se fué de nuestro sér, y no lo vimos...
Como nosotros á la vez nos vamos.
Ninguna ya de nuestras almas tiene
Aquel amor, hermano del contento ;
El amor es, mi vida, como el viento :
No se sabe jamás de dónde viene.
Obstinada en creer lo que no era
Hiciste la parodia de esas cosas !
En todas las pupilas ardorosas
Hay una obstinación de primavera !

IX

« La noche en que de ti me despedía,
Nada más temeroso de tu olvido,
Al irte, yo creí que me moría...
Mas luego... ya lo miras... ¡ he vivido !
Después de aquella ausencia,
Quisimos renovar hechos pasados,
Haciendo, como dos resucitados,
La parodia crüel de la existencia.

Á veces, hablo aprisa
Como quien quiere concluir muy presto,
Y cuando te sonrío, mi sonrisa
Termina casi siempre con un gesto.
Mientras ayer en el jardín, parlera,
— ¡ Qué noche tan hermosa! — murmurabas,
En tus ojos leí lo que pensabas
Con inquietud secreta : ¡ Si lloviera !...
Estos pobres amores descubiertos
Por tus ojos de fuego tropicales,
Son como los espíritus vitales
Que hacen crecer la barba de los muertos !
¡ Aun soñar nuestras memorias pueden,
Que los recuerdos sin piedad nos siguen !
¡ De jóvenes, los sueños nos preceden,
Mas de viejos, los sueños nos persiguen !
Intentando querernos
Casi casi nos hemos repugnado :
Algo peor acaso, porque al vernos
Hundimos un puñal en el pasado.
Estás más bella ahora : te quería
Algo menos hermosa y elegante :
Aprendiste muy bien la ortografía...
¡ Yo te amaba ignorante !
Misterios en que el ánimo se abisma !
Al escuchar tu voz y ver tu cara,
Otra mujer de mi alma te separa
Y esa otra mujer, eres tú misma.
Todo cambia, se mueve, se transforma,
Y tú te transformastes igualmente :
Ha cambiado tu sér, hasta tu forma...
Serás mejor, pero eres diferente.

X

— « No pidas, pues, á mi cariño exiguo,
Más que la hez amarga :
Mi corazón, como arcabuz antiguo
Para un solo disparo tiene carga.
Separémonos, pues ; acaso, acaso
Volvamos á soñar cual otras veces :
Nunca movamos, al beber, el vaso,
Porque amargan muchísimo las heces. »

XI

Como quiera que ambos distraídos
Pasamos largo rato discurriendo,
No vimos que los leños encendidos
Poco á poco se iban extinguiendo.
Ella, tomando el hierro con que atiza
Quiso ver si sus chispas avivaba,
Y apagó, por jugar con la ceniza,
El último tizón que se quemaba !

1881.

ESCÚCHAME, MAGDALENA!

(VICTOR HUGO).

Escúchame, Magdalena :
Dejó la nieve la amena
Campiña que ayer cubrió ;
Y al son errante del cuerno,
Corrido por el invierno
Mi séquito se alejó.

Ven al bosque : Se dijera
Que la dulce primavera
Que va las rosas á abrir,
Por obtener tus favores
Su falda llena de flores
Quiso anoche sacudir.

¡ Ah ! Si yo fuera la oveja
Que suelto en tus dedos deja
Su blanco y fino vellón;
Ó el ave que viene, sigue,
Y en el espacio persigue
Tu melodiosa canción !

Magdalena, Magdalena,
Si el monje de Tombelena

Dichoso pudiera ser;
Cuando tu boca á su oído
Con acento conmovido
Cuenta el pecado de ayer!

¡Y si fuese, niña hermosa,
La nocturna mariposa
Cuando te vas á acostar,
Y con el ala indiscreta
De tu cámara secreta
Fuese al balcón á tocar,

Cuando saltan, Magdalena,
De tu corsé de ballena
Tus senos de tentación,
Y por no verte desnuda
Sobre el espejo, sin duda,
Lanzas el blanco jubón!

Si tú quieres cien vasallos
Y escuderos y caballos
Y palacios te daré;
Y en muelle reclinatorio
Contemplarás tu oratorio
Tapizado de moaré.

Y en vez de la mejorana
Que tu caperuza, ufana,
Adorna primaveral,
Con perlas en vez de flores
Ostentarás los fulgores
De la corona condal!

Si quisieras, vida mía,
Mi castillo te daría :
Yo soy Roger, tu señor!
Deja por mí tus praderas
Siempre que tú no prefieras
Que yo me vuelva pastor.

1881.

CARTA ABIERTA

Tiene el amor su código, señora,
Y en él mi crimen pago con la vida;
¡Así es mi corazón! ama una hora,
Es amado después, y luego... olvida.

En este tren expreso en que viajamos,
Aman siempre al vapor los corazones,
Que así como el trayecto que cruzamos
Tiene el alma también sus estaciones.

¿Quién detiene en su giro á la veleta?
¿Quién á sus plantas encadena al viento?
¿Dónde se halla el Alcides que sujeta
Al Icaro inmortal del pensamiento?

¡Amor!... Cada alborada que amanece
De nuestros sueños en la bruma vaga,
Se derrama en los aires, crece, crece,
Y cuando vamos á mirar se apaga.

Soñamos con amar, y nos agita
La volcánica lava del deseo:
Matamos nuestro amor, y resucita
Con las múltiples formas de Proteo.

Hoy es una mujer que nos adora;
Mañana una mujer que nos desdeña;
Y mientras más por el amor se llora,
Con más ahinco en el amor se sueña.

¡Así es el hombre! Tántalo que tiene
La sed del ideal, la poesía:
Una mujer á su camino viene
Y exclama el corazón: ¡esa es la mía!

Es suya esa mujer: los goces nacen,
La ve, la palpa, sus mejillas besa...
Las alas del querube se deshacen,
Y exclama el corazón; ¡no! ¡no era esa!

No dañan las escarchas del invierno,
Al árbol que sin hojas ha quedado,
Así el amor, para que viva eterno,
Tiene que ser por fuerza desgraciado.

Tú, sí, dolor, los sueños eternizas;
Tú, solo tú, de la creación monarca;
Tú que formar supiste con cenizas,
La escultórica Laura del Petrarca!

¡Qué estéril es la dicha! Si su nido
Al Tasso hubiera abierto tentadora,
¡Cómo se hubiera al fin desvanecido
La pálida silueta de Leonora!

¡Amor es un laúd, es una lira
Que vibra en el espacio y enmudece:
Amor es una Ofelia que suspira...
No la queráis tocar... ¡se desvanece!

Ya veis, señora, que si el crimen mío,
Fué el querellaros una vez de amores,
Me ha sorprendido de la noche el frío,
Sin una estufa en que abrigar mis flores.

Como es muy triste el sol en el Ocaso,
El apurar la dicha me da miedo:
Sois hermosa y feliz, me amáis acaso...
Os quisiera querer... pero no puedo.

Busco las dichas del hogar sencillas,
Para eso guardo mi postrer cariño,
Yo quiero que descanse en mis rodillas
La rubia cabecita de algún niño.

Dejad que busque luz para mi noche,
Si la pasión con sus fulgores pierdo,
Y no arrojéis la gota del reproche
En el sublime néctar del recuerdo.

1882.

EFÍMERAS

Nadie lo toca; ningún sonido,
Ninguna risa, ningún quejido
Brota del piano, que mudo está.
Arrinconado, de polo lleno,
Las notas guarda dentro del seno
Y oprime el alma que se le va.

En otro tiempo, sus armonías
Brotaban frescas todos los días
Ricas de vida, de juventud;
Hoy de sus cuerdas nada se escapa;
Abovedada, le negra tapa
Tiene la forma de un ataúd.

En cada tecla, dormida ahora,
Vibraba el alma que canta y llora,
Rossini, Thálberg, Gounod, Mozart;
El vals gallardo, de azules ojos,
Y la habanera de labios rojos
Que muerde y quema para besar.

Hoy en la copa de porcelana
Que sustentaba cada mañana
Las flores frescas de la estación,
Guardan novenas, libros devotos,

Tarjetas sucias y guantes rotos
Y angostas cajas de azul cartón.

Rota la pasta, descuadernadas
Las partituras menospreciadas
Del rico estante yacen al pie;
Muerta ó casada la niña bella
Huyó de casa, pero con ella,
El alma errante del piano fué.

Así es mi alma como ese piano:
Mis sueños duermen, y alegre en vano
Pasa cantando la juventud:
Baten mi casa vientos adversos,
Como esas notas están mis versos,
Bajo la tapa del ataúd.

Pero mañana, graciosa mano
Las blancas teclas del mudo piano
Saltando alegre recorrerá:
Dejad que vuelva la Primavera,
La casta novia que el alma espera,
Y amante el verso despertará!

1882.

EFÍMERAS

Idos, dulces ruiseñores :
Quedó la selva callada,
Y á su ventana, entre flores,
No sale mi enamorada!

Notas, salid de puntillas :
Está la niñita enferma...
Mientras duerma en mis rodillas
Dejad ¡oh notas! que duerma.

Luna, que en marco de plata,
Su rostro copiabas antes,
Si hoy tu cristal lo retrata,
Acaso, luna, la espantes.

Al pie de su lecho queda
Y guarda á que buena esté,
Coqueto escarpín de seda
Que oprime su blanco pie.

Guarda tu perfume, rosa,
Guarda tus rayos, lucero,
Para decir á mi hermosa,
Cuando sane, que la quiero

1882.

INVITACIÓN AL AMOR

¿Por qué, señora, con severa mano
Cerráis el camarín de los amores,
Si hay notas de cristal en el piano
Y en los jarrones de alabastro flores?

¿Por qué cerrar la habitación secreta
Y atar las rojas alas del deseo,
Á la hora misteriosa en que Julieta
Oyó crujir la escala de Romeo?

¿Habré sido tal vez en vuestra vida
Rápida exhalación, perfume vago,
Sombra de un ave, que en veloz huída
Se desvanece, sin rugar el lago?

¿Nada os habló de nuestro amor perdido
Ni el lirio azul, ni la camelia roja,
Ni la fuente de mármol esculpido
Que vuestras verdes parietarias moja?

¿Nada os habló de mí? Ni los carmines
Que os salen, si me véis, á la mejilla,
Ni vuestra alcoba azul, ni los cojines
Que dibujan, hundidos, mi rodilla?

¿ No oís la voz del viento que se estrella
De vuestra reja en los calados bronces?
Muy negra está la noche... como aquella!
Y desierta la calle... como entonces!

¡ Ah, vuestro labio sin piedad mentía,
No ha muerto aún nuestra pasión, señora;
No cantan las alondras todavía,
Ni se estremece en el cristal la aurora!

Vano temor, escrúpulo cobarde,
Nuestras almas desune y nos aleja:
Dejadme pues que silencioso aguarde,
Y que os vele de pie junto á la reja.

Permitid que tenaz y enamorado
Contemple vuestro cuerpo de sultana,
Y admire por la sombra recatado
Vuestro cutis de tersa porcelana.

Dejadme ver, inquietas y curiosas,
Vuestras pupilas á través del velo,
Y que me hablen de amor como á las rosas
Les hablan las estrellas desde el cielo.

No; no es verdad que nuestro amor ha muerto,
Por más que la borrasca nos desuna:
El niño vive aún, está despierto
Y nos tiende los brazos en la cuna!

Todo cual antes en la quieta alcoba
Mi vuelta aguarda y esperando queda:
Desde la obscura puerta de caoba,
Hasta el sitial de purpurina seda.

Todo os habla de mí : la tersa fuente,
Los cortinajes blancos y rojizos,
Hasta el peine de nácar transparente
Que detiene en la nuca vuestros rizos.

Todo secretas pláticas entabla
Y cuenta nuestras citas amorosas :
Todo, señora, de mi amor os habla,
Con la muda elocuencia de las cosas.

Es inútil huir : la noche cierra :
Tiende la sombra su callado velo :
Los pájaros se juntan en la tierra
Y los astros se buscan en el cielo!

¿Por qué luchar cuando al amor suave
Cantan los nidos y la estrella helada,
Si tenéis, al andar, algo de ave,
Y mucho de lucero en la mirada?

El parque humedecido por las lluvias,
El agua que aromó vuestro cabello,
Las brisas frescas, y las hebras rubias
Que tiemblan de pasión en vuestro cuello;

Todo, perfume, claridad, ó nido,
Os habla de mi amor y nos alienta,
Hasta las cintas del corsé ceñido
Que mis esquelas de pasión calienta.

Todo me aguarda aún; la muelle alfombra,
La puerta franca, el cortinaje espeso :
En un rincón del canapé, la sombra,
Y en vuestros labios de carmín, el beso!

No queráis resistir : los sueños míos
Conocen vuestros íntimos pesares,
Y vos venís á mí como los ríos
Corren á confundirse con los mares.

¿Por qué la soledad en torno vuestro?
¿Por qué dejar el comenzado viaje?
¿Por qué la pena y el color siniestro
De vuestro negro y ondulante traje?

Todo para ayudarnos se conjura :
Las ondas melancólicas suspiran...
¡Amad! Nos cubre la tiniebla obscura,
Los niños duermen y los astros miran!

1882.

ENTUMIDO

¡ Cuántas nieves en la cumbre,
En la cumbre del volcán...
Y en la alcoba falta lumbre
Y en la mesa falta pan!
¡Qué doliente
Cae la noche!... Blanca ausente,
Vuelve pronto; vuelve, luz!
Vuelve, anima al desgraciado
Que camina fatigado
Bajo el peso de su cruz.
Está helado el muchachito;
¿Quién su cuerpo arropará?
Y se queja el pobrecito...
Mas se queja muy quedito
Porque no oiga su mamá.
¡Volverá...
Sí, la luz consoladora
Con el alba llegará...
Mas el niño, rubia aurora,
Ya tus rayos no verá!
Tiene hambre; tiene frío!
Está triste entre los tristes...
Para que sepa que existes
Manda á la muerte, Dios mío!

*
* *

¡Débil niño que pereces
Sin abrigo ni jergón,
Cuánto, cuánto te pareces
Á mi pobre corazón!

1883.

DE LAS NEUROTICAS

Pálido cuerpo viajero
Que dejas la juventud,
Dí: ¿quién será el carpintero
Que labrará tu ataúd?
Alma triste y silenciosa
Que ya del mundo te vas,
¿En la tierra de qué fosa
Para siempre dormirás?
Ojos de llorar cansados,
¿Á quiénes, decid, veréis
Junto al lecho arrodillados
Cuando apagándoos estéis?
Corazón lleno de penas
Que todos olvidarán
¿Qué almas buenas, qué almas buenas
En mi tumba llorarán?

*
* *

De la gótica torre insomne buho
Con perezoso vuelo se desprende:
Es el alma de un monje que, penando,
El monasterio ronda.

Delante del altar, lámpara triste
Única brilla iluminando el Cristo:
Es la novicia que murió sin mancha
Y en espíritu vela.
Por el roto cristal de la ventana
Entra veloz el pájaro nocturno,
En la lámpara cae, le sorbe el alma,
Cierra sus ojos la novicia pura,
Y en la tiniebla dice el monje torvo:
—¡Ya por fin eres mía!

∴

Cuando en mitad de la torre
Miro brillar el reloj,
—Me está mirando la iglesia!—
Con espanto digo yo.
Juzgo que el templo me llama,
Y enmudezco de pavor...
Porque el reloj tiene vida,
Nos ve, nos habla el reloj...
¿Por qué me observas, espía?
¿Por qué me llamas, oh voz?

∴

Los barandales de bronce limpio
Cercan y amparan aquel altar;
Allí gozoso, cuando era niño,
Fuí con mis padres á comulgar.
Súbitamente los cirios arden,
La campanilla suena otra vez,

Y me arrodillo como en las horas
Frescas y castas de mi niñez.
Ya viene el cura, viejito y blanco,
Y del Sagrario toma el copón...
Ya viene el cura, viejito y blanco,
Y vie. e á darme la comunión!
Yo me arrodillo... Pero ¿la hostia?
¿La hostia, oh padres, en dónde está?...
Del viejo cura las manos deja,
Y por el aire blanca se va!

1883.

— — —

PROLOGO

Aquel domingo, por la mañana,
La cuna vino del almacén,
Y el colchoncito, de blanca lana,
Para la cuna llegó también.
Junto del lecho de los esposos
El tibio nido se colocó,
Y con encajes voluptuosos
La colgadura se le formó.
¡Qué buen domingo! ¡qué hermoso día!
Á punto estaba de obscurecer,
Y alegre Clara, se divertía
Los cortinajes en componer.
Aquí las colchas, recién sacadas,
Blancas y tibias, de su baúl,
Y encima puestas dos almohadas
Transparentando su fondo azul.
Sobre la cuna, la cruz bendita
Con una palma pequeña al pie,
Y al otro lado, la virgencita
Que para el niño guardada fué.
Vino la noche, la casta cuna,
Ya concluída, puesta quedó;
Y un apacible rayo de luna
Entre sus ropas se acurrucó.

Abriendo Clara su costurero,
En la mesilla puso el quinqué,
Mientras, fumando rico veguero,
Alegre, Carlos, tomaba el te.
Junto á la mesa, Clara cosía,
Y el buen esposo fuera de sí,
La suelta cuna lento mecía,
De gozo lleno, diciendo así:
— Verás: mi alma no se equivoca,
Yo te lo digo, será mujer...
Tendrá tus ojos, tendrá tu boca,
Cual la del sueño que tuve ayer.
Los ojos negros, grandes, rasgados;
Castaño el pelo también tendrá,
Y de sus labios, tan encarnados,
La misma fresa se encelará.
Cuando nos venga, luego, muy luego,
Cuando la mande nuestro buen Dios,
Como hace frío, junto del fuego
La velaremos siempre los dos.
Verás, mi vida, cómo sonríe
Por las mañanas, al despertar;
Verás, mi cielo, como se engríe
Y con los ojos nos quiere hablar.
Irá creciendo; la llevaremos
Los dos del brazo por el jardín,
Y vueltos niños, retozaremos
Hasta que Vésper salga por fin.
Será muy bella... ¡Si ya la veo
Causando siempre la admiración,
Siendo de todos vivo deseo,
Y sólo nuestro su corazón!

He de ponerla tu mismo nombre...
— No — dice Clara — ¡ qué loco estás!
¡Si lo presiento! ¡Si será hombre!
¡Rubio, gallardo, ya lo verás!
Á esta alcoba le falta abrigo,
Ya los balcones mandé ajustar,
Que por la puerta, por el postigo
Un soplo de aire se puede entrar.
Será tan débil... ¡ El pobrecito
Irá cobrando fuerzas después;
Pero cubriendo su cuerpecito
Calentaremos sus blancos pies.
Y su cabello rubio, rizado,
Yo con mis manos alisaré,
Y entre mis brazos aprisionado
Sin que me entienda le charlaré.
Verás al verle cómo reímos:
Por las alfombras gateando irá,
Y cuando advierta que le seguimos,
Verás si sabe decir *papá!*
Cuando se acueste, como una loca
Un beso largo daré en su sien,
Dos en el cuello, tres en la boca
Cinco en los ojos, diez... hasta cien.
Como cristiano, desde pequeño
Sus oraciones sabrá rezar:
¡Ver me parece con cuánto empeño
Su media lengua quiere ensayar!
Y así diciendo, Clara soñaba
Tan á lo vivo su porvenir,
Que de alborozo llena, cantaba
Como si el niño fuese á dormir.

Luego siguiendo con ansia rara,
Ambos hablaban como en tropel:
—¡Tus mismos ojos! — ¡Tu misma cara!
¡Si será ella! — ¡Si será él!

1883.

EL PRIMER CAPÍTULO

Cuando á la sala entré, la luz tenías
Del velador tras la bombilla opaca,
Y hundida muellemente en la butaca
Con languidez artística leías.
Cerraste el libro al verme; nos hablamos;
Con gracia seductora sonreíste;
Los pliegues de tu traje recogiste
Y los dos frente á frente nos sentamos.
Era blanca la bata que hasta el cuello
En sus ondas flotantes te arropaba,
Y blanca aquella rosa que ostentaba,
En sus bucles soberbios, tu cabello.
¡Cómo de aquellos ojos la negrura
Y tu morena y oriental belleza,
Contrastaban, mi bien, con la frescura
De tus húmedos labios de cereza!
¡Cómo aquel rizo que en ligeras ondas
Encrespaba, rozándolo, el ambiente,
Caía apartado de tus trenzas blondas
Sobre el mármol corintio de tu frente!
Á veces, tu cabeza sacudiendo,
Los indóciles bucles recogías,
Y la bata, al moverte, desprendiendo,
Tu opalina garganta descubrías.

El pie, pequeño y tímido, escondido,
Cuando tu cuerpo mórbido ondulaba,
Impaciente rozando tu vestido
La punta delgadísima asomaba.
El ancha manga al levantarse suelta,
Mal detenida por inquieto lazo,
Dejaba adivinar la forma esbelta
Y el cutis satinado de tu brazo.
Luego ocultabas, púdica, la breve
Planta, que se asomaba tentadora;
Y era entonces tu rostro, cual la nieve
Teñida por los besos de la aurora.
Imperceptibles tintas nacaradas,
Rodeaban tus párpados; tranquilas,
Las sedosas pestañas entornadas
Ocultaban tus púdicas pupilas.
Como nardos cuajados de rocío
Que estremecen los vientos de las tardes,
Tus hombros con ligero escalofrío
Tras el linón velábanse cobardes.
Tibia estaba la pieza; blanca y bella,
La luna en el espejo se veía:
Era digna de ti la noche aquella;
¡Tantos luceros en el cielo había!
Era una de esas noches en que suele
La turba aletear de los amores,
En medio de una atmósfera que huele
Á nidos frescos y recientes flores;
Noches en que modulan un arrullo
Los mares y los bosques y las cuevas,
En que se abren, rompiendo su capullo,
Los sueños castos y las flores nuevas.

Noches en que el espíritu adormido
En los limbos del sueño queda preso:
En que se escapa el pájaro del nido
Y de los labios trémulos el beso!
Yo estaba junto á ti: yo, que te adoro;
Las estrellas alzábanse tranquilas;
Brotaban en el cielo lirios de oro,
Y yo miraba el cielo en tus pupilas.

1883.

IGNOTA DEA

Mon âme a son secret ;
ma vie a son mystère :
Un amour éternel
en un moment conçu ;
Le mal est sans espoir,
aussi j'ai dû le taire
Et celle qui l'a fait
n'en a jamais rien su.
ARBERS.

Como la azul violeta entre sus hojas,
Como el metal recóndito en la mina,
Como la esencia en urna cristalina,
Como la perla en el profundo mar ;
Te escondes tú, la blanca habitadora
De mis ensueños, en el pecho mío,
Acurrucando el cuerpecito frío
En el caliente corazón ; ¡ tu hogar !

Nadie lo sabe : ni la sombra muda
Cuyos ojos de estatua nada miran,
Ni las brisas nocturnas que suspiran
Bajo los verdes tilos del jardín ;
Ni la camelia que tu pecho besa,
Ni la gardenia que mi ojal decora,
Ni los ojos azules de la aurora,
Ni la tímida luz del camarín.

Extrañan todos mi apariencia fría
Y curiosos inquieren mi secreto,

Buscan, preguntan; pero yo, discreto,
Burlo con mi cautela su tesón;
Y soy como el cristiano vergonzante
Que de su Dios y de su fe reniega
Y en el silencio de la noche ciega
Implora, de rodillas, el perdón.

Conmigo vives: vas dentro de mi alma
Como en el arca santa del hebreo,
Yo solo te contemplo, te poseo
Y acaso nunca mi pasión sabrás.
Somos dos islas que la mar divide,
Trémulas hojas en distintas ramas,
No sabes que te quiero, y si me amas
Nunca tus labios lo dirán... ¡jamás!

Yo conozco tus íntimos dolores,
Lo más oculto, lo que nadie mira,
Tu lujo encanta, tu belleza admira
Y sólo yo compadecerte sé.
Y quisiera arrancarte tus congojas,
Como arranca la madre con cariño
La espina aguda que el descalzo niño
Lleva en la planta de su breve pie.

Á veces, brotas pálida en mis sueños
Como la casta reina de la sombra;
Me ven tus ojos y tu voz me nombra
Y oprimes con tu sien mi corazón;

Y caliento tus plantas entumidas,
Y mi boca recorre tu cabello
Y las azules venas de tu cuello
Que hinchadas se estremecen de pasión.

Después, cuando la noche fugitiva
Corre á esconderse en sus cavernas mudas,
Mis amorosos brazos desanudas,
Me besas en los ojos, y te vas.
Roza tu falda de crujiente seda
El mármol de los anchos corredores,
Y sólo las estrellas y las flores
Supieron que viniste: ¡nada más!

Púdica Diosa — con amor te escondo
En el altar de triste catacumba,
Y allí, como en el seno de la tumba,
El culto que te rindo nadie ve;
Los cirios aromáticos chispean
Al rededor del místico recinto
Y la esencia del rojo terebinto
De tu divina imagen brota al pie.

En tanto, virgen de sospecha torpe,
Vas por el mundo indiferente y grave,
Como la sombra rápida del ave
Resbala, sin mojarse, por la mar:
Eres la estrella que ninguno alcanza,
Nieve de un cráter que ninguno pisa,
¡El ave que atraviesa la cornisa
Porque puede, salvándose, volar!

Sólo para mis sueños cobra vida
El mármol de la hermosa Galatea,
Sólo para mis ojos centellea
Su pupila de pétrea rigidez;
Y la Diosa, hecha carne, se desprende
De su alto pedestal, baja las gradas,
Y viene, con las trenzas desatadas
Cubriendo su marmórea desnudez.

Mas ¿quién profana la soberbia nave?
¿Quién pisa el templo por mi amor guardado?
¿Quién animarse ve lo inanimado
Y á mi soñadas nupcias asistió?
La Diosa permanece en el sagrario,
Los cirios son aún de virgen cera...
De mis ensueños, pálida y ligera,
Como de fuente límpida salió.

El mundo desconoce mis amores,
Escucho tus palabras, y te veo,
Pero calla sumiso mi deseo
Encarcelado en férrea voluntad;
Armadura pesada de combate
Sus juveniles ímpetus estorba,
Mientras al dulce son de la teorba,
Van los barqueros murmurando: ¡amad!

Mis pobres ilusiones no gorjean,
Mi cariño detiene su perfume,

Esparcirse quisiera y se consume
En la cárcel estrecha del botón:
Como ocultan los témpanos polares
Una mar de tranquila transparencia,
Así, tras aparente indiferencia,
Se extiende, ilimitada, mi pasión.

Jamás te dije mis secretas penas,
Ambos callamos sin expreso pacto,
Y sólo de tus manos el contacto
Me comunica á veces tu calor;
Pero vive mi alma entre tus rizos,
Como ave prisionera en jaula de oro,
Y no hay en tu cuerpo un solo poro
Que no besen los labios de mi amor.

¿Conoces tú lo que por ti padezco?
¿Puedes leer en lo íntimo de mi alma?
¿Ama, por dicha, la africana palma
Al solitario pino boreal?
Acaso ignoras mi pasión y pasas,
Como la luna indiferente deja,
El lago que amoroso la refleja
Y la besa y la abraza en su cristal.

Amor nunca pagado ni sabido,
Tal vez la que veneras como diosa
Ignora tu existencia, y silenciosa
Sin verte y sin sentirte pasará;

Y al leer estos versos llenos de ella,
En la penumbra de la alcoba quieta,
Pensando en los amores del poeta
Murmura pensativa ; ¿ quién será?

1884.

EN UN ALBUM

Para calmar á aquellos que destierra,
Y darles la esperanza y el consuelo,
Dios puso las mujeres en la tierra
Y derramó los astros en el cielo.

Dió luz al valle y á los bosques bruma,
Nieve á los montes, y á los soles, llama,
Á la entreabierta flor, dijo: *¡perfuma!*
Y al corazón de las mujeres: *¡ama!*

1882.

FRANCIA Y MÉXICO

Francia, Francia, la urna transparente
En que el humano espíritu se agita;
Eco que al grito del dolor responde,
Inmenso, eterno corazón, en donde
Toda la vida universal palpita!
Eres la madre de los pueblos, eres
Como ánfora de amor inagotable,
Como bálsamo tibio que consuela;
Música que deleita los oídos,
La mano que levanta á los caídos,
Y el ala para todo lo que vuela!
Caliente hogar de todas las naciones,
En ti distintos pueblos se congregan,
Pobres, desnudos á tus puertas llegan,
Les das tu ciencia, tu saber, tu vida,
De ti reciben la soberbia palma,
Todo les das y cuando nada tienes
Como su eterna enamorada, vienes
Á darles, Francia pálida, tu alma.
Tú eres el fluído que circula
Por las venas del mundo, sabia fuente
Que en flores y ramajes se transforma;
Hirviente sangre, chispa prometea,
Para el grave filósofo, la forma,
Para el artista y el cantor, la idea!

*
* *

¡ Ah! no seré yo nunca quien te injurie
Mofa haciendo y baldón de tus tristezas,
Siento el hervor del corazón latino
Y si me duele, á veces, tu destino,
Convierto la mirada á tu grandeza.
No la corona de punzante cardo
Quiero ceñirte sin piedad, primero
He de romper mi cítara de bardo
Y mi espada leal de caballero.
No te confundo, no, con esas huestes,
Para tu daño y nuestro mal venidas;
Esa no fué la Francia de la espada,
La señora de todas las naciones,
Era la pobre enferma devorada
Por la lepra de viles ambiciones.
Tú, raza Bonaparte, en tu destino
Vistes horrible dualidad, primero
El augusto y amplísimo camino
De laureles magnífico reguero;
Después la torva ruta
En mil ásperas quiebras dividida,
El declive forzoso de la suerte,
La absorción de las aguas de la vida
Por las aguas plomizas de la muerte;
Hallando el mundo a tu poder estrecho,
Quisiste altiva dominar la tierra,
Y tu caída, raza audaz, encierra
Las grandes represalias del derecho.
No es la suerte ciega la que trama
Las peripecias de tu vida loca:

Viene de Dios la fuerza que provoca
El desenlace trágico del drama.
Vencer creíste de soberbia llena,
Y tu ambición nuestro poder redujo.
¡Oh, pobre fuego fatuo que produjo
Un cadáver disyecto en Santa Elena!
Tus águilas, las águilas altivas,
Bajando al suelo con el ala rota,
Mejor quisieron perecer cautivas
Que volver anunciando la derrota;
Hoy pueden ya volver: su forma adusta
Atraviesa, cerniéndose, la sierra,
Y trágica se aleja en el espacio;
¡Ya no hay Césares, Francia, en el palacio,
Ni planta de invasor en nuestra tierra!

*
* *

Los pueblos son hermanos: Dios no quiere
Este odio universal, esta locura,
Esta guerra implacable que convierte
Al mundo en un tablado en que pasea
Esa terrible trágica: la muerte.
Es preciso arrojar del santuario
Á aquellos mercaderes de la tierra
Que juegan á los pueblos y si pierden
Pagan con la moneda de la guerra!
¡Despierta, Patria! Vigoroso arreo
Toma para el combate; sólo llora
La débil hembra sin valor: ya es hora
De romper tus cadenas, Prometeo.
Tus fuertes brazos de la cruz desclava;

Ni muda tiembles, ni cobarde llores,
No más guerras civiles; pobre esclava
Que tienes á tus hijos por señores!
Todos en ti, sacrílegos, las manos
Hemos puesto, mi Patria, todos, todos!
De tu amargo dolor hemos reído,
Y en tu pecho cobardes y villanos
Cien veces el puñal hemos hundido.
Mas hoy, como pasados caballeros
De sus espadas por la cruz juraban,
Juramos, Patria, respetar tus fueros,
Secar el llanto que tu rostro quema,
Irnos á confundir en tu regazo,
Ser nada más en esta lid suprema,
Un corazón, una palabra, un brazo!
¿Qué, siempre habrás de ser eterna Dido,
Amante abandonada que suspira
Por sus justas y muertas libertades?
¿Con sangre siempre correrán tu ríos?
¿Qué, nunca han de torcer nuestros navíos
El Cabo de las negras tempestades?
Es fuerza, pobre Antígone, que veas
Trocadas en verdad tus ilusiones,
Abriendo tu cerebro á las ideas
Y tus puertos á todas las naciones:
Ha pasado la edad del odio eterno,
Surge nuevo horizonte de improviso,
Y aparece de súbito, en tu infierno,
La Beatriz que conduce al Paraíso.
Lejos de aquí las bizantinas luchas
De torpes ó serviles pretorianos;
No han de darte los Cides, Patria mía,

La honrada solución de la miseria,
Has menester la industria y el talento,
Las alas del vapor en la materia,
Y en la mente el vapor del pensamiento.
Que nunca ociosas la viriles manos
Guarden tus hijos, pálida matrona,
Si hombres son y nacieron mexicanos;
Les sobra aliento y ánimo forzado,
Y en esta lid suprema quien te ame,
Quien trabaje contigo, es el honrado,
Quien se alce en rebelión, es el infame!

1882.

VERSOS DE ORO

De F. Coppée.

Por rubios trigales de espigas doradas
Al soplo primero del mes tentador,
Iremos buscando las cosas aladas.
Las áureas abejas, los versos de amor.

Los pinos enhiestos sus copas levantan,
Yo ciño tu talle de esbelto bambu;
Oigamos, mi vida, las cosas que cantan,
Yo ritmos sonoros y pájaros tú.

Siguiendo el arroyo donde ávidas toman
Frescura las aves después de volar,
Iremos buscando las cosas que aroman
Y versos y rosas podremos hallar.

Amor, si lo quieres, haré que ese día
La luz resplandezca cual nunca lució,
Seré yo poeta, y tú poesía,
Tú serás más bella, más amante yo!

1882.

NADA ES MÍO

Me preguntas ¡oh, Rosa! ¿ cómo escribo?
¿De qué manera, con menudas hojas,
Cintas de seda y pétalos de flores,
Voy construyendo estancia por estancia?
Yo mismo no lo sé! Como la tuya
Es, Rosa de los cielos, mi ignorancia!

Yo no escribo mis versos, no los creo;
Viven dentro de mí; vienen de fuera:
Á ése, travieso, lo formó el deseo;
Á aquél, lleno de luz, la Primavera!

Á veces en mis cantos colabora
Una rubia magnífica: la aurora!
Hago un verso y lo plagio sin sentirlo
De algún poeta inédito, del mirlo,
Del parlanchín gorrión ó de la abeja
Que, silbando á las bellas mariposas,
Se embriaga en la taberna de las rosas.
Los versos que más amo, los que expresan
Mis ansias y mis íntimos cariños,
Esos versos que lloran y que besan,
¿ Sabes tú lo que son? Risas de niños.

Otras veces me ayudan las estrellas
Y sus rayos de luz trazan en mi alma
Líneas celestes y figuras de oro.
Aquel sone o á Dios, es del Boyero :
De Sirio deslumbrante, esa cuarteta,
Y ese canto á la rubia que yo quiero
Fué escrito por la cauda del cometa.

Yo escucho nada más, y dejo abiertas
De mi curioso espíritu las puertas.
Los versos entran sin pedir permiso;
Mi espíritu es su casa : Dios los manda
Con cédula formal del Paraíso
Para que aloje á la traviesa banda.
Algunos á mis castas ilusiones
Escandalizan con su alegre charla :
Esos son los soldados, los dragones,
Los que trae, en su clámide sombría,
« Húmeda noche tras caliente día. »
Otros de aquellos huéspedes pequeños
Se detienen muy poco : los risueños,
Cantan, mis penas con su voz consuelan,
Sacuden las alitas y se vuelan!

Los tristes... ¡esos sí que son constantes!
Alguno como lúgubre corneja
Posada en la cornisa de la torre,
Mientras la noche silenciosa corre
Hace ya mucho tiempo que se queja!

No soy poeta : ya lo ves! en vano
Halagas con tal título mi oído,
Que no es zenzontle ó ruiseñor el nido
Ni tenor ó barítono el piano!

1884.

TRISTISSIMA NOX

Á Manuel A. Mercado.

I

¡ Hora de inmensa paz ! Naturaleza,
Entregada en las horas de la noche
Á insomnes trasgos y fantasmas fieros,
Breves instantes dormitar parece
En espera del alba. Cae el viento,
Con las alas inmóviles, en tierra :
Duerme la encina ; el lobo soñoliento
Se tiende dócil y los ojos cierra.

Es el inmenso sueño, el sueño breve
Que no agitan las lluvias torrenciales,
Y sólo turban, en el duro invierno,
Lentas lloviznas ó menuda nieve.
Es el inmenso sueño : paso á paso
La pantera que ha poco devoraba
Á la mísera res, busca en silencio
El hediondo cubil ; ya no se oye
De la culebra rápida el silbido,
Y entre grandes lumbradas, que alimentan
Las rajas crepitantes de la encina,
Recuéstase el viajero de los bosques
Al lado de su vieja carabina.

Todo reposa : por los aires huye,
Tras diabólica bruja, el ágil duende
Se aproxima la luz, el mal concluye,
Suben las almas y la paz desciende.

II

La noche es formidable : hay en su seno
Formas extrañas, voces misteriosas ;
Es la muerte aparente de los seres,
Es la vida profunda de las cosas.

Dios deja errar lo malo y lo deforme
En las sombras nocturnas : de su encierro
Salen brujas y fieras y malvados ;
En el dormido campo ladra el perro,
Maulla el gato negro en los tejados.
Pueblan el aire gritos estridentes :
Ya de infeliz mujer es el quejido,
Ya el trote de caballos invisibles
Ó de salvaje hambriento el alarido ;
Plegarias, maldiciones y sollozos ;
Cantos de bardo ; cláusulas tremendas
De indignado profeta ; el grito agudo
De las aves nictálopes que pasan ;
El balar de la oveja en cuya nuca
El leopardo feroz las uñas hinca ;
El confuso rumor de la hojarasca
Que remueve el venado cuando brinca :
Choque de escobas que en el aire azotan
Las malévolas brujas, y clamores
De dolientes espíritus que flotan
Como cuerpos de niebla entra las flores ;

Todo en violento remolino sube
Y al viajador errante aterroriza;
Todo en el aire negro se propaga,
Cuaja la sangre y el cabello eriza!
Bocas sin cuerpo gritan en la sombra;
Cruje la puerta de reseca tabla;
Los diablos llaman, el pavor nos nombra,
El monte quiere huir y el árbol habla.

III

La noche es formidable: las pupilas
Que en su profunda obscuridad se abren,
Aparecen sangrientas en el lobo,
De amarillo color en la lechuza.
Todas despiden luces infernales
É iluminan la marcha silenciosa
Del gato montaraz y los chacales
La astuta comadreja y la raposa.
Sólo el fósforo brilla: en esos ojos
Que ardientes lucen como vivas fraguas,
En los fuegos errantes de los aires,
En las ondas plomizas de las aguas.
Cuando la luz expira, el color duerme:
Lo que vive en la sombra es negro ó pardo,
Tiene las cerdas ásperas del oso
Ó las manchas obscuras del leopardo.
Las plumas de los pájaros nocturnos
Con la densa tiniebla se confunden,
Y cual delgadas láminas, hirsutas,
En la carne se hunden.

Cuanto en la noche tenebrosa alienta
Es tardo en el andar, torpe en el vuelo :
La serpiente lucífuga se arrastra ;
En el alto ciprés se para el buho ;
El cuervo acecha; lo que vuela baja,
Y, cautelosa, la terrible hiena
Despacio marcha y vigorosa encaja
Las garras inflexibles en la arena.

IV

La noche no desciende de los cielos,
Es marea profunda y tenebrosa
Que sube de los antros : mirad cómo
Aduéñase primero del abismo
Y se retuerce en sus verdosas aguas.
Sube, en seguida, á los rientes valles,
Y, cuando ya domina la planicie,
El sol, convulso, brilla todavía
En la torre del alto campanario,
Y en la copa del cedro, en la alquería,
Y en la cresta del monte solitario.

Es náufraga la luz : terrible y lenta
Surge la sombra : amedrentada sube
La triste claridad á los tejados,
Al árbol, á los picos elevados,
Á la montaña enhiesta y á la nube!
Y cuando al fin, airosa la tiniebla
La arroja de sus límites postreros,
En pedazos, la luz, el cielo puebla
De soles, de planetas y luceros!

V

Y con ellas se van la paz amiga,
La dulce confianza, el noble brío,
De quien, alegre, con vigor trabaja;
Y para consolarnos, mudo y frío,
Con sus alas de bronce el sueño baja.

Entonces todo tímido se oculta:
En el establo, los pesados bueyes;
En el aprisco, el balador ganado;
En la cuna pequeña, la inocencia;
En su tranquilo hogar, el hombre honrado,
Y el recuerdo impasible, en la conciencia!

Mil temores informes y confusos
Del hombre y de los brutos se apoderan;
En la orilla del nido, vigilante,
El ave guarda el sueño de su cría
Y esconde la cabeza bajo el ala;
El noble perro con mirada grave
Interroga la sombra y ver procura;
Los caballos, piafando, se encabritan
Y con pavor ó sobresalto evitan
Los altos montes y la selva obscura.

Si en la extensa llanada le sorprende
Con su cortejo fúnebre la noche,
El potro joven á su hermano busca
Y en su lomo descansa la cabeza.
Todo tiende á juntarse en esta hora,
Todo en la vasta soledad se hermana,

Hasta que la alegre, la triunfal diana
En el áureo clarín toca la aurora!

VI

También el alma se compunge ¡oh noche!
En tu ébano profundo. ¡ Cuántas fieras,
Á tu favor alzándose, ya graznan
Como torvas lechuzas; ya semejan
Endriagos fabulosos; ora rugen,
Ora con voz tristísima se quejan.
Son los sueños : habitan las cavernas
Invisibles del aire, ó bien se ocultan
Dentro del propio sér; la luz evitan,
Y para ser visibles y palpables
El fondo de la noche necesitan.

Se acercan : con sus garfios y tenazas
De retorcido bronce, al lecho llegan,
Y á nuestra boca, trémula de espanto,
Labios helados y viscosos pegan.
Éste, iracundo, con sus pies de cabra
Las sábanas araña; aquél, riendo,
Muestra los agudísimos colmillos;
Ése, felino monstruo, nos contempla
Con sus enormes ojos amarillos.

Ya el toro rebramando nos persigue
Ya, vivos, en la fosa nos entierran;
Ya, como el ave, rápidos hendemos
El aire tenue, cuando abrupto flanco
Destroza nuestras alas y caemos
Al fondo pedregoso del barranco.

Otras veces también, sombras dolientes
Por soberano astrólogo evocadas,
Pasan ante los ojos impacientes
Las figuras amadas;
La madre que del seno de la fosa
Nos llama, y acorrerla no podemos;
El padre ausente, la culpable esposa
Que en otros brazos iracundos vemos!
Y si en lienzo obscuro se perfila
La casta sombra de la amada muerta,
Huye el sueño veloz de la pupila,
Y el dolor, sollozando, se despierta!

VII

En medio de la horrible pesadilla
Trazan, á veces, los traviesos duendes
Grotesca historia, lances inconexos,
Figuras que parecen retratadas
En espejos convexos.
Como frisos de gnomos que entrelazan
Canijas piernas, en tumulto cruzan
Enanos retozones que se abrazan
Y en el aire sus miembros desmenuzan.
Ata nuestra garganta férreo nudo,
Y entre el bullicio de la turba loca
Sentimos del murciélago velludo
Las repugnantes alas en la boca.

VIII

Cuando al enfermo espíritu no asaltan
Pueriles y fantásticos terrores,

Basta para amargar nuestra vigilia
El recuerdo tenaz de los dolores.
En tanto que la luz el cielo inunda,
Dormitan en sus celdas los recuerdos;
Mas, como hileras de callados monjes
Que el claustro cruzan y á rezar maitines,
Calada la capucha, entran al coro,
Así, ceñudos, los recuerdos vienen
Cuando la noche lúgubre promedia,
Y torvos junto al lecho se detienen
Levantando sus cantos de tragedia.

IX

¡Ah! ¡Con cuánta ansiedad espera el alma,
Como el árbol y el pájaro, la hora
Que sobresaltos y temores calman,
Luctuosa madre de la rubia aurora!
También la prisionera, la cautiva
Del miserable cuerpo, luz desea,
Como la flor que en sótanos obscuros,
Buscando la enrejada claraboya,
Trepa difícilmente por los muros.

Un sosiego infinito se difunde
En alcobas y campos: el enfermo
Cierra, por fin, los párpados cansados;
Y la esposa, que vela diligente,
Ahogando los sollozos de su pecho,
Deja ya de rezar, dobla la frente,
Y duerme fatigada al pie del lecho.

Todo es blando rumor: en la cornisa
La golondrina matinal gorjea,
Y alegre llama á la primera misa
La aguda campanita de la aldea.
Cerrado está el cancel, la iglesia obscura;
Pero ya se oye en la pequeña nave
La tos cascada del anciano cura
Y el rechinar de la vetusta llave.
Se aproxima la luz: el gallo canta:
Pronto al primer agudo cacareo
Otro en la casa próxima contesta,
Y luego cien y mil: la ranchería,
Las dispersas cabañas, los corrales,
Elevan la sonora greguería
Con que saludan el albor del día
Los vigilantes gallos matinales.
Á la voz de la alondra, en los encinos
Los zenzontles contestan los pinzones
Con las tórtolas charlan en los pinos,
Y en el fresno rebullen los gorriones.
El leñador, de cuyo fuerte cincho
El hacha cuelga, deja su cabaña;
Y suena y se propaga en la montaña
De los nobles caballos el relincho.
El toro lentamente se endereza,
Alza el testuz, sacude la cabeza,
Y prorrumpe en mugido prolongado.
Corre el ágil lebrel. Madrugadores,
Se alejan los alegres cazadores
Por los límites verdes del poblado.

X

¡Oh luz! ¡oh claridad! ¡oh sol! ¡oh día!
Á ti se vuelve la creación entera!
De tu mirada brota la alegría;
De tu beso nació la primavera!
No apareces aún y ya presiente
Tu aparición la tierra jubilosa:
Escucha tus pisadas en la cumbre
Del nevado volcán; por cada poro
Quiere absorber la matinal frescura,
Y en tanto Venus sus pestañas de oro
Abre curiosa en la celeste altura.

No apareces aún, y todo canta!
Impaciente la vida ya despierta,
Más temprano que el alba se levanta
Para esperarte ¡oh virgen! en la puerta.
Te precede el perfume: los jilgueros
Se empinan en las ramas temblorosas,
Y tus heraldos, leves y ligeros,
Van derramando perlas en las rosas!
En la alcoba que aun tan sólo espías,
Bocas enamoradas cuchichean,
Y en los encajes de la luz que envías
Almas de nuevos seres aletean.
Solícitas bajando por las lomas
Á la luz del lucero matutino,
Corren las brisas esparciendo aromas

En la atmósfera azul de tu camino.
Y como lluvia de purpúreas flores
Caída de las pálidas estrellas,
Bajan los sueños lúbricos, de amores,
Al lecho virginal de las doncellas!

XI

¡Oh luz! ¡oh claridad! ¡oh sol! ¡oh día!
La tierra, como casta desposada
Que espera, en el umbral de la alquería,
De blancos azahares coronada,
Púdica y amorosa se estremece;
Los níveos brazos en el pecho junta,
Y con trémula voz, que desfallece,
Por su amado á los céfiros pregunta.

¡Vas á llegar! Estremecida y muda
La novia espera en el hogar abierto;
Y con voz formidable te saluda
El soberbio elefante en el desierto.
El carro solitario de la Osa
Halla en el mar incógnita guarida,
Y, vencedora al fin, surges radiosa
¡Oh luz! ¡oh claridad! ¡oh sol! ¡oh vida!

1884.

FIAT VOLUNTAS

Al Sr. D. Alejandro Arango y Escandón.

¡Señor! á cada paso la dicha más se aleja
¿Por qué, por qué, Señor?
Todo en profundas sombras y obscuridad me deja,
Sí, todo, hasta el dolor!

De mis pupilas secas, el llanto ya no brota,
Se inclina mi cabeza,
Y como en hondo pozo, cayendo gota á gota,
Me baña la tristeza.

Ayer, lleno de orgullo, la frente alzaba al cielo
Desde la tierra, erguido;
Hoy, heme aquí en el polvo, mis brazos en el suelo,
Cual un cedro caído.

Ayer, el universo para mi gran destino
Creí pequeño espacio;
Hoy miro ya mi pecho, cual mira el peregrino
Las ruinas de un palacio.

Cual las hurtadas joyas en antro cavernoso
Repártese el bandido,
Así repartió el mundo mis penas codicioso,
Y nada fué escondido.

Mi alma que del mundo y el vano vocerío
Huyó siempre cobarde,
Es ya como taberna, do en olas el gentío
Se agolpa por la tarde.

Y pasan meneando con pena la cabeza
Los que antes hube amado,
Me ven, y no se curan de hablarme en mi tristeza,
Que todos me han dejado.

Á solas con mi llanto ya no puede espantarme
Vivir conmigo mismo:
Los que de mí se alejan, murmuran al dejarme
Que vuelven del abismo.

Camino taciturno: mi labio sólo invoca
La santa fe cristiana,
Y mírame la noche de pie sobre la roca
Do vióme la mañana.

¿Cuyo será el misterio, Señor, que tú encerraste
En mi alma de culpado,
Si para abrir el surco que en mi ánima cavaste
Sirvió el dolor de arado?

Mi alma es como lirio que en la extensión desierta
No anima brisa blanda;
Mendigo de la dicha, yo voy de puerta en puerta,
Y todos dicen: ¡anda!

Señor, ¿por qué enderezas hacia la luz mi paso,
Si nunca he de encontrarla?
¿Por qué pusiste en mi alma la sed en que me abraso
Si nunca he de saciarla?

La luz que iluminaba en antes mi camino
Ahora ya me deja,
Y digo yo á la dicha lo mismo que el marino
Al puerto que se aleja.

Señor, tú la amargura repartes al humano,
Al fuerte, al que flaquea:
Como amo cuidadoso, llegando muy temprano,
Divides la tarea.

Empero, nada importa: mis ansias ya no anhelan
Los lauros ni las palmas,
Y vivo contemplando el cielo á donde vuelan
Las alas y las almas.

No quieras que yo aparte de ti mi confianza,
En todo, Señor, brillas;
Y para ver tus obras que la mirada alcanza.
Me pongo de rodillas.

Respeto yo tus juicios: tal vez la dicha viene
Tras este amargo luto;
Cual la dorada poma á la raíz contiene,
Y la raíz al fruto.

La nube que fecunda regando blandamente
Los surcos de la tierra,
Al trémulo marino que asómase en el puente,
Con la borrasca aterra.

Lo que hoy yace en el fango cual una masa inerme
Será mañana rosa,
Y hasta la inmunda larva, que entre las sombras duerme,
Se torna en mariposa.

Por eso nuuca, nunca, me espanta ni me asombra,
Señor, la adversidad:
Que todo en esta tierra por una parte es sombra,
Por otra, claridad.

Yo sé, Señor, que ahora las penas y los males
En mi alma prevalecen;
Mas son como luciérnagas, que en torno á los rosales
Se agitan y perecen.

Mi alma será lavada; con tu divino aliento
La harás brillar un día,
Como se lava el mármol del blanco pavimento
Pasada ya la orgía!

1881.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO

Paris. — Imprenta de la Vª de Ch. Bouret.